

de brial de un paño toscó y blanquecino, principal industria del país; dos delantales uno delante que se llama *mandil* y otro detrás que se llama *facha*. También llevan unas mangas de punto de colores ceñidas al brazo, por debajo de la camisa, cuyo nombre no damos aquí por no ser ya recibido. Las casadas van á misa con su manto, y las solteras con su *dengue* ó *frisa* de paño común con franja encarnada.

El traje del maragato se compone de sombrero de ala ancha con copa chata y cordón de seda al rededor, colete de piel, almilla, chaleco, camisa con cuello bordado, cinto con canana, bragas, calzones (botines), y zapato con botón.

La danza del país es un compuesto de la *danza prima* asturiana, fiel traslado de las danzas circulares que nos describe Homero, y de otro baile más animado ejecutado por una ó dos parejas dentro del círculo ó corro. Esta segunda parte altera en cierto modo el carácter de antigüedad de la danza circular, y apenas descubre significación alguna.

Del rápido bosquejo que hemos trazado, fácil será deducir la regularidad y pureza de costumbres, el buen gobierno y armonía de las familias, el respeto sumo á las canas, y otros mil elementos de tranquilidad y sosiego interior. Sin embargo, este pueblo que en mil cosas trae á la imaginación del poeta la tienda de los patriarcas ó la cabaña del salvaje americano, á los ojos del viajero imparcial nunca aparecerá con tan deliciosas tintas. Su fisonomía peca de áspera y desabrida; las comodidades de la vida son escasísimas y están en notable desproporción con los considerables capitales que sus hijos á fuerza de laboriosidad han logrado adquirir. Las casas del pueblo son bajas, oscuras y mezquinas: las de los ricos, al contrario, son altas y espaciosas pero sin gusto en los muebles, y sin regularidad en la distribución. Una sola cosa tienen de común; la suciedad y el desaliño.

Por lo demás nosotros aquí, como en casi todo, preferimos el prisma del poeta al microscopio del filósofo, y so-

mos de opinión que se perdonen á los maragatos estas veniales culpas, en gracia de su proverbial honradez, de la lealtad y nunca desmentida franqueza de sus tratos, y de la austeridad de sus costumbres; último resto de su espíritu social compacto y uniforme, que debió de unir un día casi todos los pueblos europeos.

---

## EL CASTILLO DE SIMANCAS

Y DESCRIPCIÓN DEL ARCHIVO GENERAL DEL REINO (\*).

---

A dos leguas de la ciudad de Valladolid, y á la margen del río Pisuerga, está asentada la villa de Simancas, muy antigua y conocida en nuestra historia. Nebrija encuentra en ella á Senteica población de los Celtíberos, llamada después por los romanos Intercacia, cabeza de los pueblos intercacienses y término de las provincias Tarraconense y Lusitania.

Como quiera, poco nos detendríamos en estos pormenores, si el suceso que le dió el nombre que ahora tiene, no fuese de aquellos que llaman la atención. Durante el oprobioso reinado de Mauregato en León siete doncellas de las ciento que este menguado daba á los moros en tributo, encerradas en el castillo de la villa, se mutilaron, cortándose la mano izquierda para mejor defender su honestidad; singular determinación que según parece las libró de los desmanes de los bárbaros. Desde entonces comenzó á llamarse Siete-mancas y hoy corrompido el vocablo se dice Simancas, y en latín *Septimanca*.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que las armas de la villa parecen confirmar este suceso, porque se componen de un castillo de plata en campo azul con su torre en medio, fundado sobre un peñasco cercado de agua, teniendo dicho escudo por orla siete manos en campo de sangre y una estrella dorada sobre la cima de la torre ó castillo.

---

(\*) Publicado en el *Semanario Pintoresco Español* en Setiembre de 1839.

Más adelante el rey don Ramiro II la esclareció con los laureles ganados á los sarracenos en la célebre batalla que les dió el 6 de Agosto de 934 en que fué grandísima la mortandad y carnicería hecha en los infieles.

Durante las turbulencias del reinado de don Enrique IV y en las guerras de las comunidades permaneció siempre fiel á la corona, y pagó con grandes quebrantos y vejámenes su fidelidad.

Lo único notable que en el día ofrece es su castillo de piedra con foso, contrafoso, muralla, contramuralla y dos puentes levadizos mirando el uno á Oriente y el otro á Occidente, y adornado de trecho en trecho con almenas que no dejan de darle gracia y realce.

Pertenecía esta fortaleza durante el siglo décimoquinto á los Almirantes de Castilla, cuyas armas todavía se conservan en las bóvedas de la capilla; pero por este tiempo los Reyes Católicos la incorporaron á la corona, dando á sus dueños en remuneración cierta cantidad de maravades de juro.

Hasta los tiempos de su heróico nieto Carlos V, permaneció como prisión de Estado, pero este mandó habilitar en él el Archivo General de la Corona de España, depositando allí los papeles antiguos de Gobierno, que andaban diseminados por Segovia, Medina del Campo, Valladolid, Salamanca y otros puntos de la monarquía. Fué nombrado archivero el Licenciado Catalán, relator del Consejo Real, por despacho datado en Mastrich el año de 1541.

El rey don Felipe II, émulo de las glorias y altos pensamientos de su padre, ensanchó el archivo por las trazas del célebre arquitecto Juan de Herrera, encargando la ejecución á un tal Salamanca y á sus discípulos Mora y Maznecos. En tiempo de Felipe III continuaron las obras, y un tal Praves era el arquitecto que entendía en ellas; pero aunque más tarde se volvieron á emprender y se llevaron algunas á cabo, no se saben las épocas. La planta ó diseño del mismo Herrera pereció durante la invasión francesa en la guerra de la independencia con otros papeles de algún

interés; lástima grande por cierto, porque merced á la habilidad arquitectónica de tales maestros, se pudo dar una figura noble y bastante regular al castillo, aprovechando gran parte de la fábrica primitiva.

El servicio de la oficina ha estado desde su origen á cargo de un secretario archivero, cuatro oficiales y un portero, todos con reales despachos y plazas juramentadas. Dedícanse bajo la dirección del primero al despacho de los negocios de oficio y parte que ocurren; pero cuando no hay ocupaciones de esta naturaleza, empléanse en la formación de los índices de aquellos negociados, cuya conclusión se mira como obra de romanos por su extensión dilatadísima. Solo con permiso superior pueden darse certificaciones á los particulares que las necesiten, según sus reglamentos: y de ningún modo es permitido el extraer los originales, á no ser que los pida el gobierno; pero se facilitan á las academias, literatos y otras personas las noticias que apetecen, sin que sea lícito á nadie el manejo de los documentos á no mediar real orden al efecto. Como la oficina se abre indispensablemente todos los días del año, á excepción de los festivos y vacaciones, el portero está encargado de enseñar lo material del edificio, previa la licencia del jefe, á las personas que van á Simancas con este objeto.

Pasando el puente y puerta principal que da entrada al archivo por la parte del Poniente, se encuentra una pequeña galería ó soportal armado sobre cuatro arcos de piedra con sus columnas cuadradas, elegantemente construídos, los que forman una ligera fachadita de tres balcones de antepecho: pensamiento sin duda del mismo Herrera así por su belleza como por la feliz idea de unir la obra nueva con la antigua en términos que en nada la desfigura. De aquí por unas fuertes y toscas rejas de hierro, malísimamente ejecutadas y que podrán ser muy bien las primitivas del castillo, se pasa á un zaguán ó poterna antiguo, por el cual, después de dejar unas puertas de madera también antiguas, que indican haber estado forradas de cuero, se entra por un pasillo al patio principal que es grande y casi

cuadrado: pero antes de salir á este se halla otra galería mucho mayor que la primera, si bien no de tan perfecto gusto, sostenida por arcos y columnas de piedra cuadradas. Desde este mismo patio por una puerta pequeña que está á la izquierda se sale atravesando la ronda á otra principal con su puente que conduce á la fuente llamada del rey, traída á aquel sitio por Felipe II, para que pudiera servir en tiempo de obras y de algún incendio imprevisto.

A la derecha de la puerta anterior están las salas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> de estado que contienen los papeles de la misma secretaría y los de las denominadas Provinciales de Nápoles, Sicilia, Milán, Flandes, Portugal, etc., del tiempo en que pertenecieron á la corona española. Las indicadas tres piezas, destinadas en la actualidad para el despacho de la oficina, están construídas con todo gusto; tienen la estantería fabricada en el macizo de la pared; las bóvedas y cornisas son del mejor orden arquitectónico, y todo ello forma un conjunto armonioso que gusta más cuanto más se examina. El suelo es entarimado para evitar la humedad de que en general adolecen las habitaciones de los entresuelos, y de este modo puede estarse con alguna comodidad en ellas, especialmente en el invierno en que están prohibidos los braseros por los estatutos.

Saliendo de estas piezas se pasa en seguida á la que fué en lo antiguo escritorio (hoy entrada al Registro General del Sello), porque en ella estuvo en efecto antes el despacho. Su figura es cuadrada, y en los costados de la pared hay tres nichos como para estatuas, saliéndose de allí por una puerta de hierro y otra de madera muy bien hechas á la ronda de la muralla que cae á la parte del mediodía. En ella está armado un gracioso corredor de madera con alacenas que contienen los papeles de las visitas de los tribunales de Nápoles, Sicilia, Milán y otras.

La sala 1.<sup>a</sup> del Registro General es cuadrada con armazón de madera alto y bajo bien entallado como lo anterior, y en sus alacenas están colocados los papeles de esta clase, desde el año de 1571 al de 1605 que los franceses ti-

raron por el suelo, dislocándolos y mezclándolos unos con otros, como sucedió con todos los demás del archivo. El techo es de bovedillas, y solo dan luz á la pieza dos ventanas con excelentes rejas.

La siguiente también de Registro General á la que se entra dejando un pasillo con cielo de bovedillas, en cuyas maderas se ven puestos algunos clavos romanos antiguos ó sea del tiempo de la reforma del Archivo, es grande y armada por el estilo que la anterior con bastantes luces, si bien las estorba algo la muralla un poco inmediata. Sus papeles empiezan en 1475 y llegan hasta 1570.

A la salida de esta pieza por el pasillo indicado se entra en un cubo de los cuatro que tiene el edificio llamado de Libros Generales de Relación, etc.; cuyos negocios corrían en lo antiguo por la Secretaría de Cámara. Su figura es redonda con andenes para los libros; la pared muy gruesa, la bóveda antigua, el suelo de yeso, y da entrada á la escasa luz que tiene una reja pequeña y de mal gusto: así es que más que otra cosa parece este recinto una de las prisiones destinadas para reos de estado de los que en algunas ocasiones fueron conducidos á la fortaleza.

Después del cubo referido se halla á la izquierda una escalera interior de piedra, construída con el mayor acierto por la que, después de haber subido dos cómodos ramales, se encuentra otro pasillo igual en un todo al primero, que da entrada por uno y otro lado á los corredores de las salas del Registro General y del de las visitas de los estados de Italia ya dichos, cuyos papeles alcanzan hasta el año de 1689.

A muy pocos escalones que es preciso subir desde el pasillo de los corredores, se encuentra el Rotundin, llamado Patronato Real antiguo, pieza preciosísima por su bella construcción y antigüedad y por haberse depositado en ella con el mayor esmero y custodia en tiempo del rey don Felipe II los papeles de más remota fecha y pertenecientes á los derechos de la corona y aun á muchos particulares. Estaban allí en arcas y cajones curiosísimos de ricas maderas

y primoroso herraje las leyes y pragmáticas, cortes, pleitos-homenajes y juramentos de fidelidad; el becerro de las Bebetrias, muchas mercedes antiguas, testamentos de reyes, capitulaciones matrimoniales, derechos á Nápoles, y otras coronas, transacciones y ajustes con moros y caballeros de Castilla, y las relaciones diplomáticas más antiguas con las potencias extranjeras; varias fundaciones, entre ellas la de San Lorenzo el Real, y muchos papeles pertenecientes al Patrimonio Real Eclesiástico, á concilios y otros materias canónicas á los maestrazgos de las órdenes militares, bulas de cruzada, subsidio y en fin otros documentos ricos y de mucha consideración é importancia. Todos ellos fueron extraídos del archivo por M. Guiter y conducidos á París en sus arcas por orden del emperador. Lo mismo aquí que en otras salas todo se violentó y atropelló; desquiciáronse puertas, rompiéronse alacenas y allanáronse en tales términos este y algún otro aposento, que solo las garduñas y lechuzas le escogieron para guarida durante algún tiempo.

De aquí subiendo algunos tramos por la misma escalera, se halla otro pasillo, por cuya derecha se entra en una sala grande, llamada Secretaría de Hacienda, con alacenas bajas y corredor, todo construído por el mismo orden que las del registro. Los papeles de las alacenas bajas pertenecen á la ya dicha secretaría de hacienda, á la de millones y media anata, los del corredor á la contaduría del sueldo más antigua. El techo es de bovedillas y el pavimento de ladrillo con luces más claras que las de las piezas precedentes.

Pásase en seguida á la Escribanía Mayor de Rentas, que sirvió mucho tiempo de cuerpo de guardia á los franceses, y de donde el mencionado M. Guiter sacó los libros de mercedes antiguas para conducirlos á París con la correspondencia diplomática. La armadura está hecha por el mismo orden y estilo que las anteriores, y los papeles de su corredor pertenecen á Contadores Antiguos. El techo es de bovedillas y el pavimento de baldosa pequeña raspa-

da para darle asiento, y unión que no puede mejorarse. A la parte del mediodía tiene un pequeño balcón voladizo, al que se sale por una puerta de hierro de sencilla pero excelente construcción, siendo de admirar el lienzo de esta parte por la unión de la obra vieja con la nueva.

Continuando la escalera interior se sube por ella al tercero y último piso, y al finalizarla á su derecha, se encuentra el cubo de Obras y Bosques que fué la pieza primitiva donde se pusieron los papeles que pudieron recogerse. Toda está armada con alacenas altas y bajas, y su excelente bóveda tiene en el centro las armas de la casa de Austria. Se percibe aún una cornisita ó friso al remate de las alacenas del corredor que parece indudablemente de Berruguete.

A la derecha se encuentra la Cámara de Castilla donde se custodian los papeles tocantes á las dos secretarías de este consejo y tribunal supremo desde el tiempo de los señores Reyes Católicos. De aquí se extrajeron para Francia varios legajos de hidalguías. La pieza es larga y clara con andenes de yeso, piso y techo de lo mismo, y á su entrada hay un balcón que domina bastante al Oriente.

Hállase en seguida otra pieza con los andenes, suelo y techo como la anterior; donde estuvieron colocados los papeles de las secretarías de Indias trasladados á la Casa de la Contratación de Sevilla para formar el archivo llamado de Indias. Posteriormente se han colocado en ella varios legajos de pleitos finalizados en el consejo real y otros libros de la contaduría del sueldo.

A continuación está la sala que se llama Barras de Hierro por ciertos barrones que parecen puestos para ligar y sujetar la pared y bóveda. Hoy se titula de Pesquisas y Averiguaciones, y contiene muchos documentos importantes de hacienda.—Los andenes y el suelo son iguales á los de las piezas anteriores.

Al remate hay otra sala ovalada llamada el Cubo de los Balcones, con los papeles del Patronato Eclesiástico. La figura es un octágono con andenes de yeso y suelo igual,

Tiene en el centro tres hermosísimos balcones voladizos, cuya vista es sin duda sorprendente, porque se percibe sin dificultad desde ellos toda la amena campiña de Valladolid poblada desde la salida del puente de la villa de arbolado, viñedo y graciosas casas de campo. Divísanse también desde allí las sierras de Segovia, Guadarrama y las de Avila á pesar de la gran distancia á que están, y por último también desde aquí se nota el punto de confluencia de los ríos Duero y Pisuerga que mezclan sus masas cristalinas á la inmediación de la Cartuja de Aniago, sitio delicioso en primavera. Sin embargo aconsejamos al que tan delicioso paisaje haya de disfrutar que no vuelva su vista á la triste población de la villa, porque no puede darse desencanto mayor, y por fuerza hay que separar de allí los ojos en busca de las bellezas del cielo y de los campos.

Después se pasa á las salas 7.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> de hacienda que están al mismo piso. En la mayor de ellas, que es la octava, prendieron fuego al tejado los soldados franceses de la guarnición, y á pesar de la prontitud con que se acudió á cortarlo no dejaron de perecer muchos papeles, y estropearse otros, como es consiguiente en lances de esta naturaleza. Los estantes, suelo y techo todo es de yeso.

En seguida bajando por otra escalera interior de piedra no menos bien entendida y ejecutada que la anterior, desde el segundo ramal por dos ó tres escalones que hay á la derecha se descende á un cuarto oscuro ó sea pasadizo; de este se pasa á otra sala bastante larga; á continuación y á la izquierda se halla otro cuarto bastante capaz, aunque escaso de luz, y á su salida y á la misma mano subiendo dos escalones se encuentra otra pieza grande dividida por medio. Esta y las anteriores están armadas con andenes de yeso, y componen entre todas las salas 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> de hacienda. Los suelos son de yeso y el techo de bovedillas.

Mas adentro de la última de las salas precedentes está el cubo de la corona de Aragón, de bastante local, con una bóveda de gran solidez, estantes de yeso, y suelo de ladrillo, donde hay papeles pertenecientes al título de su deno-

minación y de las secretarías de Aragón, Valencia, Cataluña, Mallorca, Menorca, Ibiza y Cerdeña, que también fueron conducidos á Francia en su mayor parte.

Retrocediendo de las piezas indicadas, después de subir los mismos escalones, á su frente hay otro cubo cuadrado por dentro, donde antiguamente estuvo la oficina de la pagaduría de obras y dependientes del archivo. En la actualidad tiene estantería de yeso y suelo de lo mismo, y está ocupado con papeles de la contaduría mayor.

Partiendo de este tránsito, al finalizar la escalera se pasa á una pieza grande, sin andenes de estantería con excelente bóveda, cornisa y suelo de jaspe, que da entrada á otra de igual extensión por medio de una portadita trazada con todo gusto, sobre la cual está el escudo grande de las armas reales abierto en piedra berroqueña con prolijo esmero.

Esta sala, que es la 4.<sup>a</sup> de Estado, es propiamente regia por su construcción en las bóvedas, cornisas y pavimento de jaspe de colores. Dos grandes ventanas con rejas bien hechas, que miran al mediodía, la bañan de luz y de sol, y los estantes fabricados en el macizo de la pared en nada la desfiguran.

Pásase á continuación á la sala 5.<sup>a</sup> de Estado, que es un cubo ochavado construído por el mismo orden y estilo que la pieza anterior, y en ambas se conserva la correspondencia diplomática con las cortes extranjeras, conducida á París al principio de la guerra de la independencia y devuelta después con las que contienen la 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> sala de este título. Los de la 1.<sup>a</sup> no pudieron ser llevados, porque se trasladaron desde Madrid al archivo en 1816. Alcanzan hasta la muerte de Carlos III.

De todos los papeles conducidos á París fueron devueltos la mayor parte en 1816, excepto la correspondencia diplomática íntegra con aquella corte y otros interesantes instrumentos extraídos de diferentes negociados, cuya remisión no ha conseguido el gobierno á pesar de las reiteradas instancias hechas al intento en diversas ocasiones.

Desde las salas de estado altas y su recibimiento se pasa por la derecha á la escalera principal del edificio, toda de piedra perfectamente labrada, y obra maestra en el arte arquitectónico. Toda ella es espaciosa y clara, y está dividida en tres cómodos ramales.

A la izquierda de la galería del patio hay otra escalera principal toda de piedra también y excelentemente trabajada trazada en tramos bastante cómodos, concluída la cual se presenta otro tránsito como el primero pero sin arcos, si bien con grandes ventanas de antepecho. A la derecha está la capilla que sirvió á la fortaleza, bastante antigua, porque los adornos de las bóvedas son del estilo arabesco y entre las fajas ó cintas del techo se divisan algunas letras. El retablo que representa la Adoración del Señor es de mano regular.

Saliendo de la capilla, á la izquierda de la escalera hay una puerta grande de dos hojas que da entrada á la vivienda que tuvieron los secretarios del archivo en algún tiempo; pero escaseando el local por las últimas remesas de papeles, en 1826 fué preciso habilitarla dividiéndola en ocho salas bastante capaces. En las primeras seis se colocaron los papeles de la secretaría de Guerra y en las dos restantes los de Gracia y Justicia. La estantería, suelos, puertas, ventanas y vidrieras todo es nuevo.

Es ya muy escaso el local que falta habilitarse en el edificio para llenarlo todo de papeles, pues verificada la obra del último presupuesto hecho en el año de 1830, no podrán colocarse otros que los que hay aún en Madrid en las oficinas dependientes del gobierno hasta acabar el siglo anterior. El ampliar el archivo, como estaba premeditado en tiempo del señor don Carlos III, con otro nuevo edificio, á cuyo objeto se mandaron ir juntando algunos materiales en aquella época, es ya dificultosísimo, y por lo mismo tendrá el gobierno que pensar en ello con alguna anticipación.

Otras razones hay más poderosas si cabe en el orden moral para el mantenimiento y conservación de este depó-

sito venerando de nuestras glorias y grandezas, pues, aunque reducidas á tan breve espacio y compendio, sobrado alta y clara es la voz en que hablan á cualquier corazón generoso y verdaderamente español. Su importancia histórica por otra parte es grande á todas luces por las escenas diversas que han pasado en el recinto de sus murallas; y la prisión de los comuneros vencidos en Villalar, y el tormento y muerte del obispo Acuña á manos del feroz alcalde Ronquillo, componen un drama de extensas dimensiones y de vivísimo interés. Nunca estará de sobra en verdad el cuidado y la diligencia, cuando se trata de conservar estos monumentos famosos, páginas las más elocuentes de la historia de los pueblos.

Los trabajos, erudición y método del archivero don Tomás González que en 1815 vino á reparar todos los desórdenes y trastornos causados por la guerra, tuvieron el resultado aventajado y meritorio que era de esperar de sus luces y laboriosidad. El servicio que entonces prestó á su país fué grande de todas veras, y nos alegramos por nuestra parte de poder ofrecerle en esta ocasión nuestra buena memoria y sincero agradecimiento.

Por vía de apéndice insertamos á continuación las inscripciones y leyendas que hay en diversas partes del archivo.

## APÉNDICE.

---

INSCRIPCIONES Y LEYENDAS QUE CON REAL ORDEN SE HAN  
PUESTO EN EL REAL ARCHIVO DE SIMANCAS.

Sobre la puerta de la entrada principal del archivo que está en el patio, en un elegante cuerpo de arquitectura fingido se ve escrito en letras de oro.

- 1.<sup>a</sup> *Ferdinandus. VII. P. F. P. P. magnum.  
Castellae. Chartophilacium. injuria. temporum.  
Saevaeque. in. Gallos. belli. clade.  
Pene. evulsum. in. novum. traxit. nitorem.  
Sumptu. regio. anno. MDCCCXV.*

Encima de las puertas de bronce que hizo Berruguete para el archivo de los testamentos de los reyes en el Rotundin, llamado Patronato Real Antiguo en una lápida de buen gusto se escribió en letras de oro.

- 2.<sup>a</sup> *Vetustissimi. codices. Regii. Patronatus. hic. a Caroli. V.  
temporibus. custoditi. Gallorum. irruptione. Lutetiam. deportati.  
fuerunt. anno. MDCCCXI. Ferdinandus. VII. paterna. sollicitudine restituit. anno. MDCCCXVI.*

A la subida de la escalera principal en una tarjeta de elegante composición y adornos se lee la siguiente inscripción:

- 3.<sup>a</sup> *Ferdinando. VII. Felici. Augusto.  
Una. Cum. Egregia. Conyuge. Josepha. Amalia.  
Regium. Tabularium. Invisenti.  
X. Kalendas. Augusti, Anno. MDCCCXXVIII.*  
En la mampara de la sala 4.<sup>a</sup> de estado se lee:

- 4.<sup>a</sup> *Sacramentum Regis abscondere bonum est.*
-

## UNA VISITA AL ESCORIAL (\*).

---

Mucho tiempo hace que ardía en deseos de visitar el Escorial, sin que las circunstancias particulares de mi vida me hubiesen permitido contentar esta natural curiosidad, que todos mis pensamientos y estudios contribuían á avivar y encender. No era una vana recreación de los sentidos, ni el ansia de respirar aires más frescos y benéficos que los abrasados de la capital, la que sin cesar me hacía volver la vista á las faldas del vecino Guadarrama; el pasto de la imaginación y del entendimiento, junto con los ecos del corazón, era lo que yo buscaba en aquellos sitios y monumentos, testigos elocuentes, aunque mudos, y en el día desamparados, de aquellos tiempos en que el poder, la sabiduría y el valor eran el carro de triunfo en que el nombre español paseaba los ámbitos del mundo.

En aquel emporio del arte esperaba encontrar la expresión viva y animada de nuestra nacionalidad á fines del siglo XVI, y algún reflejo del sol de la monarquía que entonces brillaba en mitad de los cielos y que tan rápidamente se avecinaba al ocaso.

Ocupado en estos pensamientos me encaminaba este año al Escorial, y no acertaré á decir si fué más de alegría que de tristeza la impresión que recibí, cuando desde las

---

(\*) Publicado en el *Pensamiento*, periódico de Literatura y Artes, año de 1841, primera serie, tomo I, 10.<sup>a</sup> entrega.

áridas cuestas de Galapagar ví dibujarse sobre el fondo pelado y pardusco de las montañas las torres

Y el ventanaje del soberbio lienzo  
Del templo augusto que ofreció famoso  
Filipo en San Quintín á San Lorenzo.

Verdad es que se me cumplía uno de mis votos más ardientes; pero ¿en qué estado iba á encontrar esta que si no puede llamarse la octava maravilla, con razón se cuenta entre las maravillas del mundo y puede apellidarse uno de los milagros del ingenio humano? No hace muchos años que un poeta ilustre decía de ella:

Que en destinos contrarios  
Es palacio magnífico á los reyes,  
Y albergue penitente á solitarios;

pero los solitarios ya no lo habitan y hace tiempo que la planta de los reyes no atraviesa sus umbrales.

Desde luego cautivó mi atención la perfecta armonía que guardaba la casa de los cenobitas con los lugares en que tenía su asiento y con el objeto de su instituto. Situada á media altura de la desnuda y difícil montaña, y dominando como señora los frescos verjeles de la Herrería y de la Fresneda, estaba en la actitud de un hombre que decidido á levantar su espíritu á las regiones de la meditación y del sentimiento, se despide de los huertos deliciosos de la llanura, y á la mitad de su penoso camino se para á cobrar aliento para mejor trepar á la montaña áspera de la abnegación propia. Ya sabía yo que la elección de sitio había sido objeto de la más viva solicitud del fundador, y que solo después de muy maduras deliberaciones habían merecido su aprobación las colinas que dominaban la entonces miserable aldea del Escorial; pero tan acertado acuerdo comenzaba á poner de bulto ante mis ojos su alto espíritu y rara capacidad.

Mi primer cuidado al apearme fué lanzarme en busca de la entrada y fachada principal del monasterio. Deseaba juzgar por mi mismo, en cuanto mis escasos conocimientos alcanzasen, si eran fundados los cargos que había oído hacerle sobre la mezquindad que resulta de las medias cañas ó columnas empotradas, del numeroso ventanaje y de la desnudez general y excesiva. Ajeno casi por entero á los conocimientos profundos que sirven de base al arte difícil de la arquitectura poco peso debe tener mi opinión en tan arduas materias; pero los que de esta sencillez y severidad levantan un cargo al edificio, me parece que se olvidan de la significación y filosofía del arte. Si la conformidad con el objeto es la primera ley de todo el edificio, fuerza les será convenir que el aire grave y modesto del conjunto era lo único que podía decir bien con la austeridad y recogimiento monacal y con el carácter del fundador. En vez del palacio de los poderosos reyes de España vean el monasterio de San Jerónimo, y seguro es que su opinión se modificará.

De todos modos, y cualquiera que sea la impresión que resulte de la fachada, el soberbio Patio de los Reyes es digno preliminar de la suntuosidad de la iglesia y de las demás riquezas arquitectónicas y de todas clases de la fábrica. La trabazón, ajuste y buena correspondencia de que resulta gran hermosura, á pesar de que ningún mérito especial tiene la arquitectura que forma los lienzos del Norte, Poniente y Mediodía; las seis magníficas estatuas colosales de otros tantos reyes del Antiguo Testamento, y las dos gallardas y elegantes torres, forman un conjunto de todas veras sorprendente.

La Iglesia era el principal objeto de la obra de Felipe II, así porque con ella cumplía el voto ó promesa hecha á San Lorenzo el día de la victoria de San Quintín, como porque pensaba que sirviese de panteón regio estrenándola con el entierro y traslación del cuerpo de su augusto padre, que en su testamento le había dejado encomendada la elección del lugar de su eterno descanso. Así es que co-

mo advierte muy bien el P. Sigüenza (\*) á ella van á parar como á un centro común, y están subordinadas todas las líneas y partes del inmenso edificio con tan exquisita armonía y tan completa unidad, que desde luego se conoce el particular amor y esmero del fundador y de los arquitectos. No ha sido ni es mi ánimo detenerme en la relación de sus partes y adornos de todos géneros, porque esto además de prolijo y poco necesario, habiendo tantas relaciones precedentes, extendería demasiadamente los límites de este artículo; pero me parece digno de advertirse que en este templo que anonada con su grandeza y debajo de su soberbia cúpula, es donde se concibe la inmensidad de la obra que emprendió y prosiguió con ejemplar constancia por espacio de treinta y ocho años uno de nuestros mayores monarcas.

Animado debía de ser el cuadro que presentaban no ya las cercanías del Escorial únicamente, donde tantos millares de hombres y de bestias sin cesar iban y venían con tan maravilloso orden y concierto como pudieran las abejas en una colmena, sino también otros puntos más distantes en que nacionales y extranjeros trabajaban de consuno para dar cumplido remate á tan atrevida empresa. En las canteras de jaspe, vecinas al Burgo de Osma, andaban sacando y labrando españoles é italianos los jaspes pertenecientes á la fábrica. En Madrid se hacía la obra de la custodia, el relicario y parte del retablo grande, y en Zaragoza se fundían y labraban las rejas principales de bronce de la iglesia y los antepechos que corren por lo alto de ella. En las Sierras de Filabres se sacaba mármol blanco, y en las de las Navas, y en Estremoz, y en las orillas del Genil junto á Granada, y en las sierras de Aracena y otras partes mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. En Florencia y en Milán se fundían grandes figuras de bronce para

---

(\*) Historia de la orden de San Jerónimo, libro 4.º discurso XII.

el retablo y entierros. En Toledo se hacían lámparas, candeleros, ciriales, cruces, incensarios y navetas de plata. Al mismo tiempo se pintaban multitud de cuadros y de historias, los frescos de Peregrín de Peregrini, y de Lugueto; los admirables cuadros al óleo de nuestro insigne Juan Fernández de Navarrete, el *Mudo*, las no menos pasmosas iluminaciones de los legos Fr. Julián y Fr. Andrés de León; venían de Flandes otras innumerables pinturas de paisaje: cincelaba Juan Bautista Monegro sus hermosas estampas y se copiaban libros riquísimos para llenar la magnífica biblioteca. No hablo aquí de las demás obras rurales ó pertenecientes á este género que en la Huerta, en la Fresneda y en el Quejigar se continuaban con singular empeño, ni menos de las fuentes, conductos, arcas de agua, fundiciones de todas clases, ornatos preciosísimos de Iglesia; solamente he querido presentar un breve resumen del aliento y calor que entonces recibían del rey, inmediato inspector de todo, las artes más nobles y más dignas de levantar el ingenio del hombre á pensamientos sublimes.

Era Felipe II asentado y grave en demasía en todos sus planes y propósitos para pagarse de relumbrones pasajeros y ceder á la necia vanidad de ostentar lujo y esplendor. La solidez, la claridad y el buen concierto y correspondencia de las partes forman la base de este edificio, en que sin embargo el pormenor más insignificante y abandonado al parecer descubre de muy lejos la magnificencia del fundador. Los anchurosos y bien trazados escalones de la escalera principal, las jambas y dinteles de las enormes puertas, las columnas de la bella galería llamada *de los convalecientes*, están labrados de una sola pieza, ofreciendo así líneas harto más puras y severas que si fuesen de materias más preciosas y careciesen de tan noble cualidad. En toda la obra se divisa la influencia de una inteligencia elevada y robusta, que con toda distinción abrazaba y clasificaba la portentosa unidad del conjunto y la no menos portentosa variedad de los detalles.

Cualquiera que fuese sin embargo la sencillez y llaneza

del fundador en todo lo perteneciente á los usos de la vida y á las exigencias de la vanidad, donde quiera que se trataba de dar realce y desarrollo á una idea general, todo venía estrecho á su grande ánimo. Buenos testigos de ello son las innumerables riquezas con que supo adornar la iglesia y todo lo adyacente, el lujo de los ternos y ornamentos, las estatuas de bronce de Pompeyo Leoni, la custodia de Jacobo Trezzo, los frescos de Lucas Cambiaso, los cuadros al óleo de Peregrín, del famoso Fernández de Navarrete, de Alonso Sánchez Coello, el Ticiano Portugués, y de Federico Zucaro; la exquisita labor, excelente diseño y riquísimas maderas de la sillería del coro, su librería numerosa y escogida, y por último, el maravilloso crucifijo de Benvenuto Cellini que está en el trascoro y sirve de digno remate á todas estas grandezas. El claustro principal que por andar á su alrededor las procesiones forma también parte de la Iglesia, contrasta con la extraordinaria desnudez de los laterales por los frescos atrevidos y vigorosos de Peregrini, que á tiro de arcabuz descubren la gran escuela de su famoso maestro Miguel Angel; por las estaciones ó retablos cerrados y pintados por dentro y fuera, obra del mismo, de Rómulo Cincinato y de los españoles Luis de Carvajal y Miguel Barroso, por los lienzos del *Mudo* que adornan el claustro alto, y por el bello templete de los evangelistas que está en el medio con sus fuentes y estatuas de Juan Bautista Monegro. Tal y tan grande era la afición de este monarca á las pompas del culto católico, cuya unidad simbólica representaba á sus ojos una idea luminosa de gobierno y de fortaleza, única que en el siglo XVI podía comprender su vasta y enérgica capacidad.

Sin embargo si á solo esto se redujese su magnificencia, á los ojos de aquellos para quienes el arte no levanta su voz mágica, pudieran pasar estos esfuerzos por hijos legítimos de un fanatismo poco ilustrado; pero el templo que levantó al saber en la suntuosa biblioteca, prueba que su alma estaba templada para comprender á su gran siglo.

Sabido es que uno de los objetos de su predilección fué fundar á la par del monasterio un establecimiento completo de educación, planteando y dotando competentemente un seminario destinado á la primera enseñanza, y un colegio destinado á la segunda, que han durado hasta nuestros días. Harto conocía que las luces y la verdadera religión se hermanan por una lógica y natural conformidad, y así es que no solo allegó para este gran depósito los libros propios de las ciencias eclesiásticas, sino que procuró convertirle en un centro común de cuantos conocimientos formaban entonces el patrimonio del entendimiento humano. Juntóse grandísima copia de manuscritos de la mayor antigüedad y respeto, griegos, hebreos, árabes, caldeos, latinos, y los pertenecientes á las lenguas modernas; aquí vino á parar la famosa colección del célebre historiador y diplomático don Diego de Mendoza; aquí se reunieron en crecido número devocionarios riquísimos y volúmenes de grabados y dibujos excelentes para entonces, que podían servir de guía y de ejemplo á los que hubiesen de abrazar tan difícil carrera; aquí vinieron á parar también el códice áureo, joya inapreciable, no solo para la bibliografía, sino también para marcar los pasos del arte del diseño; el apocalipsi del apóstol San Juan con iluminaciones y figuras de gran precio para la historia del arte; y finalmente infinito número de globos, esferas, astrolabios, mapas, instrumentos astronómicos y geográficos de todas clases, y hasta modelos de embarcaciones. Por duro y pesado que se hiciese el yugo de este rey en los puntos de fe y de creencias, fuerza es confesar que no era uno de esos tiranos vulgares que se convierten en centro de todas las combinaciones, y para manejar y dominar mejor la situación tienden á igualar con su pequeñez el movimiento de los pueblos que rigen. Felipe II no ahogaba sino que procuraba encaminar á un determinado fin los elementos de progreso intelectual y moral que tanto bullían en España, y más bien acaudillaba que embarazaba la marcha general de las ideas. No debemos olvidarnos de que en su tiempo con instrucciones

en gran parte redactadas por él y escritas de su propio puño, acometió el ilustre Arias Montano la gigantesca tarea de su biblia políglota, monumento, único en su tiempo, de saber y de grandeza, así en el pensamiento como en la ejecución. A sus expensas también, y por encargo especial suyo, emprendió el Dr. Francisco Hernández, natural de Toledo, su viaje á las Indias Orientales, de donde volvió al cabo de cuatro años con quince tomos en folio, en donde traía pintados con sus propios colores y proporciones las plantas, animales y trajes de aquellas remotas regiones, y explicadas con gran orden y concierto sus virtudes, usos y condiciones (\*). El rey acudió con larga mano á los gastos de esta importante obra, y la hizo encuadernar con el esmero y decoro que merecía. Y por último, para prueba de la tolerancia de este rey en todo lo que inmediatamente no se rozaba con las cuestiones de gobierno y con el orden establecido, baste advertir que Juan de Mariana escribió y publicó en su tiempo su libro *De Rege et regis institutione*, que poco después fué quemado en París por mano del verdugo, y que en determinados casos abogaba por el regicidio; sin que á su autor le viniesen por eso disgustos ni persecuciones de ninguna clase.

Excusado parece añadir que quien tanto honraba la sabiduría y los sabios procuraría aposentar sus obras de una manera digna de su poder y de sus altos pensamientos. Efectivamente la biblioteca del Escorial, al decir de nacionales y extranjeros, es uno de los monumentos más notables que se han levantado á la gloria de las artes y las letras. Muchos de los segundos han atribuído á Miguel Angel los admirables frescos de la bóveda; tan valiente y atrevida manera desplegó Peregrín en ellos. Aunque de género distinto no menos agradables parecen las compo-

---

(\*) En el año de 1790 se reimprimieron las obras del Dr. Hernández en la imprenta de Ibarra, bajo la dirección del distinguido botánico don Casimiro Ortega.

siciones de Bartolomé Carducci que corren á lo largo de las paredes por encima de la estantería, alusivas á la clasificación de las ciencias representadas por otras tantas matronas en la clave de la bóveda, comenzando por la filosofía y acabando por la teología, dechado entonces de perfección y término de todo esfuerzo y estudios. Con estos bellos adornos cuadra la estantería de orden corintio tan bien concebida como labrada, y donde se emplearon las maderas más ricas y costosas que entonces se conocían como ácana, cedro, caoba, naranjo y otras varias que forman excelente concordancia con el pavimento y zócalo de mármol y jaspe, y con las mesas y demás adornos.

De esta hermosa colección, que aunque no tuviera otro mérito que el haber sido ordenada por el ilustre Arias Montano debería tener subido precio á los ojos de todos, consumió gran parte el desastroso incendio acaecido en tiempo de Carlos II. Allí perecieron la mayor parte de los manuscritos árabes juntamente con el estandarte del profeta que tomó en Lepanto don Juan de Austria; y á duras penas se pudo cerrar á las llamas el paso á la pieza principal donde están las pinturas de Peregrín y Carducci. Perdiéronse aquí grandes riquezas y originales que ha sido imposible reemplazar, y junto con ellos gran porción de instrumentos físicos y matemáticos.

Como según ya dejo indicado no es mi propósito dar menuda cuenta de las bellezas artísticas del edificio y prefiero hablar de aquellas cosas que más dan á conocer su índole y carácter, justo será decir algo del aposento del fundador. Si fuese necesario probar que su alma vivía en la región de las ideas y grandes hechos, bastaría la presencia de esta celda desnuda y pobre como la del último fraile para ponerlo de manifiesto. Hay un secreto impulso que hiela y comprime á vista de aquellas paredes blancas, de aquel friso de azulejos, de aquellas mezquinas alhacenas metidas en la pared, de aquella silla de simple terciopelo verde con la banquetta para extender la pierna mortificada de la gota, y finalmente, del aposentillo lúgubre y oscuro

que da vista al altar mayor, y donde sufrió su última y horrible enfermedad, cuya narración eriza los cabellos, con la constancia de un estóico y la resignación de un cristiano. Los padecimientos de Job en realidad no parecen sino símbolo y parábola incompleta de los de este monarca, que ni se quejaba ni disputaba sobre su inocencia, viendo su cuerpo consumido de podre, y que ni podían llegar á él, ni refrescarle, ni aliviarle en manera alguna. Ordenó que su hijo se hallase presente al darle la Extrema-Unción, y le dijo: «He querido que os halléis presente á este acto para que veáis en qué para el mundo y las monarquías.» Encargóle mucho mirase por la religión cristiana y defensa de la santa fe, y por la guarda de la justicia, y procurase gobernar y vivir de manera que cuando llegase á aquel punto se hallase con seguridad de conciencia: mandóse descubrir las llagas grandes que tenía, y le dijo: «Ved, hijo, cómo trata el mundo y el tiempo á los reyes, y la igualdad con que padecen todas las miserias á que está sujeto todo hombre, y considerad que aunque yo he vivido con el cuidado que me ha sido posible de cumplir con mis obligaciones, aquí me ha castigado Dios hartas faltas que debo haber hecho, con lo que ha sido servido que padezca, y allá no sé como será; mirad qué hará á quien se derramare más;» y mostrándole tras esto un crucifijo y una disciplina llena de sangre, le dijo: «Con este crucifijo murió, hijo, vuestro abuelo el emperador, mi señor, tan católico como yo, y con su ayuda acabó; haced vos lo mismo reverenciando esta santa imagen de Dios como lo debéis é hicimos su majestad y yo, y mereceréis las mercedes que puede haceros; y esta sangre de esta disciplina no es mía sino del emperador, mi señor, y yo ejercite mal este bien, pero hela guardado porque además que es nuestra, aprovecha para que nos acordemos de que nosotros, mejor que nadie, tenemos necesidad de derramarla en esta forma; tomad y guardad estas reliquias teniéndolas en mucho, y quedad con Dios, bendecido de El como de mí:» y bendiciéndole como pudo le dejó y no le vió más.

He copiado este cuadro tan sencillo como enérgico del libro de Baltasar Porreño, titulado: *Dichos y hechos de Felipe II*, persuadido de que darían harto mayor idea sus palabras que no las mías de este extraño carácter que con la muerte cobraba, si cabe, mayor realce, como con un cristal de aumento. Carácter que con un sello indeleble está grabado en todas y en cada una de las partes del edificio, página en mi entender tan viva y elocuente de su historia y de la historia de la nación, que tengo por incompleto cualquier estudio que se haga sin tenerla á la vista. Ni concluye en su reinado, pues sucesivamente la piedad de los reyes fué adornando y embelleciendo este monasterio con los lienzos admirables de Velázquez, Zurbarán, Carreño, Pantoja y Coello, y con los frescos de Jordán; que si bien incorrectos en su dibujo, con razón asombran por su imaginación riquísima, composición clara y atrevida, variedad infinita de escorzos y posturas, valentía en los términos, y sobre todo, por su fecundidad y lozanía inagotable. De manera que allí patente se ve el vigor y decadencia en el arte, compañero del vigor y decadencia en la monarquía, pues para que ni aun contrastes falten á esta obra, al lado de la severidad magnífica y solemne del rey que solo gastaba en su casa cien mil ducados, se ven los púlpitos chillones y de perverso gusto y mezquino primor, mal pegados á la iglesia en tiempo del último monarca, que por su parte distaba tanto del fundador como su obra de los entierros reales y del retablo principal.

Si esta obra pasa con razón por una de las más nacionales, por la más nacional quizá de España, pues ninguna mejor ni más completamente que ella refleja la fisonomía de aquel tiempo en que puesta debajo de la mano de Felipe II figuraba un cuerpo compacto y bien ligado; claro está que es deber muy estrecho de los que rigen sus destinos conservarla á toda costa. Mala cuenta darían de su encargo los que se olvidasen de que las naciones viven en su parte moral que no se despierta sino á vista de los grandes pensamientos y de las acciones elevadas. Si prescinden de

las necesidades intelectuales de sus pueblos, otro tanto valdría que gobernasen un rebaño de animales. Abandonar el Escorial á la mala suerte que ha comenzado á caberle con tanta injusticia como responsabilidad de los que pudiendo remediarlo no lo han hecho, equivaldría á proscribir tácitamente en España todos los impulsos nobles del corazón y del entendimiento; equivaldría á ajar el resto de dignidad y noble orgullo, que heredado circula en nuestras venas á despecho de la suerte: equivaldría finalmente á cegar una fuente de riqueza material privando á los extranjeros de este estímulo para visitar nuestro país, dejando en él su dinero y cobrando estimación á un pueblo que si ha caído de la rueda instable de la fortuna, todavía no ha abdicado por entero su antiguo carácter. Harto importante papel se han arrogado los intereses para que el culto de los sentimientos y de las ideas ande tan tibio y abatido y desamparado de los pocos hombres capaces de apreciarlo.

El gobierno debe pensar en resolver con acierto el problema de la conservación de este joyel inestimable, cifra de nuestra pasada grandeza. En mi opinión no hay más que un medio, que es establecer en el edificio una corporación que con espíritu de tal lo cuide y mantenga, cualquiera que su nombre sea, que en punto á nombres no es regular pararse ni asustarse, tratándose de un asunto de tanto interés: de lo contrario la degradación sucesiva del edificio es inevitable. Ni en la diligencia del administrador del real sitio, ni en el estrecho círculo de sus escatimadas atribuciones cabe el atender á tan vasto cargo, ni reparar todos los quebrantos. Gotera que se remediaba con cortísimo desembolso, mientras va el parte, viene la orden, se forma el presupuesto y se apuran los trámites oficinescos, levanta ya considerable costo, si no ha hecho daños irremediables. Unas cuantas han acabado con el techo de la galería de batallas pintado de bellísimos grotescos por los hermanos Bergamascos, Fabricio y Granelo, y si en la bóveda de la escalera principal se abriesen algunas (cosa muy natural atendido el ventarrón casi continuo) á poco que se descui-

dasen darían en el suelo con los celebrados frescos de Jordán. Ya en el día, en un abandono deplorable se empolva, reseca y descascara la famosa cena del Ticiano que está en el refectorio, y hace años que la torre del ángulo de mediodía y poniente rajada y ladeada amenaza mayores daños. Yo he sido testigo más de una vez del celo del actual administrador; pero además de tener las manos atadas, raya en imposible que la diligencia de un solo hombre pueda vencer tantas dificultades. En una palabra, creo difícilísimo que el Escorial se conserve sin una corporación que lo cuide y habite.

Al hablar de este viaje que ha dejado en mi alma impresiones hondas y duraderas, me he creído obligado á dar mi pobre opinión y desinteresado consejo al gobierno, opinión y consejo de que participan cuantos hombres celosos del nombre español he oído hablar de este asunto. Con él está ligada más íntimamente de lo que muchos creen la honra de la nación, pues cuando blasonamos de amigos de las luces y de la regeneración de nuestro país, sería ponernos en notable desacuerdo con nuestros propios principios, dejar venirse al suelo este monumento depositario de tantos nombres ilustres, muestra del gran ingenio de Juan Bautista de Toledo y de Herrera, y de la capacidad y poderío de Felipe II (\*). Estas páginas de la historia del mundo, escritas no con sangre sino con los caracteres luminosos de las artes, encierran más elementos de civilización y de

---

(\*) «Fué (Felipe II) diestrisimo en la geometría y arquitectura, y tenía tanta destreza en disponer las trazas de palacios, castillos, jardines y otras cosas, que cuando Francisco de Mora, mi tío, trazador mayor suyo, y Juan de Herrera, su antecesor, le traían la primera planta, así mandaba quitar ó poner ó mudar, como si fuera un Vitrubio ó Sebastiano Serlio: alcanzó tanto en esta facultad que excedió á los más peritos de ella; y por ser tanta su destreza y afición, tenía mi tío todos los días una hora determinada para acudir á la consulta de las trazas con su majestad, que fué inclinadísimo á edificar como lo manifiestan las innumerables obras que hizo.»—Porreño.—*Dichos y hechos de Felipe II*, cap. IX.

adelanto que otras muchas teorías y sistemas, cuyo único mérito consiste principalmente en no haberse ensayado en el teatro de la experiencia. Creaciones que con tanta claridad interpretan y desenvuelven los axiomas del sentimiento, son de todos tiempos y lugares y tienen hecha la prueba de su nobleza y aun de su utilidad. El Escorial por ambos conceptos merece la afición de todos los españoles; tanto valdría arrancar de la historia y de la memoria de los hombres las jornadas de Lepanto y de Pavía, como dejar apagarse esta antorcha resplandeciente del gran siglo XVI.

---

## BOSQUEJO DE UN VIAJE

A UNA PROVINCIA DEL INTERIOR (\*).

### I.

Muchas son las plagas y desdichas que aquejan á España; pero una de las mayores consiste en los extraños juicios que fuera de sus confines se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes, y sobre todo de la índole de sus habitantes. Extranjeros que, sin fijar apenas su atención y como de pasada, visitan las costas y países del Mediodía, se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un si es no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes en fin bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas. Algunos otros (si bien muy contados) que cruzan las provincias Vascongadas y observan la noble altivez de los caracteres, la patriarcal sencillez de las costumbres, la limpieza, comodidad y alegría de las viviendas, y su extraño cuanto sabio régimen interior, regalan á la nación entera estos preciosos dones, y á sus ojos la España es la patria y natural asiento de las libertades municipales, de las más respetables tradiciones históricas y de los usos más apacibles y benignos que imaginarse pueden. Por este raro mecanis-

---

(\*) Publicado en *El Sol* en Febrero de 1843.

mo viene á resultar en último caso, que á no ser por una de sus muchas anomalías andaría la Península aderezada con su turbante, que no habría más que pedir; ó cuando no, se sentaría debajo de los árboles á elegir un gobierno y á danzar como los hijos de Guillermo Tell. Esto es España en la boca y obras de los concienzudos viajeros modernos. ¿Qué hacen de todas las provincias del interior y de su parte más occidental? ¿O no son para ellos España Castilla la Vieja, Extremadura, el reino de León y el de Galicia? ¡Raro suceso y ligereza inconcebible! ¡Olvidarse al tratar de una nación de los países que han sido cuna de su libertad y de su monarquía, y hablar de su espíritu, costumbres y creencias sin tener en cuenta la patria de Pelayo, de Jovellanos y de Feijóo. *¡C'est ainsi qu' on écrit l' histoire!*

Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión harto arraigada en Europa para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades, que sin duda se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes, y todo el mundo sabe que encaminándose generalmente los viajes más á la diversión que á la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores. Por otra parte, acostumbrados al espectáculo de naciones ordenadas y compactas, ya por haber pasado encima de ellas el nivel revolucionario, ya por la energía y ciencia del gobierno que extendiendo su acción con igualdad y prontitud sabe asimilarse aun sus más discordes elementos, poco tiene de extraño que clasifiquen y juzguen por inducción al pueblo español, sin comprender los vivos y fuertes matices en que se reparte y *degrada* su nacionalidad.

De las grandes comunidades europeas tal vez la nuestra es la única que presenta el ejemplo de un conjunto formado sin la fusión de las revoluciones ó de las conquistas,

pues harto sabido es que los reinos en que antiguamente se dividía la Península ibérica han venido á reunirse bajo la mano y gobierno de un solo monarca, más por enlaces y alianzas que no por guerras y sumisiones forzadas. En esto consiste la poca eficacia de los vínculos que atan los miembros de este cuerpo; en esto las notables y profundas diferencias de sus provincias que tan curiosas y dignas de observación las hacen á los ojos del filósofo y del artista; pero que tan doloroso síntoma de indisciplina é individualismo ofrecen en una época de concentración moral y material; y por último, esta es la explicación de los yerros que cometen la mayor parte de los escritores estraños, siempre que para castigo de nuestros pecados nos toman por su cuenta.

Esta es su excusa; pero ¿cuál será la nuestra cuando con tanta incuria y abandono tratamos los legados de nuestra historia y las tradiciones de nuestros padres? ¿Con qué específico podremos paliar este síntoma aflictivo, este cáncer tremendo, pudiéramos añadir con más exactitud aún, que así ataca y corroe las entrañas mismas de nuestra nacionalidad? No somos de los que llevan al campo de los hechos y de las cuestiones prácticas las ilusiones del deseo ó los colores de la imaginación, ni pedimos á un pueblo que todavía lucha con los dolores de su parto político, los grandes esfuerzos y duraderos monumentos que solo nacen de la paz y de la fuerza para crecer en el regazo de la verdadera y sólida cultura; pero entre tantas publicaciones como ven la luz del día, sin que sus ojos sean por cierto muy dignos de nuestro noble sol, ¿no se podían tener en cuenta nuestros recuerdos y las condiciones de nuestra índole individual? Esta infinidad de periódicos *artísticos y literarios* que sin más norte que una ganancia inmediata y ruin se han ocupado en traducir á roso y belloso, ¿no podían adoptar siquiera una base nacional é indígena y cultivar nuestros gérmenes naturales sin empeñarse en aclimatar plantas que constantemente rechazará nuestro suelo? ¿Tan poco digna de respeto es la bandera especial del

pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquella entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza este, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con que existir y desarrollarse? La mayor parte de las publicaciones españolas, con leves y muy honrosas excepciones, prescinden de nuestra historia y de los monumentos de nuestras artes: de real orden se ha demolido y demuele, y cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos: lo pasado va hundiéndose en las tinieblas eternas del olvido: lo presente nos aflige y desconsuela: el porvenir está preñado de incertidumbres y temores, y sin un esfuerzo de las inteligencias elevadas y de los corazones generosos pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta.

Un viaje emprendido en este año desde la capital solo por motivos de salud y esparcimiento del ánimo, nos ha inspirado todos estos pensamientos. De paso por Palencia, León y Astorga, hemos procurado observar lo que quedaba de su antigua grandeza, y al llegar á las risueñas montañas del Bierzo, término de nuestra peregrinación, debemos decir en obsequio de la verdad que más acopio habíamos hecho de tristes ideas que no de sensaciones halagüeñas. ¿Quién habla en el día de la catedral de León y de los conventos de San Isidro y San Marcos? ¿Quién después de Ponz ha vuelto á mentar la iglesia de Astorga con el asombroso retablo mayor, obra de Gaspar Becerra? ¿Quién antes ni después se ha acordado de este rincón maravilloso del Bierzo, de las raras propiedades y milagrosas riquezas de su suelo, de sus agraciados paisajes y variadas perspectivas, de sus interesantes monumentos y del sin fin de recuerdos que encierra? El padre Flórez en su *España Sagrada*, ha recogido datos y noticias preciosas, pero que al cabo apenas tienen relación sino con la historia y arqueología; y desde entonces todo ha quedado en silencio. Lástima grande por cierto, pues las artes y las ciencias á la par podrían sin duda ensanchar su esfera registrando este país

hasta el día olvidado si no ya desconocido. Tal vez la extraña formación de los montes y la disposición poco común de los terrenos harían dar un paso más á la geología en su nueva y gloriosa carrera. Tal vez la mineralogía ganaría algo en sus relaciones con lo presente y lo pasado, reconociendo el depósito inmenso de metales que encierran estas montañas y observando los gigantescos trabajos con que los romanos supieron beneficiar las ricas minas de las Médulas, abandonadas en el día, aunque probablemente no agotadas. Acaso en la cumbre de estos cerros y en sus valles escondidos, un nuevo Lagasca encontraría medio de abrir á la España otro manantial de riqueza. Pero aun cuando por semejante camino nada llegase á adelantar el entendimiento humano, de seguro podría enriquecer su herencia en otros puntos no menos capitales. De seguro la arqueología encontraría ocasión de emplearse con provecho en el examen de los diversos objetos hallados en las ruinas de las poblaciones romanas. De seguro daría por bien empleado su tiempo y su trabajo el arquitecto que estudiase los restos que del género lombardo nos quedan todavía, y sobre todo la curiosísima iglesia de Peñalva. Y por último, el pintor que dibujase las vistas de las Médulas, del apacible y hermoso lago de Carucedo, de la cuenca deliciosa de Vilela y del campestre anfiteatro de Corullón, de la frondosa ribera de Bembibre y de las fértiles orillas del Sil, si á esto añadía la perspectiva de sus castillos y conventos colgados unos sobre el abismo, señoreando otros lindas colinas, y otros por fin asentados en verdes y risueñas llanuras, conocería que dentro de nuestro país hay sustancioso y delicado alimento para la imaginación, y que en emanciparle de los eternos lagos de Suiza y de los no menos eternos monumentos de Italia, se le haría un servicio no pequeño.

De lo que no ha muchos años permanecía en pie, ha desaparecido ya gran parte; otra no menor de lo que resta está para seguirlo muy en breve. En cuanto á nosotros, que hemos nacido en el regazo feliz de esta tierra, y pasa-

do en ella los alegres días de la infancia, y los no tan alegres de la primera juventud, hemos creído justo dedicarle este leve testimonio de nuestro amor y recuerdos. Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará á una playa extranjera dentro de poco (\*); tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora: ¡extraña manía la del pobre entendimiento humano que á toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!!!

De los pueblos que hasta ahora han aparecido en el Bierzo para eclipsarse en seguida, el romano es el que ha dejado vestigios más indelebles por la extraordinaria energía de que estaba dotado y los grandes pensamientos que abrigaba. Como frontera de los indomables Astures, como punto de comunicación con Galicia; y en fin como emporio de la mayor riqueza mineral que en aquellos tiempos se conocía, conservaba esta tierra con el esmero que dan á entender los trozos de sus vías sembrados aun por varias llanuras, la línea eminentemente militar de fuertes que se extendía hacia Asturias y la cuidadosa elección de sitios para edificar sus poblaciones, que todas podían rápidamente comunicarse por medio de humaredas y lumbradas, telégrafos eternos, hijos de la naturaleza y propios de todas las edades.

A la izquierda del pueblo de Pieros, caminando á Galicia, se encuentra una espaciosa colina que desde luego cautiva la atención del viajero, porque todas las de los alrededores tienen la figura cónica más ó menos pronunciada, al paso que esta aparece truncada y con una bellísima esplanada en su cima. Crece la curiosidad y el interés al verla

---

(\*) Demasiado pronto se realizó este melancólico presentimiento. El autor salió á los dos años de España con una honrosa comisión del gobierno, y á los tres murió en el extranjero víctima de su aplicación, sin volver á pisar el país que le vió nacer.

rodeada de algunos fragmentos de muralla vestidos de yedra, vides y zarzas, que parecen empeñados en contener el sucesivo y forzoso desmoronamiento. Son sus laderas fértiles viñedos que crecen en una tierra rojiza de muy buen tono y efecto, y descienden á las riberas del Cua y del Burbia por ambos lados en plácido y manso declive. En esta eminencia estaba situada la ciudad de *Belgidum*, capital de todo el distrito que de ella tomó su nombre y que Antonino menciona en su Itinerario, señalando la ruta desde Braga á Astorga. La distancia á que pone esta ciudad del pueblo en cuestión, los pedazos de muro que se ven en su circunferencia y las medallas, monedas, lámparas, instrumentos de labranza, lápidas y armas que en él se han encontrado, manifiestan claramente su estirpe romana.

Aunque desde cualquiera parte de su falda que se mire esta extraña colina al punto se conoce su hermosa situación, pues en el corazón de un país rico y variado se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo, todavía se experimentan al llegar á su cresta sensaciones tan nuevas como deliciosas. Era una tarde de Julio, cuando en compañía de dos amigos de aquellos que sin duda por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos á ella. Un viento fresco del poniente movía las vides sobre los escombros del templo de Baco; el cielo estaba claro y diáfano; solo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol que se ponía. A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos; el Cua que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante Ponferrada cubierta en gran parte con su magnífico castillo de Templarios se extendía por un hermoso altozano, y muy cerca de ella se alzaban iguales como dos gemelos los Castros de Columbianos y San Andrés, antiguos campos atrincheros de los mismos cuyo polvo removíamos á la sazón con nuestras plantas. A la derecha se desplegaban la cordillera altísima de la Aguiana; el Sil centellante como una serpiente de escamas de oro á los últimos resplandores del

sol se deslizaba besando su falda, y al paso en su orilla derecha llana y sosegada se esparcían las praderas de Villaverde y Dehesas. En la izquierda ya más quebrada y pintoresca veíase desembocar el río Oza por la vega de Toral de Merayo. Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta; el castillo de Cornatel semejante á un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio, y por último término las tajadas cárcabas y caprichosos picachos encendidos de las Médulas que á lo lejos parecen vivas llamas sin cesar alimentadas por una mano invisible. A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje. La cuenca deleitosa de Vilela dilataba á orillas del Burbia sus huertas y prados, sus campos de trigo y sus castaños, y á su frente en un recogido seno de los montes subía en lucida y desordenada gradería con sus higuerales y vergeles el pueblo de Corullón coronado por un antiguo y alto castillo. Describir ahora todos los accidentes, la diversidad de tonos y la variedad de contrastes de este riquísimo paisaje excedería los límites de un bosquejo: baste decir que el paisista más exigente no tendría motivo para quedar descontento.—La plataforma tendrá como 2000 varas de circunferencia. Su figura es ovalada más que redonda, y desde ella se registra y domina todo el país.

Cuando bajamos de este maravilloso mirador donde nuestro silencio habló más que nuestras palabras, versó naturalmente la conversación sobre aquel pueblo de reyes que Dios mostró sobre la haz de la tierra para que la domeñase y juntase bajo su mando y disciplina, y de esta suerte preparada, recibiese mejor y más prontamente la divina luz del Evangelio. La sola elección del terreno en que fundaron á Belgidum, prueba muy bien la audacia de sus pensamientos y el poder de sus medios; porque la montaña debió de ser rebajada en su mitad para dejar su espaciosa mesa en el estado en que hoy se ve. Como centro administrativo y militar, nada deja que echar de menos al deseo; como punto á la vez saludable y pintoresco, apenas la

imaginación acierta á trazárselo mejor, y no titubeamos en decir que si del lado del norte en vez de los montes monótonos y cerrados que en el día se levantan, encontrase la vista la inmensidad del mar, sería sin duda uno de los más hermosos puntos del globo.

*Belgidum* resistió á las invasiones de los pueblos del norte y sin duda pereció en la irrupción de los árabes. Según el padre Flórez duraba todavía en tiempo del rey suevo Teodomiro, y una rarísima medalla que inserta del rey Sisebuto, manifiesta que aún existía en el siglo VII. Cuando después de la restauración de la monarquía, se vuelve á mencionar este pueblo, ya se trata de su reedificación. Vivos los recuerdos y tradiciones de su grandeza, y prendados los reyes de su bella situación, intentaron varias veces restaurarlo, pero los monjes Bernardos de Carracedo se opusieron vigorosamente y compraron del rey Fernando II y de su hijo don Alfonso IX la seguridad de que jamás se reedificaría. Don José Fernández Carús, abogado de Ponferrada, sujeto de instrucción y talento nada comunes, conserva en su poder una copia de estos documentos que no dejan de ser curiosos. Nada tenía de extraño en verdad que los religiosos con tal viveza solicitasen la perpetua desolación de aquel lugar, porque además de pertenecerles su terreno, fácil era de columbrar que el nuevo pueblo crecería como la espuma y bien pronto menguaría su autoridad y poder.

Villafranca á despecho de una situación infelicísima se había ido formando poco á poco al calor que le daba el tránsito extraordinario de peregrinos extranjeros que por el camino francés iban á adorar las reliquias del apóstol Santiago, y es seguro que el *Castro de la Ventosa* (nombre con que olvidado entre el vulgo el Romano, había comenzado á designarse el collado de *Belgidum*) hubiera caminado con rápidos pasos por la senda de las mejoras y del engrandecimiento.

En este sitio se escribió durante la guerra gloriosa de la independencia una sangrienta si no principal página de

su historia. El general inglés Moore, acosado en su retirada más que por las fuerzas del mariscal Soult por la indisciplina de su propio ejército, paró en Pieros el 3 de enero de 1809, resuelto al parecer á hacer rostro al enemigo. Envió más allá de Cacabelos cuatrocientos tiradores y otros tantos ginetes; ocupó el Castro de la Ventosa, asentó una batería en la cuesta del camino real que media entre aquel pueblo y Villafranca, y en esta actitud aguardó á los franceses.

Al frente de su vanguardia venían unos cuantos escuadrones mandados por el hermoso y gallardo general Colbert. Receloso algún tanto del número del enemigo y de su ventajosa posición, mandó á pedir refuerzo al mariscal; pero este le contestó secamente que avanzase sin aguardar á más. Herido en lo vivo con semejante respuesta, arremetió Colbert con furioso arranque, atropelló y volcó cuanto encontró al paso y desembocó como un torbellino por el puente del Cua. Los ingleses que en esta embestida no cayeron prisioneros, se reunieron al punto á los que la previsión de su general había apostado en los viñedos que ciñen por ambos lados el camino, y rompieron un vivo fuego á quema ropa. La artillería comenzó á jugar por su parte, y los aldeanos que con sus párrocos se habían encaramado á las alturas vecinas y que desde la guerra de sucesión tal vez no habían oído disparar un fusil, aguardaban con la consternación pintada en el semblante el desenlace de aquel sangriento drama. Con el repentino y mortífero fuego que sufrían por el frente y los costados desconcertáronse y arremolináronse un poco los franceses. Colbert caracoleando en su caballo, expuesto á las balas, á cuerpo descubierto y con el semblante colorado por la ira y el despecho, comunicaba las órdenes oportunas, exhortaba á todos con la voz y con el ejemplo, y para aparentar la calma y sangre fría que distaban de su agitado corazón, acariciaba una perra de aguas que no se apartaba de su lado. Algunos de los asustados espectadores de esta escena que con la ayuda de los anteojos podían observarla minuciosamente, conciben en que la briosa aptitud, denuedo y distinguida be-

lleza del oficial francés merecían un pincel inspirado. Ordenados los suyos por fin, volvió á la carga con temerario arrojo y se encaminó en derechura á la batería; pero al llegar á la cuesta cayó muerto. Sobrevino á poco la división de infantería del general Merle, pero la batería que sin cesar jugaba y la noche que se venía encima á más andar, le estorbaron pasar adelante. Recogió, pues, el cuerpo de su malogrado y gentil compañero, y acampó á la falda de aquellas eminencias.

Moore en cuanto entró la noche reconcentró sus fuerzas en la esplanada del Castro de la Ventosa, armó porción de tiendas, encendió sus fuegos, y pareció dispuesto á mantener sus posiciones en el siguiente día. Los nietos de César pudieron oír entonces desde sus sepulcros el relincho de los caballos britanos, y los acentos de la lengua del norte resonaron en los mismos sitios que habían escuchado los versos de Virgilio y las cláusulas de Cicerón. A las pocas horas el general inglés mandó cebar de nuevo las hogueras, y sin alzar las tiendas emprendió con tanto sigilo su retirada, que las rondas del ejército francés solo al amanecer la conocieron, cuando ya les llevaban considerable delantera. Trece días más tarde exhalaba sir John Moore su último aliento en la Coruña, después de haber peleado noblemente y salvado los indisciplinados restos del ejército que su país le confiara.

Este es el último suceso notable de que ha sido teatro el antiguo *Belgidum*. En el día ya son muy contados los trozos que quedan en pie de la muralla que ceñía la plataforma. De los edificios nada absolutamente se conserva, ya por haberse empleado el terreno en viñas, y ya más especialmente por el abuso de autoridad de los monjes de Carracedo, que, según informes de personas respetables, demolieron á fines del siglo pasado lo poco que todavía restaba, para utilizar la piedra. De sus reliquias se guarda aún en uno de los patios del monasterio un magnífico pilón de piedra berroqueña de una pieza, con un genio sobre su pedestal que tiene asidos dos cántaros. El color de la pie-

dra y la corrección del dibujo claramente dan á conocer su origen. El tazón tendrá como seis varas de circunferencia.

Del camino que conducía desde Belgidum á *Interannium Flavium* y Astorga, y al mismo tiempo lo ligaba con los fuertes ó campos atrincherados que estaban sobre Columbrianos, San Andrés de Montejos y Finolledo, perseveran todavía trozos muy lucidos en el campo de San Bartolo, junto á Cacabelos, á la vera de la dehesa de Fuentes-Nuevas, y entre los pueblos de Cortiguera y Cubillos. Estos fuertes conservan todavía con poca alteración el nombre latino, pues á todos los llaman *Castros*. Perfectamente enlazados y en situación eminentemente militar, sin duda estaban destinados á celar y guardar la frontera de los belicosos Astures, y á mantener el país en obediencia. Aun desde lejos se nota una especie de corona alrededor de su cumbre, formada por sus fosos y trincheras que en lugares altos, poco frecuentados y menos expuestos á la acción de los raudales llovedizos de invierno, han podido mantenerse sin graves alteraciones. En alguno de estos picos se distingue claramente todavía un recinto cuádruplo de cavas y paredes.

La construcción parece ruda y puramente bélica. El terreno está por nivelar, y las piedras medio enterradas que guardan la forma de muro, no tienen liga ni argamasa de ninguna especie. La vista que desde estas alturas se descubre, se acomoda á la naturaleza del sitio: pues si bien de la parte de la llanura presenta una perspectiva risueña y agradable, del lado de los montes solo ofrece un paisaje silvestre, solitario y oscuro.

Por lo que hace al pueblo de *Interannium Flavium* que el Itinerario de Antonino sitúa en el Bierzo, solo por conjeturas se puede venir en conocimiento de él. Vadeando el Boeza frente á la ermita de San Blas, y caminando á Molina Seca, se encuentra á la izquierda un sitio llamado vulgarmente el Castro, plantado en el día de viñedo, pero que pudo muy bien ser en otro tiempo la *Interannium* de que nos habla el itinerario. El cultivo de las viñas que en todo el país es esmeradísimo, ha alterado algún tanto la forma

rigurosa de cono truncado en cuya planicie debió de estar la población; pero todavía se conoce claramente. Desde Belgidum se divisa también este sitio, y los que hayan observado el cuidado con que buscaban los romanos esta circunstancia que tanto favorecía su sistema de comunicaciones rápidas y seguras, no dejarán de dar importancia á este dato. Por otra parte la cualidad de *interanniense* ó entre ríos, cuadra perfectamente á este terreno por hallarse situado entre el Boeza y Valtejada. Y últimamente, la distancia á que el itinerario lo coloca de Astorga, puede ser muy bien la que conviene á nuestro propósito, pues si es cierto que por el camino actual median entre ambos puntos algo más de ocho leguas, no lo es menos según todas las probabilidades, que la antigua vía romana no seguía la misma dirección sino la de Parada-Solana, que á la ventaja de mayor suavidad y abrigo reunía la de ahorrar distancia; en cuyo caso parece natural que fuera esta la que señala el emperador de treinta millas ó siete leguas y media. Sentimos que semejantes conjeturas, en nuestro entender no desprovistas absolutamente de fundamento, no encuentren más sólida confirmación en algún monumento arqueológico que las diese mayor grado de consistencia; pero de todas maneras el objeto de este trabajo se lograría por entero, si la curiosidad de los inteligentes se despertase y se corrigiesen en provecho de la ilustración general los yerros que en él se hayan cometido (\*).

---

(\*) Noticias posteriores y una inspección más detenida del terreno, nos han dado una certidumbre moral de que el pueblo en cuestión no podía ocupar otro sitio. Por una coincidencia singular ningún cerro del Bierzo se apellida Castro sino los que tuvieron población romana, y esto confirma nuestra conjetura, amén de la raíz latina del nombre. Además de Belgidum descúbrese desde allí el Castro de Columbianos por encima del Monte de Arenas con cuya circunstancia se añadía un eslabón más á la cadena de comunicaciones. Y por último, una porción de personas respetables nos han asegurado haber visto varias medallas romanas encontradas en aquella eminencia y por nuestros mismos ojos hemos examinado piedras y sillares que aunque mutilados por el tiempo todavía hablaban de los edificios á que habían pertenecido,

Y ciertamente no sería su menor premio llamar la atención de la Academia de la historia y de su digno presidente sobre un país donde el general olvido y abandono le habrá impedido tal vez extender su correspondencia. Si así fuere, urgente es remediar la falta, y por nuestra parte estamos seguros de que encontrará personas que secunden sus miras con calor. Bien conocida nos es la escasez de medios á que está reducida esta corporación respetable: pero cuando no alcanzase más que atajar con su influencia el espíritu de vandalismo que puede desatarse aquí, como se ha desatado ya en otros puntos de la provincia, debemos creer que lo miraría como galardón cumplido de sus afanes. De ello avisamos aquí á sus individuos, como en lugar más oportuno daremos cuenta á los redactores y colaboradores de la *España monumental y artística* de otras cosas que sin duda cumplen á su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas enteramente distintas que contiene el Bierzo, en más abundancia quizá que ningún otro distrito de España.

Ponferrada y Agosto de 1842.

## II.

Prometimos hablar en el anterior artículo de un género nuevo de antigüedades romanas que abundan infinito en el Bierzo. Estas antigüedades son los restos que nos quedan de los trabajos empleados en beneficiar las minas de las Médulas, que bien claro dicen la importancia que sus dueños sabían darles, y el gran provecho que de ellas sacaban. Hablando Plinio de las riquezas que producía la España, dice lo siguiente: «De esta manera dijeron algunos que daban las Asturias, Galicia y Portugal, veinte mil libras de oro: pero que las Asturias producen la mayor parte. Y en ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta

fertilidad de oro (\*). *Aurífera* llama también Floro la naturaleza de estas regiones, y es cualidad que hasta el día no ha dejado de poseer.

Aunque según la opinión más acreditada los límites de la provincia *Astúrica*, á quien Plinio atribuye tanta abundancia del precioso metal, no llegasen sino hasta la vertiente oriental de la cordillera de Fuencebación, no estamos distantes de creer que para su aserción incluyó en sus términos las Médulas, por más que entonces perteneciesen á Galicia. No hemos recorrido los montes de Asturias, ni sabemos los vestigios que en ellos ha dejado la civilización romana, si alguna vez sus águilas volaron por sus más ásperas y enriscadas cimas, pero no hemos leído ni menos oído, que ofrezan un espectáculo semejante al de las montañas que por el lado del mediodía parten términos entre el Bierzo y Cabrera. Sin querer dar á nuestra ignorancia sobre el particular un peso que no tiene, porque sobrado se nos alcanza que en último lugar no pasaría de una prueba negativa; debemos creer de todos modos que una no pequeña parte de las veinte mil libras de oro que menciona Plinio salía de nuestras montañas.

El viajero que se dirija á Orense por la orilla izquierda del Sil, después de atravesar los fértiles pueblos de Toral, Villalibre, Priaranza, Santalla y Borrenes, se encuentra con un lugar de pobre y mezquina apariencia, situado en una especie de llano sembrado de innumerables montones de canto rodado negruzco y musgoso, y á la raíz de una montaña de la más caprichosa forma que imaginarse puede. Cortada en general como á pico, revestida en su mayor parte de robles y castaños silvestres, surcada de profundísimos barrancos, descubiertos á veces sus costados de un encarnado vivo y crudo, y coronada por picachos y torreo-

---

(\*) *Vicena milia pondo ad hunc modum annis singulis Asturiam atque Gallaciam et Lusitaniam prestare quidam prodiderunt ita ut plurimum Asturia gignat: neque in alia parte te rarum tota sæculis hoc fertilitas.* (Plin., Hist. Nat., lib. XXIII, cap. III).

nes del mismo color, que ofrecen á la vista tantas figuras y accidentes como la fantasía puede forjarse, nada tiene de común con los montes circunvecinos: y se asemeja á un monumento levantado por la mano de una raza de gigantes, que solo ha podido conservar algunos restos dignos de su grandeza en su lucha desesperada con la naturaleza y el tiempo. La miserable aldea es la que tiene el nombre de *Las Médulas*, y la montaña es probablemente el *Monte Medúleo*, uno de los más ricos almacenes de oro que la naturaleza abrió á los romanos en este suelo, testigo de su grandeza y de sus crímenes.

En pocas partes ha dejado el pueblo rey un testimonio más vivo y elocuente del atrevido espíritu, en cuyas alas volaba su pensamiento. Fecundas eran sin duda las entrañas de aquellos cerros, purísimo el oro que les brindaban, sano y templado el país que los cercaba, y sereno el cielo que los cubría; pero la naturaleza se había empeñado en poner á su codicia un valladar insuperable, si alguno hubiera para ella. En el estado de las ciencias naturales, en aquel entonces, la mineralogía era tal vez la que más se resentía del común atraso. Plinio nos describe prolijamente en el lugar ya citado el método de que en su tiempo se usaba para obtener el oro; método verdaderamente primitivo, pues tenía por base y principio el mismo lavado, que si no en la forma, por lo menos en la esencia, emplean aún en el día las muchas mujeres que en el valle de Valdeorras ganan su vida sacando oro de las arenas del Sil.

Pero ¿dónde buscar las corrientes de agua necesarias para semejante procedimiento en un paraje alto y sin más raudales que los diminutos de las fuentes de los valles? ¿Aprovecharían los caudales del Sil que corre á bastante distancia separado por alturas y hondonadas y á una profundidad extraordinaria? Esta era empresa superior á las fuerzas mismas de los romanos. ¿Pondrían los ojos y la atención en el Oza que riega el hondísimo Valdueza, ó en el río de Cabrera que poco más abajo desemboca en el Sil, ambos divididos por escabrosas cordilleras y á un espanto-

so desnivel del lugar en cuestión? Pero este parecería un loco intento al que apenas podría dar cima el poder humano. Sin duda los romanos no hubieron de calcular de la misma manera, antes remontando el curso de estos ríos, registrando las curvas y proyecciones del terreno y midiendo exactamente las alturas, hallaron que sus aguas podían venir á pulimentar y laborar cuanto mineral sacasen del seno de las Médulas. Entonces contaron sin duda los rebaños de sus esclavos y la población que por fuerza habrían de diezmar los espantosos trabajos que iban á emprender, y tomaron el camino de las montañas de Cabrera y de la Aguiana.

Si alguno de los lectores ha cruzado estas cordilleras y visto su naturaleza peñascosa y ruda, las tajadas quiebras y profundos valles que las surcan, conocerá la penalidad infinita con que debieron abrirse los canales que colgados en escarpadísimas pendientes, todavía hoy nos suspenden y hielan de pasmo. Sujetos á seguir en su dirección todas las inflexiones y desigualdades de los cerros, sus rodeos son mayores de lo que á primera vista parece y una distancia que por el aire apenas llegaría á dos leguas, tal vez pase de ocho ó diez en la forma actual. ¡Dichosos los trabajadores cuando en aquellas agrestes y empinadas cuestas tropezaban con una veta de tierra por donde no se extendían los enormes bancos de piedra viva que las pueblan! Donde quiera que estos se presentaban despedazábalos el pico lentamente hasta abrir paso al cauce por sus entrañas, y en muchas partes se encuentran tan enteras las señales de estos trabajos, como si del día antes estuvieran concluídos.

Dividíanse ambas líneas en varios ramales, sin duda con el objeto de aprovechar cuantos manantiales encontrasen en su tránsito. Cuéntanse en Cabrera, según nos han informado, hasta siete cauces escalonados en la vertiente de las montañas que mira al norte, y desde un punto que domina el pueblo de Orellán se divisan algunos todavía. La otra línea repartida en menos conductos por lle-

var también algo menor cantidad de aguas, arrancaba de las alturas que dan cima al Oza, pasaba por encima del monasterio de San Pedro de Montes, torcía más adelante el paso por el valle de Villanueva y después de seguir todavía algunos recodos, iba á desembocar en los lavaderos de las minas. Agradable debía ser la vista de todos estos raudales que como otras tantas cintas de plata culebreaaban perdiéndose y volviendo á aparecer en los senos de aquellas montañas tan ásperas, solemnes y silenciosas. Desde las negruzcas y peladas rocas de Ferradillo que enseñorean á la vez el apacible lago de Carucedo, las montañas y llanura de las minas y los sitios por donde venían aquellos milagrosos canales, debería aparecer este espectáculo en toda la deformidad y grandeza que imprimían á sus escenas y á sus obras las naciones antiguas que abrigan la esclavitud como un síntoma necesario de vitalidad.

Semejantes empresas una vez llevadas á cabo debían agotar al parecer el ánimo y las fuerzas de los mismos señores del mundo; pero la naturaleza les disputaba sus dones con tal tesón que hubieron de continuar su esfuerzo todavía. El reducido llano que se extiende al pie de los montes y donde hoy está asentado el pueblo de las Médulas, es una especie de cuenca circunvalada de montañas y que no ofrecía salida á las aguas que servían para el lavado del mineral. Forzoso fué por lo tanto abrírsele y la profunda y terrible garganta de Balouta cortada á pico, como todavía lo publican sus paredes llenas de recortes y esquinas vivas y salientes, vino á coronar sus inmensas obras preparatorias.

Entonces fué sin duda cuando desembarazados de todos los cuidados preliminares, volvieron sus ojos al objeto de tantos desvelos y emprendieron la explotación de las minas en su acostumbrada escala. Los infelices que al morir extenuados de cansancio podían respirar el aire fresco de las cañadas y mirar por última vez el claro sol de España, sin duda encontraron más triste y estrecho sepulcro en las entrañas de los montes.

Gran parte de las galerías que los taladraban se han hundido, pero todavía quedan enteras y prolongadas infinidad de ellas marcadas con el mismo sello. La tierra parece de vermellón puro, según lo encendido del color, y todas las señales son de un criadero abundantísimo de oro.

La última vez que visitamos estos lugares fué en el Otoño de 1840. El guía que debía conducirnos por los enmarañados laberintos subterráneos, era un hombre no menos extraño por su traza que por sus discursos. Pasaba ya de los sesenta, era seco, andaba un poco encorvado y en su semblante se traslucía aquella malicia y sutileza que viene á ser la cualidad dominante de los aldeanos de este país. Todo su atavío consistía en unos pantalones de lienzo blanco, una chaqueta que llevaba echada por encima de los hombros y un pañuelo rodeado á la cabeza. Iba descalzo, y aunque cuando le mirábamos se apoyaba con más fuerza en su palo y deslizaba alguna indirecta sobre el estado de sus pies, el hecho es que con ellos desnudos caminaba sobre los erizos de las castañas y los garranchos de las malezas, como si pisara una mullida alfombra turca. El equipaje de su entendimiento no tenía menos de extraño que el de su persona, porque era hombre que sin duda con alguna expresión que había atrapado al vuelo á las pocas gentes instruídas que han ido á examinar estos parajes, y con los consejos y cuentos de las viejas había llegado á formar el más descomunal maridaje que imaginarse puede.

Hablaba del emperador Plinio que había tenido su corte en aquellos cotarros, y barajaba moros y romanos en la más chistosa confusión del mundo. Dijonos su nombre de bautismo que á causa de las hazañas y diabluras de su juventud, un digno tío suyo, su protector y maestro, había trocado en el de Ferragús, que él por su parte con su acostumbrado respeto á la exactitud histórica había convertido en el de *Ferrascús*, más sonoro y significativo en su entender. Por muy dado que fuese á los estudios de la historia, según se dejaba traslucir, algo más aficionado se mostraba

á la metalurgia, y sobre hallazgos preciosos, y sobre ocasiones de hacerse rico tontamente desaprovechadas, nos ensartaba á cada parada sendas y curiosas mentiras.

En compañía de este digno personaje y de algunos amigos y bien provistos de luces y cordeles por si fallaba la ciencia topográfica del valeroso Ferrascús, comenzamos á trepar la montaña en una hermosa y clara mañana. Poco tardamos en vernos encerrados entre barrancos profundísimos, flanqueados de altas y tajadas murallas de barro colorado, coronadas con remates de caprichosas formas. Aquí se levantaba un castillete de la estrellada figura moderna; allí una atrevida pirámide redonda, elevada y aguda; acullá un torreón arruinado de un alcázar de la edad media, y algo más lejos grietas y aberturas puntiagudas que se asemejaban á lasafiligranadas ventanas de una catedral gótica. La tierra parecía profundamente atormentada: crecían los castaños silvestres en aquellas laderas inaccesibles, y apenas se conocía más huella que la de los jabalíes que venían á roer su fruto. Preguntamos á nuestro guía la causa de este fenómeno, y nos lo explicó tanto más lisa y sencillamente cuanto que no tuvo que implorar la ayuda del *emperador Plinio*. Las galerías que se han ido hundiendo, han ofrecido á los torrentes de invierno un cauce tan estrecho que, aprisionados en él, han doblado su fuerza y cavado al fin unas carcavas de extraordinaria profundidad; pero como las cepas de las bóvedas subterráneas quedaban en pie, ha resultado que ganaban en elevación lo que los barrancos en hondura, y que modificados sus restos por los diversos accidentes del hundimiento y luego por el sol, el viento y la lluvia, han llegado á presentar el fantástico aspecto que hoy las distingue.

Reconocido de esta suerte el terreno, entramos en las galerías que aun se conservan y las examinamos atentamente. Son la mayor parte de gran altura, y algunas tienen una forma puntiaguda que les da cierto aire de semejanza con las naves de las catedrales góticas. La montaña está surcada y abierta en mil direcciones distintas y estos

trabajos guardan cabal consonancia de atrevimiento y de grandeza con los que ya conocen los lectores. Cansados por fin de vagar por aquellos oscuros callejones, dirigímonos á una claridad que se advertía en el fondo de uno. Era una abertura de forma irregular con una mata de roble en su orilla por donde entraba el sol del Otoño. El que iba delante se asomó á la rústica ventana; pero retrocedió sin color y turbado, no sin razón á la verdad porque había visto á sus plantas el abismo. Era un despeñadero de más de doscientos pies perpendicularmente cortado, y los castaños del valle parecían albahacas, cabras los bueyes y muchachos los hombres que se ocupaban en recoger la castaña. El costado del derrumbadero que teníamos en frente y á pocas varas de distancia, se asemejaba al nuestro: pero las lluvias le habían adornado con labores confusas de barro, que parecían unas plantas exóticas incrustadas en él. En el marco de aquel extraordinario mirador estaban grabados varios nombres, de sujetos conocidos del país y algún otro extranjero, pero casi todos borrados ya. A instancias de Ferrascús pusimos también los nuestros que las lluvias del invierno siguiente no dejarían de lavar, privándonos así del consuelo de que algún pastor los rayase con su cayado, después de delectarlos torpemente.

Frustrado así nuestro propósito de encontrar salida por esta parte, tuvimos que deshacer lo andado y buscarla por algunos agujeros prolongados, estrechos y en cuesta que un amigo nuestro llama con cabal exactitud *Buzones*. Arrastrando como culebras salimos uno por uno á ver la luz, pero esta natural satisfacción se enturbió no poco á vista de un sendero de dos pies escasos de anchura, flanqueado de dos precipicios semejantes al de la ventana que era preciso atravesar. Atravesámoslo por fin no sin temor de que algún perdiguero de los que llevábamos nos hiciese dar un esguince que pudiera conducirnos al fondo en no muy grandes pedazos, y nos sentamos en un ribazo á descansar y disfrutar del magnífico panorama que delante de nosotros se desplegaba.

Teníamos á nuestra derecha la risueña llanura del Bierzo que cubierta por una ligera neblina y terminada por una cadena de azuladas montañas, parecía al primer aspecto el mar con un horizonte de nubes. Observando un poco más, se divisaban sus pueblos y sus ríos, sus praderas y viñedos, sus llanos y colinas, la esplanada del antiguo Belgidum y los conventos de Carracedo y de Cabeza de Alba con sus contornos y perspectiva general extraordinariamente suavizados por aquel trasparente vapor que los envolvía. Casi á nuestros pies el tranquilo lago de Carracedo parecía un verdadero espejo, pues en sus aguas se pintaban las blandas colinas y encinas viejísimas que lo cercan, con sus naturales formas y colores, sin que el soplo más fugaz viniese á alterar su esmaltada y reluciente superficie. Y luego en frente y como para contrastar con estas escenas tan sosegadas y llenas de quietud, veíamos de perfil y como en esqueleto las despeñadas cárcavas de las minas, sus tonos crudos y ensangrentados, sus senos cuarteados y rotos y las naturales fortificaciones de sus picos, que todavía parecen sobrevivir á la ruina universal para abrigo y morada de los espíritus errantes de sus antiguos amos, verdadera raza de Nemrod que desafiaban al tiempo con sus obras y al cielo con sus delitos. Los destrozos causados por la mano de los siglos realzan la escena, y la miseria, soledad y abandono presentes corresponden á la pasada opulencia, animación y vida. Aquel Mario tan grande entre los últimos romanos, sentado en las ruinas de Cartago, se nos vino á la imaginación, y el tropel de reflexiones amargas, que siempre inspiran las severas lecciones de la Providencia y del tiempo, nos atajó por muchos minutos el uso de la palabra.

Todavía teníamos que ver la mina llamada de Orellán por estar abierta en una montaña que domina este pueblo. Echamos á andar por un canal seco que venía por el costado de la cordillera y que todavía está á trozos tan entero como el del Manzanares. Más de medio cuarto de legua caminamos por él no sin admirarnos de su solidez, é inter-

nándonos en un país enteramente áspero y montaraz, llegamos por fin á la boca de la mina. Desde ella se alcanzaban á ver todavía otros dos ó tres cauces de los que traían las aguas de Cabrera, llamados impropriamente carriles por los naturales, abiertos á diversas alturas y que se perdían en uno de los muchos recodos de aquellos cerros. Como la entrada de la mina estaba casi del todo obstruída, tuvimos que emplear para introducirnos el mismo medio que habíamos usado para salir de la anterior: es decir, el de arrastrarnos. Encendimos las luces y procedimos á un registro.

De las galerías que se conservan esta es con razón la más famosa por su extraordinaria extensión y anchura. La bóveda es perfectamente semicircular, y el piso está formado de una arcilla ligeramente humedecida que proporciona un pavimento cómodo y mullido. Las infinitas gotas de agua filtrada que pendían de la bóveda ó asomaban á las paredes, heridas por las luces asemejaban una inmensa pedrería compuesta de diamantes, esmeraldas, záfiro y rubíes, y la oscilación de las velas y nuestros continuos movimientos les prestaban unos cambiantes y colores que robaban la vista. El aire era grueso y húmedo, la oscuridad semejante á la que nos pinta Lord Byron en su poema de las *Tinieblas*, y el buen Ferrascús que con su escaso traje blanco y su cuerpo compuesto al parecer de raíces, según era de flaco, iba delante á cierta distancia con una vela encendida en la mano, y envuelto en su moribundo resplandor, parecía el alma en pena de algún hambriento esclavo que andaba en busca de las sobras del festín de sus señores. El buen hombre que hasta entonces había tenido la prudencia de no mentar fantasmas ni apariciones, hablaba entonces de ellas con frecuencia, y en el estudiado desprecio con que las trataba y en las bravatas que vertía, mostraba bien á las claras y con gran diversión nuestra que no las llevaba todas consigo. Por nuestra parte aunque de cierto hubieran salido, acostumbrados á la facha grotesca de nuestro guía, ninguna impresión nos hubieran hecho.

Durante un largo trecho la galería no tiene más que un

ramal, pero al fin de este se encuentra una plazoleta, desde la cual arrancan varios, que luego se subdividen por su parte. Aquí atamos nuestro cordel á un canto grande con suma desaprobación de Ferrascús que llevaba muy á mal la poca fe que poníamos en sus protestas y experiencia; pero había entre nosotros quien se acordaba de una aventura sucedida á ciertas personas conocidas del país, que después de andar todo un día perdidas por aquellos laberintos con su guía, solo debieron su restitución al mundo de los vivos, á un pastor que acertó á pasar por un despeñadero al cual daba una abertura de la mina, y que según sus instrucciones, trajo todo un lugar en su auxilio. La escena nos parecía mejor para contada que no para pasada, y por eso fiábamos más del expediente de Ariadna, que no de nuestro hombre. Echamos por el rancal de la derecha, y después de recorrer muchos subalternos, llegamos por fin al que tuerce en dirección á Orellán, y que está enteramente inundado. No pudimos calcular su extensión, pero nos aseguró nuestro *cicerone* que se oía desde él el canto de los gallos del pueblo, en cuyo caso deberá ser muy largo. Atajados así en nuestras investigaciones, hubimos de volvernos por los pasos que habíamos traído, y ya á la boca de la mina se nos ocurrió experimentar la elasticidad del aire con nuestras escopetas. Disparamos, en efecto, varias veces, y cada explosión parecía la de una pieza de artillería, que perdiéndose y quebrándose á lo lejos por aquellas concavidades, figuraba un sordo temblor de tierra. Salimos enseguida á la luz, que ya teníamos ganas de ver, y después de haber comido con apetito, bajamos por una senda de cabras que era una zigzag, continuando á la aldea de las Médulas, que cruzamos de largo en busca de otra mina llamada la Palomera, cercana á Salas de la Ribera.

Está abierta en peña viva, y ha sido bautizada con el nombre que tiene, á causa de la infinidad de palomas que en ella se albergan. Dícese en el país que era de plata, pero como el agua que la encharca llega hasta la entrada misma, nuestras observaciones no fueron de provecho al-

guno. Solo vimos y tomamos un poco de ocre finísimo del que había bastante abundancia á orilla del agua. Cerca de la Palomera y en el terrible desfiladero de Balouta, hay una gruta llena de bellísimas estalactitas que figuran gran porción de musgos y otras plantas petrificadas, teñidas todas de frescos y vivos matices.

Aquí tuvimos el disgusto de separarnos de nuestro buen Ferrascús que nos hacía muchas protestas de agradecimiento por haber provisto á la desnudez de sus pies, aunque no faltaba entre nosotros algún descreído que afirmaba que la perspectiva de la taberna era la que así le desataba la lengua y alegraba el corazón.

Los restos de la población romana han desaparecido enteramente, y ni aun por tradición se sabe exactamente su sitio; pero además de las obras ya mencionadas, hay vestigios que no se borrarán tan pronto. Los inmensos montones de canto rodado que cubren la corta llanura de las Médulas, atestiguan el ahinco y constancia de aquellos trabajos, y no menos lo prueban los amontonamientos de tierra hechos cerca de la orilla meridional del lago Carucedo. A poca atención que se ponga, fácilmente se conoce que aquella especie de collados no son de formación geológica, sino artificial, porque como las capas no tienen entre sí cohesión natural alguna, las aguas invernizas las han minado fácilmente, separándolos por zanjas profundas que en ninguna de las colinas cercanas se observan.

Con estas señales dejó marcado su tránsito por esta tierra el pueblo rey. El tiempo ha revestido sus ruinas de su severa y tremenda majestad, y en el día tan curioso estudio ofrecen al mineralogista y al geólogo, como desconocidas y sublimes escenas al dibujante. La vista de las minas por detrás tendrá poco semejante en el mundo entero, porque no es fácil reunir todos los accidentes naturales y artificiales que han concurrido á darle su raro aspecto. Por nuestra parte no hemos leído ni oído cosa igual.

Y ya que la ocasión se brinda tan oportunamente, llamaremos sobre este país la atención de las infinitas gentes

que van á buscar en las entrañas de la tierra el aumento de su fortuna y el ventajoso empleo de sus capitales. Sepan (porque muchos habrá que lo ignoren), que en este país son infinitos los manantiales de aguas minerales; que solo de las arenas auríferas que el Sil arrastra, se alimentan muchísimas personas, y que las minas de las Médulas, de la Chana y la Palomera, abundantísimas en sus respectivos metales, están dentro de un radio de una legua. El sol no sale en Cartagena para ponerse detrás de Sierra Almagrera; desde los romanos acá nadie ha escarvado siquiera la superficie de esta tierra: á poco tiempo se encontrarían obreros en abundancia y jornales baratos, y en nuestro entender no tendrían motivos para arrepentirse. Piénsenlo bien, y vengan á cerciorarse por sus ojos de que cuanto llevamos dicho no es más que una parte de lo que hay, y tal vez no la mayor. El distrito se lo agradecería muchísimo, pues solo á la sombra de grandes empresas puede remediarse el grave síntoma de postración que le aqueja; la dispersión y subdivisión infinita de los capitales. De esta suerte podrían abrirse los caminos y comunicaciones, de que tanta necesidad tiene un país á quien su misma fertilidad ahoga y empobrece, y la provincia entera ocuparía el lugar á que la llama su situación, las propiedades de su suelo y el natural despejo de sus habitantes.

NOTA. Recientemente se ha formado en el Bierzo una sociedad minera á la cual sin excepción todos han prestado su apoyo. La idea no ha podido ser más popular; ¡ojalá que los resultados correspondan á esta idea tan noble como beneficiosa para el país!

### III.

Las memorias que los bárbaros sucesores de los romanos dejaron en el Bierzo son también numerosas, si bien en su mayor parte se ligan al orden religioso. El monasterio de Compludo, el primitivo de San Pedro de Montes y

el de San Félix Visuniense fueron fundados por San Fructuoso, vástago de la estirpe real de los godos; y de otra porción de monumentos de esta clase, y de santos que los poblaron é ilustraron con sus virtudes, se conservan recuerdos bastante claros. Pero las devastaciones consiguientes á la irrupción de los moros, la ausencia de los sacerdotes y la fuga y espanto de los fieles fueron causa de que viniesen al suelo todas las obras levantadas por la piedad de los príncipes y señores godos. Nada de este período se conserva que pudiera suministrarnos alguna luz sobre sus artes y cultura, y á no ser por los instrumentos que en los archivos de la Catedral de Astorga y de los monasterios restaurados se guardan, ni sospecharíamos quizá su existencia.

Cuando los españoles arrinconados en las montañas del norte volvieron en sí, y despertado el innato valor fueron reconquistando con el acero la herencia de sus padres, todo el territorio actualmente comprendido en la provincia de León fué el primero tal vez que se arrancó de las manos de los infieles; pero en tan azarosa época era muy común ganar y perder sucesivamente varias veces una plaza en un breve espacio de tiempo. En cada una de estas vicisitudes la población, ó perecía bajo la cuchilla del vencedor, ó solía en gran parte emigrar cuando las capitulaciones se ajustaban sobre bases más humanas; pero de todos modos, alternativas tan dolorosas y frecuentes hacían mediar generalmente mucho tiempo entre la reconquista de un territorio y su repoblación. Por todas estas razones el Bierzo debió de estar mucho tiempo en manos de la soledad y del abandono, bastantes de por sí para dar al traste con obras en que probablemente la rudeza de la edificación no había asegurado duración dilatada. Aun recobrada esta tierra y asentado en ella con alguna solidez el poder de los cristianos, ocupados los ánimos exclusivamente por las artes de la guerra, mal podían emplearse en las que son hijas de la paz y del orden; de manera que hasta el siglo IX y X la arquitectura no comenzó á dar señales de vida.

Nadie duda en el día, que sin la providencial organización del catolicismo, el caos de la Edad Media se hubiera prolongado indefinidamente, y que en el altar se encendían las luces que iban guiando al mundo por la obstruída senda del progreso. Nadie duda que la unidad teocrática, única posible en aquel revuelto orden de cosas, fué el estandarte y la lumbrera del mundo; pero si alguno hubiera que vacilase todavía en adoptar semejante opinión (dado que nombre de tal merezca un axioma histórico) fácilmente disiparía toda clase de incertidumbre á vista de este país. Los monasterios fueron los centros de su resurrección moral y material; á su sombra se alzaron los pueblos; á su impulso se desmontaron los bosques; se abrieron caminos; se cruzaron ríos y se animaron los desiertos. Ponferrada se formó en un principio al rededor de un puente fabricado por el obispo Osmundo sobre el Sil en el siglo X, y luego llegó á ser población y fortaleza de importancia bajo los templarios. Villafranca nació de una ermita levantada por unos sacerdotes de Cluni que administraban los sacramentos á los infinitos peregrinos que iban á Santiago. Carracedo, Vega de Espinareda, San Pedro de Montes, Peñalva y otros pueblos han crecido á la raíz de sus monasterios como otros tantos retoños; y si montañas inaccesibles y valles desiertos abrieron su seno á la cultura; si las artes y el saber han derramado sus resplandores divinos aun en medio de sus oscuras soledades, es porque las órdenes religiosas desenvolvían ya entonces, aunque imperfectamente y atendiendo principalmente al orden moral, las milagrosas fuerzas hijas del espíritu de asociación.

Del siglo IX hasta el XII datan los monumentos más notables de este país. San Genadio, obispo de Astorga, reedificó á San Pedro de Montes en 895. Salomón, su sucesor levantó la Iglesia de Peñalva por los años de 933. La bailía de los templarios de Ponferrada llegó en el siglo XII á un esplendor extraordinario, y en el mismo siglo el rey Alfonso VII y su hermana la infanta doña Sancha fundaron de nuevo y ensancharon el monasterio de Carracedo con

su bella iglesia. Las de igual género que se ven en Corullón, Villafranca y Otero de Ponferrada tienen todas sin duda la misma fecha. Hablaremos de estos monumentos, aunque brevemente, según su orden cronológico.

El camino que conduce desde Ponferrada á San Pedro de Montes está adornado de todas las bellezas y accidentes graves, terribles y risueños propios de un país montañoso. El Valdueza ó valle de Oza, por cuyo fondo corre este río, presenta desde San Esteban una faja de frondosidad y frescura infinita, pero sumamente estrecha, flanqueada en ambas orillas por dos cordilleras que le aprisionan hasta su fin. Las huertas y prados, los frutales y árboles silvestres, los emparrados que á veces extienden sobre el camino su rústico dosel y los pueblecitos que á cada paso se encuentran á la margen de aquel río tan cristalino, donde se ven las truchas deslizarse sobre las guijas y ocultarse en las raíces de los árboles, entretienen agradablemente al viajero: pero si por casualidad alza la vista, la estrechura del paisaje le acongoja y conoce que aunque embalsamado, respira al cabo el aire de una prisión. Afortunadamente semejante reflexión rara vez ocurre al que cruza de paso estas honduras, porque son tantas sus gracias y variedad que la vista se da por satisfecha con tan lindos cuadros.

En el último tercio del valle el camino se aparta de él y sube á la montaña. Allí comienza la soledad con sus peculiares escenas y sensaciones. Los ruidos del valle se apagan, desaparecen los pájaros de sus jardines, el silencio es el único señor de aquellos ásperos collados, y solamente se percibe confuso y quebrado por los ecos el rumor sordo y monótono del Oza que corre por aquella angostísima garganta á una profundidad tremenda. Crecen los matorrales con pujanza, y el camino que en las revueltas de los cerros y bajo sus sombras se oculta, da al país el aspecto ciego y enmarañado de aquella *selva selvaggia ed aspra é forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida. El valle del *Silencio* que á la izquierda se extiende es el único paisaje por donde puede espaciarse la vista del

viajero, pero al punto desaparece, y los mismos empinados montes y el mismo río con su voz lejana y doliente vuelven á derramar en su alma la anterior impresión de melancolía.

Por este desierto á la sazón horrible dirigió sus pasos en el siglo VII un godo de sangre real en busca de aquella quietud interior que aun en el monasterio de Compludo, fundación suya reciente, huía de su ánimo. Cerca de las fuentes del Oza, en el seno más apartado de aquellas asperezas, en un precipicio colgado sobre el río y debajo de un fuerte ó castillo romano destinado á proteger las líneas de canales que ya dimos á conocer en el artículo anterior, encontró por fin San Fructuoso un paraje acomodado á su intento, y allí fundó el monasterio de *San Pedro de Montes*. Con la irrupción mahometana abandonado de los fieles se vino á tierra, y cuando tres siglos después quiso volverlo á su antigua fama y santidad San Genadio, obispo de Astorga, solo encontró un montón de escombros, zarzas y malezas en el antiguo jardín de la esposa del Señor. Reedificó el convento y la iglesia (\*); «más con el sudor propio y de sus compañeros que con la opresión del pobre,» y no contento con esto, levantó más tarde otro mejor y más digno templo.

La elección del sitio no podía ser en verdad más acertada para los pensamientos severos de aquellos anacoretas y la sensación que produjo en nosotros el monasterio con su aldea en una tarde nublada y lluviosa es de aquellas que tarda mucho en borrar la mano del tiempo. A vista de aquellas montañas enriscadas, en aquella soledad triste y oscura donde al rasgarse las nubes del invierno tal vez se mostraron los cielos á los contemplativos monjes en todo su esplendor y majestad, sobran en verdad los devaneos mundanos y las frágiles esperanzas terrenas.

Aprovechamos lo que nos quedaba de tarde en examinar las cercanías del monasterio y su huerta; que es una

---

(\*) Testamento de San Genadio.

verdadera escalera cultivada, y por último bajamos á la iglesia edificada por San Genadio y bendecida en 919. Es de tres naves y bastante alta y espaciosa, pero tan ruda y tosca en su fábrica, que bien se descubre el atraso del arte. Las naves están compartidas por una especie de pilares gruesísimos de los cuales arrancan unos arcos tan tenues y delgados, que más que otra cosa parecen unos puentecillos de madera con dos enormes peñascos por estribos. Ninguna especie de labores adornan sus ventanas y puertas y toda ella es un embrión arquitectónico confuso en que ningún estilo se presenta claro y determinado.

Entre los retablos hay uno pintado con unas tablas pertenecientes sin duda á la escuela alemana, en que resaltan todas las bellezas y defectos propios de sus autores: gran corrección en el dibujo, vivo sentimiento en las cabezas y extraordinaria prolijidad y esmero en los pormenores junto con un colorido desmayado y lánguido, una composición poco hábil, unas formas prolongadas y flacas y un plegar duro y esquinado. El resto de los altares no solo es inferior, sino de un gusto detestable y churrigueresco. El convento asimismo no ofrece nada notable, porque el de San Genadio hace tiempo que había venido á tan ruinoso estado que hubieron de levantar los monjes el nuevo.

Bajo su techo hospitalario pasamos la noche, y muy de madrugada emprendimos nuestra caminata á la ermita de *Nuestra Señora de la Aguiana*, que si bien muy inmediata á nosotros, apenas habíamos visto despojada de su ropaje de nubes el día anterior á causa de su extraordinaria altura. La atmósfera se había ido despejando después de la tormenta de la noche, y un viento del norte iba barriendo rápidamente sus vapores hacia el mediodía. El olor de las jaras y tomillos humedecidos por la lluvia embalsamaba el aire, y sus infinitas gotas pendientes de los brezos y relucientes á los primeros rayos del sol fingían por donde quiera aderezos de diamantes y pedrería de formas caprichosas.

Cuanto tiene de vestido y frondoso el paisaje hasta lle-

gar al convento, otro tanto tiene de desnudo y estéril hasta el pico de la Aguiana. Las plantas más crecidas que se encuentran son brezos y una especie de retamas espinosas; pero en cambio aquellas laderas son abundantísimas en yerbas medicinales. La subida es tan penosa que cerca de su mitad hubimos de detenernos á tomar aliento al pie de unas altísimas peñas de líneas muy hermosas y agradables tonos. Brotan á su raíz unas fuentes con cuyo jugo se alimenta una pradera en donde paraba un rato la procesión y descansaba la Virgen cuando peregrinaba del monasterio á su santuario. Allí nos sentamos cuando una perdiguera nueva que llevábamos asombradiza á fuer de tal, ladró espantada probablemente de tanto silencio y al punto salió de las rocas otro ladrido distinto, luego otro más apagado, otro más débil después, y por último uno casi imperceptible. El animal encolerizado y asustado á un tiempo repitió los ladridos, y eran tantos los que devolvían los peñascos que parecían contestación de una numerosa trahilla.

Sorprendidos con este fenómeno, acallamos nuestro animal como pudimos, y empezamos á gritar palabras de tres ó cuatro sílabas, que el eco repetía fielmente. Disparamos por último un escopetazo, y la explosión, perdiéndose en aquellas quiebras innumerables y sonoras, parecía una descarga hecha por una extensa línea de infantería detrás del monte. Al estrépito salieron de ellas las águilas y aves de rapiña que las habitan, y poblaron el aire con sus ásperos y desacordes chillidos (\*).

Sin ver huella humana, ni oír más voz que la de estos pájaros carnívoros, continuamos nuestro camino. A medida que subíamos, el aire se iba haciendo más frío y agudo, de manera que á dos tercios de la altura tuvimos que en-

---

(\*) Junto á Montes nos enseñaron una roca aislada é inaccesible á donde una águila arrebató un niño á vista de su madre, y lo devoró con todo desahogo. Todavía hay testigos oculares de este suceso espantoso, y la peña se llama desde entonces la *Peña del Aguila*.

volvemos en nuestras capas, sin embargo de ser aquel día el 3 de Agosto. Seguía el viento impeliendo las nubes, y la ermita, tan pronto cubierta con ellas como descubierta, parecía una nave combatida de la tempestad. Llegamos por fin á la cumbre, y las postreras se estrellaron á nuestros pies, envolviéndonos por unos instantes en su manto húmedo. Solo una que parecía la reina de todas por su majestuoso contorno y su masa blanquecina y densa, venía flotando lentamente hacia nosotros, semejante al casco desarbolado de un navío de nácar. Pasó por fin á nuestro lado con extraño ruido, y entonces todo quedó sosegado y sereno, presentándose á nuestra vista un espectáculo maravilloso. Al principio estuvimos un buen rato como mareados y desorientados de todo punto; pero pasada esta primera impresión de aquel aire sutilísimo, y ordenadas algún tanto nuestras ideas, pudimos disfrutar de las escenas que nos rodeaban.

A nuestros pies teníamos el monasterio que acabábamos de dejar, y el Oza con su despeñado curso, que á un tiempo veíamos nacer y morir en la hermosa vega de Torral de Merayo, por donde va á perderse en el Sil. A nuestra derecha descollaban los picos blancos y altísimos de Peñalva, y más allá se extendía un horizonte extensísimo, en donde se descubre hasta la Bañeza. A la izquierda da toda la parte de Valdeorres hasta el valle de Monterrey, por espacio de muchas leguas. A nuestra espalda la Cabrera agreste, altísima y erizada de montañas. Y á nuestro frente el Bierzo en toda su extensión, desde Villafranca hasta Manzanal, desde nuestro sitio hasta las montañas de Ancares, con su variada y vistosísima escala, con las cordilleras que lo surcan, los ríos que lo bañan, los castillos que lo decoran, los monasterios é iglesias que lo santifican, las poblaciones que lo adornan, las arboledas que lo refrescan, y los campos, praderas y viñedos que derraman en él sus raudales de abundancia. La ribera de Bembibre se presentaba risueña con su fértil llano de linares y trigo, las graciosas ondulaciones de sus laderas, y el convento de

la Peña que la enseñorea como una atalaya desde su escarpada altura. Ponferrada, aunque casi la mirábamos á vista de pájaro, ofrecía en un bellissimo escorzo su orgulloso alcázar templario, y el alegre mosaico de sus tejados encarnados y azules. Cacabelos y Carracedo aparecían rodeados de verdes parques á la margen del Cua, y el collado de Bélgidum, semejante á un estrecho terrado, apenas se distinguía. Las orillas de los ríos parecían otras tantas alamedas y frondosos paseos, según las masas de verdura que las sombreaban, y las montañas lejanas las últimas gradas de aquel soberbio anfiteatro natural. Por desgracia el lago de Carucedo y los montes y barrancos de las Médulas se escondían detrás de las oscuras rocas de Ferradillo; pero aun á pesar de esta sensible falta, estamos seguros de que será una de las vistas mejores de la Península.

Desde aquella altura se distingue claramente la estraña figura geológica del Bierzo, pues se ven los tres grandes estanques que en otro tiempo la dividieron, y las estrechas gargantas que fueron dando paso á las aguas. Desde allí se divisa también la excelente línea militar con que los romanos ponían á cubierto este rico distrito de las invasiones de los astures, y algunos restos de sus trabajos mineros. Desde allí se descubren, por último, los sitios ilustrados por los godos y por los templarios, y en medio de este círculo de recuerdos, en el centro de todas estas grandes ruinas, el hombre reconoce por su padre al barro, y por su única fortaleza y esperanza al Dios que le animó con su soplo divino. ¡Dichoso aquel que lleva limpias y sin amargos borrones las páginas del libro de la memoria á semejantes sitios! ¡Dichoso aquel para quien el porvenir es el crepúsculo de la mañana! ¡Venturoso mil veces porque la voz de las muertas alegrías no le murmurará al oído aquellos dolorosísimos versos de un amigo cuya imagen querida jamás se apartará de nuestro corazón.

¡Ay de aquel que vive solo en lo pasado!

¡Ay del que su alma nutre en su pesar!

¡Las horas que huyeron llamaré angustiado!

¡Las horas que huyeron jamás tornarán (\*)!  
 .....  
 .....  
 .....

Nos habíamos propuesto dirigirnos á Peñalva, siguiendo la ceja de las montañas; pero hubimos de desistir de semejante propósito, no solo por el frío penetrante que sentíamos á tamaña elevación, sino porque hubiéramos tenido que emplear cinco horas de camino, que sobre las dos gastadas ya en subir, hubieran acabado con nuestras fuerzas. Recogimos, pues, nuestro anteojó y bajamos de aquella eminencia, cuya altura no pudimos calcular por no llevar barómetro ni instrumento alguno. Deshicimos lo andado hasta Montes, y cruzando el Oza nos internamos en el valle del Silencio, estrecho y escarpado no menos que el que dejábamos, aunque más solitario y silvestre todavía. A su cabecera hay un pequeño altozano con su linda planicie, que saliendo de tan lóbregas angosturas parece muy iluminado y alegre. Tres montañas paralelas, blancas y desnudas, se levantan junto á él y abren paso á otros dos reducidos pero graciosos valles. En vano el corzo buscaría la sombra de los arbustos en sus descarnadas laderas: ni plantas ni yerbas crecen entre sus grietas blanquecinas, y solo en uno de ellos vimos tal cual pie de encina menguado, raquítrico y medio seco. Una maldición misteriosa pesa al parecer sobre estos picos, calcinados y trastornados quizá por algún antiquísimo volcán, y condenados á perpetua esterilidad en medio de una naturaleza pomposa y llena de lozanía.

En el seno de estas rocas hay varias cuevas donde San Genadio y sus monjes se retiraban por la cuaresma y adviento á hacer rígida y severa penitencia. Los senderos

---

(\*) Espronceda.—*El Estudiante de Salamanca*.

que á ellas conducían se han borrado, y apenas las cabras mismas pueden frecuentarlos; pero la del santo conserva su camino que la devoción persevera en trillar. Es bastante espaciosa, aunque no ofrece cosa notable de cristalizaciones y estalácticas. En el medio hay una cruz de madera que todavía vimos coronada con una guirnalda de azucenas puesta por mano de los romeros en el día de San Juan. Era como dejamos dicho el 3 de agosto, y sin embargo las flores conservaban algo de su cándida hermosura, debido sin duda á la frescura y retiro del sitio.

El paisaje es tan grave y ascético, que el espíritu religioso de aquellos tiempos no podía menos de elegirle para teatro de sus contemplaciones, si alguna vez acertaba á verlo. San Genadio, que vivió á últimos del siglo IX y principios del X lo amó con particular afición, y fundó la iglesia de San Andrés, el monasterio de Santiago de Peñalva otro monasterio llamado solamente de Peñalva, y un oratorio además á Santo Thomé en el sitio dicho *Silencio*, como el mismo santo refiere. Probablemente semejantes fábricas no tenían toda la solidez que era de desear, pues en el día nada queda de ellas, si se exceptúan las cuevas que la naturaleza labró por su mano, el nombre del *Silencio* dado al río, más por las calladas y solemnes escenas que presenciaba en su origen que no por su retorcido y despeñado curso, y por último la iglesia levantada por el obispo de Astorga Salomón, segundo sucesor de San Genadio, y su discípulo.

Ocupa esta con el actual pueblo la linda rinconada que hace el valle en su principio. Por fuera nada la recomienda, pues su pórtico está compuesto de una tosca galería cubierta que la ciñe y que desde muchos siglos acá sirve de cementerio. Pero ¿cuál no debió ser nuestro asombro cuando al abrir las puertas nos encontramos con una entrada de dos arcos de herraduras, con una columna enteramente árabe de mármol en el centro y otras dos de igual clase y materia empotradas en la pared? El corte y los dibujos todo revelaba la mano del artífice infiel. Pasamos adelante,

y esta idea se arraigó más en nuestro entendimiento. La planta de la iglesia no era cruz griega ni latina: su forma enteramente oval presentaba por ambos extremos una identidad absoluta. Elevábase en el centro una cúpula redonda altísima: todas las aberturas y proyecciones tenían por tipo el arco de herradura; no había capillas ni natural proporción para los altares, que de consiguiente parecían miembros mal pegados, si se exceptúan el mayor y el del fondo en que descansan las cenizas de San Genadio, que tienen sus apartamentos respectivos de forma semicircular; y por último, la luz del templo debía introducirse por alguna lucerna de la cúpula en el día tapiada, pues las ventanas que ahora se la suministran, son unos feos agujeros cuadrados abiertos de cualquier modo á trueque de no dejarlo enteramente á oscuras. Todas estas circunstancias podían cuadrar muy bien á una mezquita mahometana, pero de ningún modo á una iglesia de Jesucristo.

Esta fábrica estaba ya concluída en el año de 937, reinando en León Ramiro II; pero del nombre del artífice no ha quedado memoria alguna. De todas maneras semejante monumento, bello, airoso y construído de materias preciosas, enclavado en las montañas tal vez más salvajes y rudas, pero de seguro las menos frecuentadas de España, es un peregrino hallazgo, una verdadera sorpresa para el viajero. No es este el lugar propio de las muchas reflexiones á que da margen, pero nos contentaremos por ahora con decir que si la historia de los monumentos de un país es la historia de su civilización, su historia, en fin, escrita en las más bellas páginas posibles, muy amargo y desconsolado es ver que se van borrando los más elocuentes sin que haya una mano benéfica que se ocupe en sacarlas á la luz pública.

Sabemos que existe una honrosa excepción de esta regla; y no queremos dejar pasar esta ocasión sin que nuestra pluma le haga aquí la misma justicia que nuestra memoria le hizo en las soledades de Peñalva. Hablamos de la *España Monumental y Artística*, á cuyos redactores y cola-

boradores prometimos un aviso que de seguro convendría á su honra, y tal vez no estaría reñido con sus intereses. Este aviso va ya envuelto en el presente artículo, y en los sucesivos se pondrá más de manifiesto. Los recuerdos artísticos que quedan de los siglos medios en toda la provincia de León, y muy particularmente en el distrito del Bierzo, merecen la atención de cuantos se interesen en las glorias españolas. Si su publicación, según parece, aspira á ser eminentemente nacional, cometería una gran falta de lógica en prescindir de los monumentos de un país, que abrigó en su infancia á la nacionalidad española muerta en el Guadelete, y resucitada en las montañas de Asturias y León. Alguno de los colaboradores de esta interesante obra que personalmente nos conoce debe saber que nuestro amor al arte no se mide por la pobreza de nuestros conocimientos, y que si escasos como son pueden contribuir al brillo del país en algún modo, siempre los tendrán á su servicio. Volvamos ya á nuestro viaje.

El vicario de Peñalva nos enseñó entre varias reliquias de San Genadio una especie de bolos con que el santo se entretenía en sus horas de recreo, la reja de hierro en que dormía en su cueva y una argolla del mismo metal que sin cesar traía rodeada al cuerpo; pero lo que más nos llamó la atención fué un cáliz de aquel tiempo de estraña y tosca figura con la patena exactamente ajustada á la boca, y que al rededor tiene el nombre del donador.

Como la tarde iba entrando, y sobre las tres leguas de perverso camino que traíamos andadas á pie todavía teníamos que andar otras tantas del mismo modo para llegar á Ponferrada, nos despedimos del buen vicario, dándole gracias por su cordial acogida, y bajamos al Valdueza por una senda mala aun para los jabalíes y corzos. La vista de este valle que habíamos cruzado el día antes en una lluviosa y oscura mañana, y que ahora desplegaba todas sus galas y pomposa vegetación á la dorada luz de una tarde clara y serena, nos hizo dar por bien empleadas todas nuestras fatigas. Las casas que entre los árboles se veían, parecían

otros tantos nidos; el río tenía un murmullo más bullicioso y alegre que nunca, y los pájaros se despedían de la luz con armoniosos cantares. Por fin, un poco molidos y un mucho satisfechos de nuestra expedición, llegamos á Ponferrada, donde pudimos descansar á nuestro sabor.

#### IV.

Hasta ahora solo hemos hablado de las iglesias de San Pedro de Montes y Peñalva, que más estrechamente que ningún otro monumento de este país se ligan á la restauración de la monarquía, si bien la segunda, como dejamos dicho, apenas puede contarse entre los destellos del arte cristiano. Los monumentos que van á ocupar ahora nuestra atención, pertenecen á una época en que la arquitectura gozó de robustísima vida y pobló el mundo de obras marcadas con el sello de una maravillosa y fuerte unidad.

Sabido es que en el siglo X la Lombardía se elevó á un grado de ilustración y poder que con justicia le ha granjeado la admiración de los hombres y el aplauso de la historia. La arquitectura que sucedió inmediatamente á la bizantina, y se esparció por la Europa con prodigiosa rapidez, llevaba su nombre, y sin duda forma el más ilustre cuartel de su escudo de armas. La rara asociación de los *franc-macons* ó albañiles libres, su espíritu sacerdotal, sus numerosas afiliaciones en todos los países, su ciencia y habilidad en la edificación, no podían menos de lograr preponderancia, riqueza y extraordinario influjo en aquella época ignorante y dislocada, que no presentó por cierto corporación más compacta y rigurosamente subordinada, y que por lo mismo estuviese con mejor título en posesión de los recursos y medios que ofrece y desenvuelve el espíritu de asociación. Apoyados por un lado en la Iglesia, y particularmente en las órdenes religiosas, en cuyo seno contaban nu-

merosos afiliados, y por otro en los reyes, que á porfía les otorgaban privilegios y franquicias, por todas partes extendieron su poderío, y en todas dejaron huellas de su ciencia y portentosa organización.

Mal podía librarse de tan universal influencia un país como el Bierzo, asiento de reyes ó de personas de la real stirpe, teatro de glorias para el cristianismo por los muchos santos que ilustraban sus valles y montes, tránsito forzoso para Santiago de Galicia, tan frecuentado entonces de toda la Europa, y más en especial de sus potentados, y depósito por fin de los vivos recuerdos que no dejan de acompañar á un país donde el culto de los mayores se ha restablecido en campos bañados de sangre enemiga. En el amenísimo pueblo de Corullón se conservan en muy buen estado dos iglesias con la advocación de San Esteban y San Miguel, que tal vez serán las primeras del género lombardo de las que aun quedan en pie. No hemos tenido el necesario espacio para averiguar exactamente su fecha; pero del género ninguna duda nos cabe, así porque reúne todos los caracteres distintivos, como porque la ejecución da á entender claramente que el arte distaba todavía de aquella perfección de detalles, que en alguna de las iglesias que á poco debieron de seguir las, se advierte. La de San Esteban aventaja á la compañera en regularidad y esmero de los pormenores, y tiene un sello todavía más pronunciado del carácter y espíritu de las artes en aquella época. Dos estatuas vimos en su pórtico que revelan suma antigüedad, y si no fuera por el místico espiritualismo de su expresión, fácil sería tenerlas por dos figuras egipcias: tan flacas y prolongadas son sus formas, tan atormentada su actitud, tan rígido y estirado el dibujo. Quizá más notables son todavía los modillones que sostienen el tejado, extraordinaria serie de figuras, extravagantes y caprichosas las más, y no muy decente alguna de ellas: muestras claras de aquel eterno simbolismo que en casi todas las iglesias lombardas se nota, y que sin duda venía á ser el signo y cifra más concreta del espíritu del arte.

Ya hemos dicho que la villa actual de Villafranca se formó poco á poco á la sombra de una iglesia levantada por unos monjes de Cluni que administraban los Sacramentos á los franceses pobladores del tiempo del rey don Alonso VI y á los peregrinos de Santiago. El monasterio de Nuestra Señora de *Cluniaco*, que vulgarmente vino á llamarse *Cruniego*, ha desaparecido enteramente, aunque se conserva memoria suya del año 1247 en Astorga: pero ha quedado de aquellos tiempos la iglesia de Santiago, monumento, si reducido, no por eso menos esmerado del arte lombardo. Cerca de ella, según tradición recibida, había un pequeño hospital, donde se asistía y cuidaba á los peregrinos enfermos, y de donde una vez restablecidos y curados salían á recibir el pan eucarístico en el cercano templo, entrando por una puerta llamada sin duda por esto el *Arco del perdón*. Mucho tiene de notable este arco, porque si alguno puede marcar el tránsito del género lombardo al gótico, apuntado ú ojival, como fuera de España se denomina, éste parece ser el destinado. La iglesia es perfectamente lombarda en su conjunto tanto como en sus pormenores, si se exceptúa la torre, pegote moderno de muy mal gusto y piedra de diverso color; pero el arco de la portada, que por su arranque parece encaminarse al semicírculo, remata al cabo en una punta poco airosa, bien distante por cierto de la esbelteza y gallardía de las ventanas, que vienen calando casi hasta el suelo los muros laterales de la catedral de León. No es imposible que esta puerta sea obra posterior, comenzada y acabada en los primeros albores del gótico, y añadida al edificio para solemnizar más el uso á que se la destinaba, pues realmente los dibujos y labores son de un gusto tan prolijo y aun acabado, si se atiende á la época, que apenas dejan que desear. Lástima será en verdad que la degradación y deterioro que comienzan á sufrir pasen adelante, sin que el lápiz y el cincel les aseguren vida más duradera. Las demás iglesias de Villafranca, inclusa la Colegiata, son de fecha reciente, y no ofrecen en nuestro entender nada notable.

En la margen izquierda del río Cua, poco más abajo de Cacabelos y en un sitio fértil, risueño y deleitoso tal vez en demasía para la austeridad y recogimiento de la vida monástica, está asentado el monasterio de Carracedo, el más sobresaliente del Bierzo, y que antes de la caída de las órdenes religiosas gozaba en la de San Bernardo de una consideración y riqueza de primer rango. Cércanle por todas partes praderas y huertas fertilísimas, frondosos arbolados y campos de pan de maíz y de lino, surcados por arroyos puros y cristalinos que mantienen en ellos una perpetua verdura. Es allí el cielo tan sereno y claro, tan benigno y templado el aire, tan fecunda la tierra y tan variada la armonía de los infinitos pájaros que cantan en sus sotos, que el buen rey don Bermudo II el Gotoso que le fundó en 990, no pudo buscar marco menos apropósito para un cuadro grave y religioso.

Lo que en un principio fuese este monasterio no es fácil averiguarlo, aunque si se atiende á los tiempos azarosísimos que alcanzó aquel monarca, fácil es conocer que no pasaría de una muy alta esfera. Por entonces el terrible Almanzor igualó con el suelo la ciudad de León después de una heroica resistencia, extendió su devastación á Astorga y sembró el terror por todas partes. Epoca miserable y desdichada fué aquella entre las más desdichadas que pudo contar la cruz en su lucha con la media luna. Esto nos hace creer que el nuevo monasterio crecería poco, combatido de tantos males y desasosiego, y por otra parte la circunstancia de no haberse enterrado en él don Bermudo á pesar de haberle fundado para su sepultura, nos confirma en nuestra opinión. Murió el Gotoso monarca en el Bierzo y descansó una porción de años en Villabuena, residencia en otro tiempo de los merinos de este país, aldea miserable en el día, hasta que más adelante fué trasladado al panteón real de San Isidro de León.

Dos siglos más tarde, acabadas las turbulencias del reinado de doña Urraca, y empuñado el cetro de León por su hijo don Alfonso VII, llamado el Emperador, creció

este monasterio en riquezas y consideración. La Infanta doña Sancha, que con su talento, dulzura y piedad contribuyó tanto al brillo de este glorioso reinado, gobernaba el Bierzo por este tiempo, como lo acreditan numerosas escrituras. Era la época en que San Bernardo, por sus luces, virtudes y elevado carácter, venía á ser el objeto de la veneración de Europa; y como la Borgoña, su patria, éralo asimismo de Ramón de Borgoña, primer marido de doña Urraca y padre del rey, mostrábale este afición y respeto particulares, y deseaba honrarle propagando por sus Estados la orden del Císter, de que era el santo principal fundador. Ayudábale su piadosa hermana doña Sancha, y nuestro Mariana cita una carta del ilustre abad de Clara- valle á esta señora. Volvió, pues, los ojos al monasterio de Carracedo, y con intento de ensancharle, de acuerdo con el emperador su hermano, trasladó á él el convento de Santa Marina de Valverde, junto á Corullón, y allí, mudado el hábito negro en blanco, quedaron todos monjes cirtercienses.

Al entrar en el monasterio actual, confuso amontonamiento de claustros y paredes blancas sin orden ni unidad alguna, se encuentra á la mano izquierda una torre redonda en su principio y cuadrada en su remate, que por el color de la piedra parece muy antigua y que flanquea un resto de muro del mismo color y calidad con un rosetón bellamente labrado á los dos tercios de su altura. No se sabe qué quiere decir, porque la iglesia, cuya continuación parece ser tiene forma greco-romana y muy reciente; pero dentro se aclara el misterio tan pronta como desagradablemente. Un monje que vivía en el convento como particular después de su extinción, y que tuvo la bondad de acompañarnos por aquellos claustros, sólidos sin duda, pero en que las artes apenas han derramado uno de sus reflejos divinos, condescendiendo con nuestras instancias, nos llevó á ver la iglesia de doña Sancha. ¿Quiere saber el lector lo que queda de ella? Pues es ni más ni menos que la torre, muro y rosetón que se encuentran al entrar, y un poco de las paredes laterales con dos de sus semicirculares venta-

nas. Más allá se extiende la iglesia nueva, fábrica greco-romana, con sus arcos y pilastras estriados, su cenefa alegrita de plantas, y lazos por debajo de la cornisa, y por carácter general una insignificación exquisita si se compara con el aspecto severo que ofrecen los mutilados restos de la iglesia antigua. Es de advertir que la moderna no está más que cubierta y en esqueleto. Así es que no ha recibido consagración. Entonces no pudimos menos de preguntar al anciano religioso si algún terremoto había echado por tierra el templo de aquella ilustre princesa. «No, señor: respondió: la iglesia estaba como hecha de ayer; pero los monjes la tiraron á fines del siglo pasado.—¿Quién dice Vd., los monjes?—Los monjes, sí, señor, contestó él, porque como el presbiterio era muy reducido, no se podía celebrar bien de pontifical, y así hubo que tirarla y hacer en su lugar esta otra, que es más bonita, y sobre todo moderna.

A tan victoriosa respuesta, ¿qué se había de hacer? Callar, morderse los labios y guardarse las reflexiones para mejor ocasión. Así solo para tener un presbiterio más ancho, se derriba un monumento lombardo que la severidad de las líneas, en lo poco que nos queda y la delicada crestería del rosetón y ventanas, dan á conocer como bellísimo. Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones; pero el que se oculta detrás de las corbatas y hoptandas, es cien veces más odioso y repugnante (\*). La pérdida de este templo es tanto más sensible en nuestro entender, cuanto que sin salir de la índole y carácter de la arquitectura á la sazón dominante, ofrecía en los detalles un no sé qué de lujo arabesco que debía ser una media tinta de particular efecto.

---

(\*) La censura es merecida, si la iglesia antigua estaba realmente como hecha de ayer, cuando la derribaron, cosa en que pudo andar trascordado el monje que lo afirmó, tratándose de antecedentes de larga fecha; para erigir un templo más acomodado á las ceremonias del culto no era preciso destruir el antiguo; tampoco puede asegurarse que parte de culpa cabría á los monjes en las ofensas al arte en un edificio que habian dejado de habitar nueve

Preguntamos á nuestro buen *cicerone* por los restos del antiguo convento, y supimos que habían corrido la misma fortuna que la iglesia. Por fin, temblando de miedo le hablamos de la habitación de la infanta gobernadora, pero tuvimos el gusto de saber que todavía se conservaba parte de ella, y bajamos á un patio desde el cual se veía una fachadita muy graciosa. Una escalera sin barandilla y llena de zarzas, pero de muy suave acceso, guiaba á una especie de galería reducida, pero de labores muy lindas, que servía de vestíbulo á la habitación de la infanta. Los arcos y columnas que la sostienen, participan tanto de lo gótico como de lo árabe, y la puerta está flanqueada de una ventana estrecha y alta, dividida por una columna redonda y de un rosetón pequeño primorosamente trabajado. La habitación es un salón cuadrado bastante espacioso, muy alto y sostenido por columnas muy delgadas, de donde arrancan arcos apuntados de tan grande sutileza, que sobre cada columna vienen á descansar cuatro. A la derecha de la entrada hay una chimenea enorme; enfrente otro lindo rosetón, en el día ciego, y á la izquierda una puertecilla que da á una escalera secreta. El techo es de madera, y aunque deshecho en gran parte, todavía da á entender el esmero y coste del artesonado, sobre todo en una especie de cúpula que se eleva en el centro y en que todavía parecen notarse algunos preciosos embutidos. El conjunto es tan proporcionado y regular, los arcos y columnas tan esbeltos y airosos, los techos tan bien labrados, las ventanas y puertas de un acabado tan completo, y todo ello tan delicado y gallardo, que involuntariamente trae á la imagina-

---

años antes de que lo visitara el ilustre escritor. Pero en todo caso la censura de este va más allá de lo justo; hechos excepcionales de esa naturaleza hijos del error ó del mal gusto en uno ó varios individuos de una comunidad, son ciertamente dolorosos, pero no tan repugnantes como la devastación violenta y calculada, que ha privado á nuestro país de tantas preciosidades artísticas allegadas y conservadas en el trascurso de largos años y en su mayor parte por corporaciones religiosas.

ción los buenos restos arquitectónicos de los cultos árabes andaluces. Y si con el pensamiento ataviamos este aposento de todas las galas y esplendor que durante el ilustre reinado del emperador hicieron declarar al rey Luis de Francia (\*), que ni en Europa ni en Asia había visto corte tan lucida como la de León, naturalmente ocurre la idea de que la habitación de una princesa tan esclarecida debiera merecer respeto y cuidado de los monjes sus favorecidos. No contentos con empotrar en el convento moderno esta hermosa reliquia, privándola así de una gran parte de sus luces, fueron á destinarla ¿á qué dirá el lector piadoso? ¡ni más ni menos que á panera! He aquí dónde habían venido á parar las tradiciones piadosas y el recuerdo de una señora que fué el adorno de sus tiempos. He aquí en lo que habían venido á parar el gusto de lo bello y el amor al arte. Porque hay que añadir que sin darse por satisfechos con esta profanación, á la vez histórica y artística, hicieron una escalera que bajaba desde el claustro, de mano de albañil por supuesto, y además entre las elegantes columnas pusieron alguna división de tabique que mutila horrorosamente el salón.

Fundó también doña Sancha en la feraz ribera de Bemibre al pie del Monte de Arenas el monasterio de monjas Bernardas llamado de San Miguel de las Dueñas. La situación también es amenísima; pero la vecindad del monte contribuye á darle un aspecto más austero y monacal. La actual fábrica es reciente, pues como en 1550 las inundaciones del Ciza obligasen á las monjas de San Guillermo de Villabuena á abandonar su monasterio, refundióse éste en el de San Miguel. Entonces con la necesidad de ensancharle vino sin duda al suelo la fábrica antigua, que sin aten-

---

(\*) El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto en la ciudad real se vió antes..... dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte más lucida, ni arreada: en las cuales provincias se hallara en el tiempo que fué á la guerra de la Tierra Santa, Mariana, *Hist. de Esp.*, lib., XI, cap. III.

demos á la muestra de Carracedo, debería tener no poco que la recomendase como parto que era de un espíritu naturalmente elevado.

Algún otro resto queda todavía en el Bierzo del estilo lombardo: pero los que llevamos mencionados encierran lo único notable que ofrece. Con él murió la arquitectura en este país, pues el género llamado gótico no tiene en él un solo monumento que lo represente, y lo perteneciente al estilo greco-romano que se inauguró en la época llamada del renacimiento, no merece elogios ni mención aparte. Trasladada definitivamente á León ó Castilla la residencia de las personas reales, y extinguidos por otra parte los caballeros templarios, faltóle al arte la vitalidad y energía que encontraba en estos manantiales de ilustración y riqueza, y pereció de consunción. Los monumentos posteriores, sin embargo, si no se recomiendan por su mérito arquitectónico, no por eso están perdidos para las artes, pues la mayor parte reúnen accidentes de que un pintor de país pudiera sacar sin duda gran partido.

## V.

No menos notables que las iglesias y monasterios, son los restos militares de la Edad Media que se conservan en el Bierzo. En Ponferrada, en Corullón, en Bembibre, en el Valcárcel, y sobre el pueblo de Río Ferreiros, existen en el día otros tantos castillos que si bien desiguales en posición é importancia, no dejan de llamar sin embargo la atención del curioso viajero. En todos ellos la parte interior destinada á vivienda está completamente desmoronada, y aun en alguno, como el de Bembibre, tienen las murallas brechas y portillos muy grandes, pero en los demás el esqueleto y las obras puramente militares se mantienen en pie.

Si por una de aquellas desgracias que inevitablemente acompañan á la guerra, no se hubiesen quemado por entero los archivos de Carracedo y del marqués de Villafranca,

todavía podrían reunirse datos muy estimables para ilustrar la historia de la época en que los señores de estas fuerzas desempeñaban importantes papeles en el drama político de la nación, pero en el día es cosa ciertamente difícil rastrear noticias relativas á estos tiempos. Los archivos particulares contienen mucho menos que aquellos grandes depósitos, y los de los ayuntamientos no están mucho mejor surtidos y ordenados: de manera que por ahora más partido pueden sacar de estas reliquias los estudios artísticos que no los históricos.

Es tradición válida en el país, que los caballeros templarios levantaron todos los castillos que vemos en el día, y á juzgar por la exterioridad no va enteramente descarriada esta opinión, pues todos guardan cierta analogía arquitectónica con el de Ponferrada, que indudablemente perteneció á aquella noble orden tan valerosa como desdichada. Ya quedan señaladas en uno de los anteriores artículos algunas de las huellas que dejaron en este país vivo testimonio de su piedad, grandeza y poderío: justo será que hablemos ahora de los restos de sus pompas mundanas y de sus alcázares orgullosos. Las artes y la historia descansan con gusto al pie de las ruinas, porque en ellas brota la fuente de una inspiración solemne y triste, y en su breve compendio se amontonan lecciones severas y útiles enseñanzas.

Para que todo lleve el sello de la variedad en este país pintoresco y rico, hasta las ruinas tienen por su situación y accidentes un carácter marcado de diversidad. El castillo de Bembibre, por ejemplo, que domina la pequeña villa de este nombre en una colina de suave acceso y pequeña altura, y situado á la cabecera de una cuenca amenísima que lleva su nombre, más que otra cosa parece un puesto elegido para descanso de las marciales fatigas. Por la espalda y á su izquierda le cercan las cordilleras del puerto de Manzanal y las montañas donde tiene su nacimiento el Boeza. En frente y á su derecha se extienden los linares y praderas del pueblo, limitados por el río, y por las vistosas emi-

nencias desde donde se divisa Calamocos y otros pueblos de hermosos términos y suave degradación, y los campos fértiles y laderas plantadas de viñedo de Almázcara y San Miguel de las Dueñas, que ofrece la masa de su monasterio, en el fondo del valle como un candado de esta deliciosa cadena. El aire militar de esta fortaleza guarda perfecta consonancia con el país que la rodea, y nada tiene de imponente ni de terrible, pero sin embargo, según hemos oído á una persona bien informada, presenció en el siglo XV escenas trágicas y lastimosas en que figuraron como víctimas dos jóvenes ilustres de la comarca. Actualmente solo conserva algo de sus murallas y los encantos de una situación llena de perspectivas halagüeñas.

El castillo de Cornatel ó Cornatelo parece imaginado para contrastar vivamente con el que acabamos de mencionar. Siguiendo la orilla izquierda del Sil, y atravesando los pueblos de Toral de Merayo, Villalibre, Priaranza y Santalla, el camino tuerce á la izquierda al llegar á este, y el viajero se despide de las frondosas riberas del río para entrar en una garganta angosta á cuya mitad se encuentra una miserable aldea llamada Río Ferreiros. Murmura un riachuelo en el fondo de estos barrancos, y por encima de las casas y como corona de una altura peñascosa, inaccesible y tajada, asoma sobre el fondo del cielo un lienzo de muralla con almenas que por de pronto suspende y embaraza el ánimo. Desde semejantes honduras no puede gozar la vista el espectáculo de aquel fuerte encubierto por los peñascos, pero á medida que se trepa por la agria cuesta en donde serpea el camino, va cobrando formas regulares, y por último presenta en los dos lienzos de mediodía y occidente dos líneas rectas, franqueada la más larga por un torreón cuadrado que ocupa su centro. El que desde abajo veía en él un nido de aves de rapiña y no la morada de guerreros, califica su juicio de temerario, y hasta penetrar en su recinto no se convence de que el primer pensamiento era el acertado.

Háse borrado todo camino, y solo escalando rocas y

abriéndose paso por medio de matorrales puede tomarse la vuelta del castillo hasta dar con la entrada que está á la parte del norte. Aquí todo muda de aspecto como se cambia á la señal convenida una decoración teatral. Precipicios espantosos erizados de peñas negruzcas y de horrorosa profundidad defienden este costado y el de oriente, rematado por una aguda punta, y tal es la escarpa del terreno, que la fortificación pierde toda forma regular y se reduce á seguir las curvas y sinuosidades de aquellos derrumbaderos. Aun en varios parajes no hay más defensa que la natural, y el único trabajo del ingeniero se redujo á establecer una línea de continuidad rellenando de muralla tal cual portillo que ofrecían las rocas y aislaba algunas partes del fuerte. Lo interior corresponde exactamente á este carácter salvaje y bravío, y es de lo más rústico y tosco que puede figurarse nadie. Los torreones que deberían servir de vivienda á la guarnición, no manifiestan en su construcción primor alguno y aun carecen relativamente de solidez: la plaza de armas ni está nivelada ni nunca lo estuvo según las enormes peñas que asoman la cabeza; y finalmente, las escaleras que conducen á la muralla no son sino unas grandes piedras empotradas en ella, y que colocadas en plano inclinado y sin ninguna trabazón entre sí, presentan una subida tan incómoda como difícil.

El castillo estuvo en otro tiempo reducido á la parte oriental y esta fábrica revela antigüedad notable por su color, y sobre todo, por sus torreones redondos. Posteriormente se le añadió todo el cuerpo occidental, y esta sin duda debe ser obra de los caballeros templarios, porque materiales, forma cuadrada y género de construcción son en todo iguales á los de la fortaleza de Ponferrada.

La posición eminentemente militar para la época en que solo con flechas se podía ofender de lejos, es insostenible enteramente en el día y aun debió de serlo desde el momento en que comenzaron á usarse los cañones, porque de ambas partes le enseñorean alturas cercanas. Por lo demás, lo grueso de las murallas por una parte y por lo in-

nacesible del terreno por otra, convertían este alcázar en un punto importante para asegurar las comunicaciones con Galicia y poner una gran parte del Bierzo á cubierto de cualquier repentina embestida.

La última visita que hicimos á estos parajes fué en el verano de este año. Comenzamos á recorrer la muralla y á disfrutar aquel espectáculo que tan extrañas sensaciones produce bajo el sol ardoroso de Julio. A nuestros pies teníamos el miserable lugar de Valdeviejas, empozado en un hoyo reducido, y el riachuelo que dejamos ya mencionado, cuyos ecos repetidos por las innumerables quiebras de los riscos formaban un clamor sordo monótono y lamentable que llenaba el silencio de aquellas soledades. Quisimos asomarnos á la punta oriental del castillo, pero era imposible sostener la vista de aquel abismo que causaba un vértigo tremendo, y solo arrastrando pudimos sacar la cabeza y medir la extensión de aquel despeñadero fatal que erizado de puntas y matas de encina bajaba hasta la orilla del arroyo. A la izquierda y por la garganta que dejábamos recorrida, se divisaba un trozo pintoresco de las riberas del Sil, la mayor parte de las del Cua, las dehesas de Fuentes Nuevas y Campo Maraya, los viñedos de Sorribas, el convento de Carracedo, y por último término las montañas del Burbia medio borradas por la canícula. A nuestra espalda los pueblos de Lago y Carucedo, vislumbraban con sus tejados azules á las márgenes de aquel lago sosegado, trasparente y dormido, por cuyas aguas no se deslizaba ningún barquichuelo, ni discurría la más ligera brisa que empañase aquel espejo en que los cielos serenos y diáfanos se miraban. ¡Contraste peregrino y que más de una vez debió elevar las almas de los soldados del Temple, que, semejantes á las águilas, se anidaban en aquellas alturas, como ahora elevaba las nuestras! ¡Escenas elocuentes adornadas de una tristeza santa y augusta en que la aridez de lo presente se reverdece con las aguas de la esperanza, á la manera que los lagos, ríos y praderas del Bierzo, vistos en lontananza delicio-

sa, templaban las agrestes y sombrías escabrosidades de Cornatel.

Antes de dejarlo, llamó poderosamente nuestra atención un accidente revestido de un misterio vago y terrorífico. En donde más pendiente está el precipicio, se desprende de la muralla una especie de aposento cuadrado sin pavimento alguno, y cuyo techo descendía en un plano rapidísimamente inclinado. Una ventana que da al abismo lo alumbraba, y por mucho que fué el cuidado que pusimos, no pudimos descubrir restos de goznes para las maderas, ni menos agujeros donde encajasen los hierros de alguna reja. El destino más natural de este extraño apartamento, parece ser el de prisión: pero, ¿qué significa en tal caso aquella ventana fatal sin defensa ni resguardo alguno? ¿Era para proporcionar á la desesperación del preso los medios de intentar una fuga, en cuyo término estaba de seguro la muerte, ó desde allí se ejecutaban sentencias semejantes á las de la roca Tarpeya y la peña de Martos? No es fácil saberlo; pero la tradición del país confirma estas tristes ideas, y no hay aldeano que no atribuya tan terrible servicio á la misteriosa ventana.

Al salir buscamos con especial cuidado sobre la puerta el escudo de armas; pero la piedra que debía contenerlo ha sido arrancada sin duda por alguno que pensó encontrar detrás un montón de doblas de oro. Como quiera, su tamaño nos confirmó en la idea de que los templarios debieron ser los fundadores de esta fuerza, porque lo más que podía caber en tan reducido espacio, era su cruz de ocho puntas tan profusamente sembrada en las paredes de la Bailía de Ponferrada.

El castillo, que dominaba el estrecho valle de Valcárcel, tiene toda la aspereza y ninguno de los accidentes pintorescos que hermocean el de Cornatel, pero el de Corullón posee tantos atractivos, ya mirado desde lejos, ya cuando desde él se extiende la vista por los vecinos campos, que verdaderamente es de lamentar que nuestros paisistas no hayan sacado partido de su ventajosa situación.

Corullón y su término pasan con razón por el terreno más pingüe y feraz del Bierzo, pero el anfiteatro por donde están derramadas sus casas en agraciado desorden, que empieza en las orillas del Burbia y acaba en el castillo de que hablamos, es de lo más variado, frondoso y risueño que la imaginación puede concebir. Figúrese, pues, el lector cuál será la situación de este alcázar, que no solo domina la fértil y amena pendiente, sino también los prados y sotos de Vilela, los viñedos de Valtiolle y Villafranca, el collado del antiguo Bélgidum, y á lo lejos la villa y fortaleza de Ponferrada y los últimos lindes del país. No hay aquí como en Cornatel precipicios horribles, riscos escarpados, ni arbustos silvestres: colinas de declive manso y suave, huertas de esmerado cultivo, praderías de verdor eterno, sotos de castaños y frutales, las higueras de Canaán, los olivos de Atenas y las vides de Chío, forman el marco de este hermoso castillo que solo á su espalda tiene una cordillera de silvestre aspecto, y que en lugar de afear hermosea con su contraposición tan halagüeño paisaje.

Las murallas se conservan en muy buen estado, y su semejanza arquitectónica con las de Ponferrada descubren su origen templario. En una de sus paredes interiores vimos unas armas que no eran las de esta milicia ilustre, pero la yedra, que por varias partes lo envuelve, como una mortaja, cubrirá sin duda la cruz del Temple, que no dejaría probablemente de asegurar por este medio su preponderancia militar en el Bierzo con el establecimiento de un puesto importante que en cierto modo cerraba la entrada de Galicia y dominaba un país rico y abundante.

Ya solo nos queda por describir la fortaleza de Ponferrada, emporio de su grandeza en este país, monumento que aun ahora nos habla con su silencio elocuente de las glorias que pasaron, y que no ha podido deslucir la mano del tiempo. Está asentado el castillo en una colina situada en la confluencia de los ríos Sil y Boeza, y domina todo el Bierzo bajo, dando á la villa que se extiende por el Oriente, un aspecto de majestad antigua que en gran manera la

realza. El primero de aquellos ríos lame la falda de la eminencia: enfrente de su puente levadizo se levanta el monte del Pajariel, y más allá las sierras de la Aguiana; por el lado de Oriente termina el horizonte el monte de Arenas; un poco hacia el Norte el Castro de Columbianos, y por la parte del Poniente los llanos, y á lo lejos el arco de las montañas del Burbia y la Somoza. El castillo en un principio se reducía á los dos torreones que dan á la plaza del pueblo, de forma redonda y descomunal altura; pero cuando pasaron á manos del Temple, creció sobremanera y adquirió las colosales dimensiones que aún conserva. Entonces edificaron aquellas elegantes agujas coronadas de vistosos chapiteles que sostenían las plataformas, desde donde se defendía la entrada y se echaba el puente levadizo: entonces se labraron las afligranadas ventanas de lo interior; se esculpieron los escudos de armas, cruces y misteriosos signos que adornan las paredes, y se pintaron de encarnado y oro los aposentos de tan ilustres huéspedes.

El único blasón que adorna la puerta principal, es la cruz de ocho puntas, símbolo de la orden; pero la segunda entrada que cerraba el rastrillo muestra el escudo de armas, abierto por desgracia en una piedra deleznable, y borrado todo él de consiguiente. De suponer es, sin embargo, que consistiese en los dos caballeros montados en un mismo caballo, emblema significativo de la primitiva humildad y pobreza de esta milicia, que más tarde debía comprar los reinos á dinero contante y morir víctima de su opulencia antes que de sus crímenes. Como quiera, todavía se distingue en el cuartel interior central la indispensable cruz, y en la orla superior las primeras palabras de aquel versículo de los salmos, que dice: *Nisi Dominus custodierit civitatem frustra vigilat, qui custodit eam*: lema piadoso que revela el espíritu religioso que presidió la formación de esta falange heroica, terror del islamismo y brazo derecho de la cristiandad.

En la gran plaza de armas, en medio de las dos venta-

nas primorosas que debían pertenecer á las mejores piezas del castillo, hay otra lápida aislada con los siguientes versículos: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificant eam. Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos* Nada de singular ofrece esto que tan estrechamente ligado está con el carácter de la asociación, pero en el patio de las principales habitaciones hay una puerta principal coronada por un signo extraño. Redúcese á dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos completamente iguales, y que de un lado flanquea un sol y del otro una estrella. Si algo representa la igualdad, esta figura debe ser mejor que ninguna otra su emblema; pero ¿cuál podía ser la igualdad de los caballeros templarios, si no significaba la consagración absoluta á favorecer el crecimiento y gloria de su orden y el sacrificio de todo impulso individual en provecho suyo? ¿Daban á entender por ventura el sol y la estrella que de día y de noche, en sus pensamientos ó en sus sueños, estaban obligados á velar por su templo místico y á no dejar apagar su lámpara sagrada? No lo sabemos los profanos que hemos perdido la clave de su liturgia oscura y el sentido de sus tremendas ceremonias Amargas en extremo son las reflexiones que asaltan al ánimo en este lugar de desolación, entre estas ruinas, albergue otro tiempo de la religión y del valor, morada ahora de la soledad y del silencio. ¿Cuáles debieron de ser las de los templarios cuando para no volver atrás besaron estos umbrales. Jerusalén y el Asia toda perdida para siempre: sus hermanos abandonados en Francia por un papa sin fe, á merced de un verdugo coronado, sediento de sus riquezas, y quemados en las plazas públicas: la Europa concitada en contra suya y ellos mismos emplazados como reos de nefandos crímenes ante un tribunal eclesiástico. ¿En esto habían venido á parar dos siglos de combates y tanta sangre vertida en la Palestina y en España? Sin duda con el corazón oprimido volvieron los ojos á su escudo glorioso, y con un ahogado suspiro exclamaron en voz baja: *¡Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda!*

Y el santo de Israel abrió su mano,  
Y los dejó y cayó en despeñadero  
El carro, y el caballo y caballero.

¡Triste destino por cierto el de las cosas humanas sujetas á la ley inexorable de la decadencia cuando su objeto se ha cumplido! El templo era el símbolo vivo, ardiente y eterno de la cruzada: para sus guerreros, ni la gloria mundana del soldado, ni el sosiego del monje, sino el sacrificio más absoluto. La Europa entera se había afanado por premiarlos, y en 180 años de existencia habían llegado á ser la congregación más rica, temida y poderosa del mundo; pero cuando las voces de Pedro el Ermitaño y de San Bernardo enmudecieron y se acabaron las cruzadas y tornaron los santos lugares á poder de infieles, los templarios burlados en su fe, engañados en su esperanza, despojados de la que miraban como su segunda patria, irritados, opulentos y soberbios, ya nada representaban, y la supresión de su orden en la Europa fué una medida sumamente política y cuerda. España era la que más se hubiera resentido de ella en su cruzada de siete siglos, si en Castilla no tuviese por compañera esta ilustre orden las de la Caballería nacional, Calatrava, Santiago y Alcántara, y si en Aragón y Portugal no se hubiesen creado para sucederlas las de Montesa y Jesucristo.

Por lo demás, sabido es que en España los templarios alcanzaron en todas partes absolución completa, y que no fué posible probarles ninguno de los crímenes imputados, que tal vez mancharían á algunos individuos, pero que por respeto á la naturaleza debemos creer distantes de la orden.

Extinguida esta, el castillo de Ponferrada, que Mariana y Salazar (\*) mencionan, pasó á poder de don Pedro Fer-

---

(\*) Salazar, Reparos hist., núm. 252.—Mariana, Historia de España, lib. XV, cap. X.

nández de Castro, conde de Lemus, por merced que en 1340 le hizo el rey don Alonso, y lo conservó esta casa hasta 1492 en que de nuevo tornó á la jurisdicción real por excesos y tropelías del conde, que sin duda debieron de ser bien grandes, cuando una real cédula de 1510 manda «que los concertadores y escribanos mayores de las confirmaciones, confirmen los privilegios y mercedes de esta villa, sin embargo de los bullicios y escándalos acaecidos en ella por el conde de Lemus.»

De este alcázar tan rico en recuerdos ya solo se conservan las murallas y obras sólidas, pero aun en una de las paredes se ven los restos de un mosqueado de encarnado y oro que ni el sol ni la lluvia han podido borrar del todo. Aun así su extensión colosal, su situación aventajada, el Sil que rueda por su pie con sus arenas de oro, el dilatado país que desde sus torreones se enseñorea y que despliega las galas del más extremado y vario panorama, y aquella impresión vaga de respeto que causan siempre las grandes ruinas, le comunican un encanto irresistible y misterioso.

Hemos concluído un desaliñado bosquejo de un país de casi todos desconocido á pesar de sus bellezas, al cual están ligados los recuerdos de nuestra infancia, las puras alegrías del hogar doméstico, las ilusiones generosas de la primera juventud, á vueltas de memorias de pesar y de pérdidas dolorosas harto mayores en número. A medida que los pensiles del alma van perdiendo sus hojas y sus flores, sus valles se revisten á nuestros ojos de formas de una hermosura casi mística, y los murmullos de sus aguas y arboledas despiertan los ecos adormecidos del corazón con música inefable y melancólica. Acepte pues el espíritu de estas soledades, acepten los amigos de nuestra infancia este homenaje de afecto desinteresado y puro como la edad en que nació y como las escenas que le han alimentado.

En otro artículo hablaremos de los monumentos notables del resto de la provincia.

## VI.

La cordillera de montañas que separa el Bierzo de Astorga, es árida por demás, ya se tome la vía de Fuencebado, ya la de Manzanal; pero este puerto, por donde atraviesa la carretera de la Coruña, gracias á motivos tan indecorosos como perjudiciales, es el más triste y monótono camino. Siquiera el ramal de Fuencebado presenta accidentes más pintorescos y variados, y el valle, risueño aunque angosto y empozado de las Tejedas, que se dejan á la izquierda, y el pueblo de Compludo, no menos hondo, que se encuentra á la derecha, compensan, el uno con su frescura y frondosidad, y con sus recuerdos el otro (\*), el miserable aspecto de los lugares del tránsito. La vertiente oriental de las montañas, forma contraste por su desnudez con los campos y colinas del Bierzo; pero desde la Cruz de Fierro, punto culminante de aquellas alturas, se disfruta de una vista agradable y de un horizonte muy extenso. El monte Teyeno se encuentra á la derecha como antemural de la Cabrera: á los dos lados se dibujan valles y laderas de líneas extrañas y vegetación áspera y silvestre, y enfrente se dilatan las espaciosas llanuras de Castilla, donde, como en el mar, el cielo parece juntarse con la tierra. El país que entonces se cruza es el de los maragatos, cuyos usos, costumbres y traje llenarían un artículo más largo que el presente, y del cual es cabeza la ciudad de Astorga, magnífica y suntuosa en otro tiempo, lección amarga en nuestros días de la inconstancia humana.

El terreno que le sirve de asiento es una especie de altozano situado al último declive de la sierra, que por el la-

---

(\*) El lugar de Compludo es notable, no solo por el monasterio que fundó en él San Fructuoso á mediados del siglo VII, sino también por el concilio que el rey don Ramiro II tuvo en sus cercanías en el año de 946.

do de Mediodía termina un riachuelo llamado Gerga, y por el Oriente otro llamado el río Tuerto, un poco más caudaloso. La situación es despejada y sana; pero los contornos desapacibles y áridos.

Plinio llama magnífica á la ciudad de Astorga, cabeza entonces de convento jurídico y capital de la provincia denominada *Astúrica*. No podía ser más justa, en efecto, semejante calificación, si se atiende á su importancia militar y á los gérmenes de riqueza que debía abrigar entonces. El itinerario romano la hace centro de tres caminos militares mediterráneos, y de otro por la costa, que venían de Braga (Bracara). De ella, á su vez, arrancaban otros itinerarios, dos á Zaragoza y uno á Burdeos. Después de la división de España hecha por Constantino, Astorga tuvo su gobernador distinto del tarraconense, barón consular; y un sin fin de inscripciones descubiertas hace tiempo, y las nuevas que á cada paso se descubren (\*) dan á conocer que bien merecía el epíteto con que Plinio acompaña su mención,

Durante la irrupción de los bárbaros sufrió Astorga todas las funestas consecuencias de aquellas guerras de exterminio; pero en el año de 456 recibió un golpe del cual sin duda jamás volvió á reponerse completamente. El rey goda Teodorico, que vino con orden y beneplácito del emperador Avito á hacer la guerra al suevo Raciario, quedó vencedor en la sangrienta batalla que á orillas del río Orbigo tuvo lugar el día 5 de octubre de 456.

Talada Galicia y parte de Lusitania, y de vuelta ya para Francia en el año siguiente, se apoderó con fraude de la ciudad de Astorga, y después de pasar á cuchillo la mayor parte de los habitantes, y de saquear los templos, se llevó en esclavitud á los que perdonó la espada, y entre ellos dos obispos, y cual si no bastase tan tremenda catástrofe, entregó la ciudad á las llamas.

---

(\*) Hace tres ó cuatro años se han desenterrado una porción de lápidas perfectamente conservadas, que se han puesto en la pared del lindo paseo recientemente hecho en la muralla.

La invasión sarracénica la encontró ya en pie, si no restituída á su esplendor antiguo, pues según el Tudense las murallas de Toledo, León y Astorga, fueron las únicas que se libertaron de la demolición ordenada por Witiza. De presumir es que sellase este privilegio con su sangre en su resistencia; pero como quiera, su cautiverio debió de durar muy poco, cuando ya en el siglo VIII la vemos rescatada de manos de los moros y en poder de don Alonso el Católico. Almanzor extendió también hasta ella su terrible expedición; pero sabido es que los árabes no conservaron ninguno de los puntos de que se apoderaron entonces en el reino de León.

La antigüedad de la iglesia de Astorga se confunde con la de la religión cristiana, pues según todos los autores, el catálogo de sus obispos asciende á tiempos muy remotos: pero ni de la diligencia del P. Flórez, ni de ninguna otra obra de las que hemos podido haber á las manos, se deduce la fecha de su catedral (\*), único monumento que en el día la realza y distingue. En una especie de lápida que se encuentra en la parte exterior de uno de los brazos del crucero, á la derecha de su puerta lateral se lee la cifra del siglo XVI, pero si se puede admitir que á esta época pertenezcan las pesadas y poco airosas torres, no sucede lo mismo ni con los arcos y ventanas apuntadas del interior, ni con las esculturas del coro, ni sobre todo con la pintura histórico-sagrada de sus vidrieras. Todo esto pertenece á la arquitectura denominada gótica, si bien nos la presenta en un estado tal de rudeza y atraso, que difícilmente puede pasar por hija del mismo arte que produjo los milagros de León y Sevilla. Los pilares son gruesos, los arcos carecen

---

(\*) Este es un punto embrolladísimo como puede ver cualquiera que se tome el trabajo de recorrer el tomo 16.º de la *España sagrada*. Lo más cierto parece ser que una porción de obispos la han remendado á su manera hasta darla el raro y heterogéneo carácter que en el día la distingue. Las infelices esculturas de las puertas principales parecen manifestar que la depravación ha llegado hasta muy cerca de nosotros.

de gallardía, la proporción de las naves laterales no realza la elevación y esbelteza de la principal, ni en el conjunto se advierte aquel carácter de sublimidad religiosa y melancólica que cautiva el alma y embarga los sentidos en las obras maestras del mismo género.

No por eso faltan, sin embargo, primores y grandezas artísticas en este templo; pues si su mérito arquitectónico no sufre difíciles parangones, en escultura se aventaja tal vez á todos los de esta parte de España. No hablaremos de las prolijas labores de la sillería del coro, ni de los extraños contrastes que ofrecen las extravagancias y caprichos del asidero de sus asientos con las figuras graves y aun adustas de los apóstoles y santos que llenan sus compartimentos. Por preciosos que sean estos trabajos para la historia del arte, por mucha que sea la luz que sobre su carácter derramen, en otra parte encontramos la escultura elevada al más alto grado de perfección que acaso gozó nunca en España.

D. Antonio Palomino, en su obra sobre los pintores y escultores españoles, menciona este retablo y el de las Descalzas de la corte como prueba de la gran perfección que en escultura y arquitectura alcanzaba Gaspar Becerra, su esclarecido autor. Sabido es que este gran artista inflamado en una noble emulación al ver las obras de Alonso de Berruguete, partió á Italia deseoso de templar su genio en la misma fragua que él, la escuela del inmortal Miguel Angel. Discípulo no sólo de este maestro, sino también del divino Rafael, cuando volvió á España, tal gracia en el dibujo, tan delicado gusto en los contornos, y tan sencilla grandeza mostraban sus figuras, que al decir de un artista de entonces «quitó á Berruguete gran parte de su gloria y le imitaron y siguieron su camino los mejores escultores y pintores de España» (1).

Tal vez el arquitecto encontraría algo estrecha y apre-

---

(1) Francisco Pacheco. *Arte de la pintura*, lib. 2, cap. 5.

tada la disposición de los tres cuerpos en que está repartido este retablo, adornados de columnas dóricas, corintias y compuestas, porque en realidad falta la claridad y espacio necesario; pero el escultor y el pintor poco podrían echar de menos. Invención, dibujo, color, composición, paños, anatomía, todo se encuentra á la vez en este hermoso monumento. Si se exceptúan algunas figuras que ocupan los intercolumnios, las demás por lo general son de relieve, pero todas manifiestan un vigor y expresión admirables. Difícil es imaginar un dolor más vivo y augusto á un tiempo que el de la Virgen en el descendimiento, ni grupos más hábilmente combinados, ó cabezas mejor modeladas que las de los apóstoles en la ascensión. En el bapateo hay cuatro figuras que representan las virtudes teologales, y otra que puede muy bien ser el símbolo de la religión cuyo aspecto exalta el ánimo más frío: tal espiritualidad resalta en su expresión, y tan apacible y suaves son su actitud y sus contornos. La caridad en especial acariciada por unos hermosos niños, á uno de los cuales ofrece el pecho, tiene un baño inexplicable de ternura y afectuosidad. No menos notable es la custodia por sus armoniosas proporciones y por sus medallones esmerados.

Así en las ropas como en los grupos y en el dibujo, ofrece este retablo visible semejanza con los frescos que en los claustros y biblioteca del Escorial nos dejó otro discípulo del Bonarrota, Peregrín de Peregrini. Esto, que á falta de otras pruebas más auténticas daría á conocer la clara fuente en que bebió nuestro Becerra sus nobles inspiraciones, debiera excitar mayor atención y diligencia en nuestros artistas para sacar del olvido una obra que á lo que sepamos no ha merecido más mención que la superficial é incompleta hecha por Ponz en el tomo XI de su viaje.

No sabemos el tiempo que gastaría Becerra en esta obra; pero es indudable que en 1569 estaba ya concluída, porque entonces se trató y ajustó el dorado y estofado con Jerónimo de Hoyos y Gaspar de Palencia con asistencia

del mismo Becerra. El coste total de la obra fué enorme para aquellos tiempos, pues ascendió á treinta mil ducados. A Becerra le hicieron un presente de tres mil y de un oficio de escribano además beneficiable por ocho mil.

En el resto de la iglesia no se encuentra cosa que merezca notarse después de una obra como esta. Hay, sin embargo, algunos retablos que llaman la atención por ser obra de un canónigo, y que sin duda gustarían algo más á no ser por el paralelo que forzosamente sufren.

Hay también en Astorga un seminario conciliar que, si no merece grandes elogios por su suntuosidad arquitectónica, es de alabar por lo menos por su buena situación, su espaciosidad y despejo. No cuenta un siglo de existencia, y es obra del obispo Vigil. A nuestros ojos tiene el encanto de los recuerdos de tiempos mejores que pasaron ya, porque en sus claustros paseábamos á guisa de peripatéticos argumentando á voz en cuello sobre las proposiciones del *Guevara*, y en su refectorio pasábamos los ayunos consiguientes así á la mala calidad de las comidas como á la mejor de las travesuras propias de aquellos años dichosos en que los castigos y encierros estaban compensados con tantas y tan alegres escenas.

Frescos están todavía los laureles que Astorga ganó en la guerra de la independencia durante sus gloriosos sitios. Fresca también en la memoria de muchos de sus habitantes la bizarría de los jefes y de una porción de hombres oscuros que por puro entusiasmo acudieron á la defensa, y en cuya constancia se estrellaron las soberbias huestes del gran capitán del siglo. Aportillada la muralla por el lado de la catedral, único donde faltaba el terraplén, se sucedieron los asaltos con extremada rapidez y furia; pero la brecha defendida principalmente á bayonetazos, permaneció inaccesible á los franceses, que sufrieron enormes pérdidas. Por último; una muy honrosa capitulación puso la ciudad en sus manos; pero poco tardaron en arrancarla de ellas los mismos que tan á duras penas la habían dejado. Las murallas están llenas todavía de balas, y tan

quebrantadas y ruinosas quedaron por todas partes, que ya no son más que el esqueleto de una fortificación. ¡Mutilaciones honrosas que ensalzan á los pueblos harto más que privilegios y escudos blasonados, que brillan en la noche de los tiempos como otras tantas ráfagas de gloria y nombradía!

El camino que desde Astorga conduce á León sigue la dirección de la antigua calzada romana que iba á dar á Burdeos, y en los siglos medios se conoció principalmente con el nombre de *camino francés*, por ser el que traían los peregrinos que del resto de Europa venían á visitar el sepulcro del apóstol Santiago. A las dos ó tres leguas se encuentra el río Orbigo, famoso en la historia por más de una batalla, y en cuyo puente tuvo lugar el célebre paso honroso de D. Suero de Quiñones. Bien merece por cierto su ribera que por su posesión se guerrease denodadamente, y no es mucho que el caballeresco Quiñones la eligiese para teatro de sus galantes hazañas, porque difícil será encontrar en el resto de la Península país más ameno y frondoso. Esto se entiende por supuesto de la orilla derecha, pues la izquierda, harto más alta, y conocida con el nombre de *Páramo*, aplicado en todo rigor de justicia á su esterilidad y aridez, dista infinito del país de enfrente denominado la *Ribera de Orbigo*. El contraste de ambas márgenes contribuye á embellecer la favorecida, pues realmente es deleitable vista la que ofrece aquella interminable faja de praderías y arboledas, que siguiendo las curvas de la corriente, forma una vistosísima ondulación y alegra el ánimo con los infinitos matices de su verdura, y con los no menos variados términos y masas de claro oscuro que ofrecen los sotos y vegas que á lo lejos se dilatan. El curso sosegado y majestuoso del río, y su caudal ya respetable, acaban de hermosear aquel paisaje, de suyo risueño y pintoresco, á que como otras tantas venas comunican fertilidad y vida las innumerables acequias que surten sus aguas. Este país es rico en frutas, maderas, verduras, linos y pastos, y por lo mismo resalta en él un no sé qué de desahogo y abundancia desconocido á otros distritos de la provincia.

Más arriba del puente de Orbigo se encuentra el monasterio de Carrizo, situado á la margen derecha en un terreno que participa de los mismos adornos y regalos que el resto de la ribera. Este monasterio es notable por su iglesia del estilo lombardo, edificada en 1176, y compañera de San Isidro de León y de otras que en el Bierzo dejamos mencionadas. La poca luz y menos espacio que para examinarla tuvimos, nos impidió más detenida averiguación; pero la damos lugar en estos apuntes para que otros puedan suplir nuestra falta. Otra cosa observamos digna de atención en la miserable taberna ó posada bajo cuyo cobertizo pasamos la noche, y fué una baldosa de fino mosaico, que servía de cubierta á un poyo. Preguntamos el nombre del lugar en que la habían encontrado: pero no lo hemos podido conservar en la memoria, cosa sensible en verdad, pues por semejante hilo tal vez podría guiarse algún curioso para descubrir algunas ruinas romanas importantes.

Pasado el puente despliega el Páramo sus extensas, peladas y monótonas llanuras, tanto más desagradables al viajero, cuanto más halagüeñas eran las imágenes y sensaciones que á su espalda quedan. Sin embargo, por poco anticuario que sea, no dejarán de cautivar su atención los vestigios del pueblo-rey que por el camino encuentra, pues se conservan leguas enteras de la admirable calzada romana, tan sólidas y duraderas, que más parecen obra de ayer que no de edades tan remotas. Lo llano del terreno, su elevación sobre el nivel de los ríos, y la poca acción consiguiente de las aguas, han mantenido estas reliquias en tan buen estado, que carros y caballerías caminan por ella con gran descanso y comodidad en invierno, pues se mantienen perfectamente secas en medio de un terreno gredoso que, con las lluvias, forman incómodos y profundos atolladeros. Estos hermosos trozos facilitarán los trabajos de la carretera que debe enlazar á León con Astorga, pues componen cuando menos una tercera parte.

El término de estos áridos campos es el santuario de

*Nuestra Señora del Camino*, de infinita devoción en el país, pero que si á los ojos de la fe posee incomparable mérito, ninguno tiene que le abone en el tribunal del arte. La romería que allí se celebra en lo más ardiente del verano, es concurridísima y vistosa en sumo grado por el sin fin de trajes y aposturas, pues los maragatos, riberiegos, parameses y montañeses, gastan distintos cabos y tienen danzas asimismo diferentes. Sin embargo, mucho debe menguar el regocijo un paraje donde no hay un árbol á cuya sombra guarecerse de los abrasadores rayos del sol, y en que el agua escasea de todo punto.

Al vencer el repecho en que está situada la ermita, se presenta como en un panorama la ciudad de León en medio de sus verdegueantes parques y praderas, y ceñida de sus dos ríos que orgullosos la abrazan, y en medio de los cuales descuellan las torres altísimas de la catedral y las masas de San Isidro y San Marcos. De Norte á Oriente corre una hermosa y azulada línea de montañas que termina el horizonte, y por los demás puntos se extienden fértiles llanuras y frescos y espesos arbolados. La vista, finalmente, es tan varia y despejada, que el ánimo y los ojos descansan apaciblemente en ella, fatigados de los estériles campos del Páramo.

## VII.

Un dicho vulgar hay, que debió (de) ser popular en extremo, y que sirve de título á una comedia de nuestro teatro antiguo, á saber:

A España dieron blasón  
Las Asturias y León.

No es lisonja por cierto á ninguno de los dos pueblos esta especie de proverbio, pues harto se sabe que su nobleza data de muy antiguo.

León es una ciudad no menos ilustre por sus recuerdos

que favorecida por su situación; y aunque sus glorias han menguado, y su poder está desvanecido, no por eso es menos distinguido el lugar que ocupa en la historia, ni menos bellos los adornos con que la naturaleza ha engalanado sus alrededores. Su posición comercial y geográfica tiene mucho de aventajada también, y los edificios que la ennoblecen son buenas muestras de su pasada grandeza.

La legión llamada *VII, Gemina Pia Felix* fundó á León como lo prueban su nombre latino, que es el mismo de la legión, y las muchas y claras inscripciones que después se han descubierto. Eligieron para ella los romanos la especie de península, que forman los ríos Torio y Vernesga. nueve millas distante de la famosa *Lancia*, última conquista de los romanos por aquellas partes. El terreno estaba elegido con su tino acostumbrado, y la ciudad se edificó con aquel espíritu de grandeza severa y augusta que sellaba todas sus obras. Las riberas de ambos ríos son un continuado vergel, y el golpe de vista, que presenta el pueblo, ora se le mire desde la Virgen del Camino, ora desde las alturas que dominan el puente del Castro, no puede ser más pintoresco. Hay en las líneas del terreno una suavidad extraordinaria y el verde perpetuo de sus prados, la bella distribución de sus masas de arbolado, y la abundancia de arroyos, que como otras tantas cintas de plata parecen servir de franjas á aquella inmensa alfombra, esparcen en la imaginación una especie de contento plácido y sosegado. Por lo demás, una ciudad destinada á plaza de armas contra los belicosos é indomables astures, y que venía á ser la llave de su país claro está que debía servir de modelo de fortaleza. Sus murallas eran altísimas, y tenían un espesor de veinte pies: las torres gruesas también en proporción, y su alcázar fuerte en extremo. Dividían el pueblo dos calles terminadas por cuatro puertas de mármoles, que correspondían á los cuatro puntos cardinales, y tenían grabados en lápidas los nombres de los principales fundadores. Esta fortaleza de murallas libró á León de los desafueros de los bárbaros hasta el año de 585, en que postrado el poder de los sue-

vos por Leovigildo, se halló este rey godo en disposición de sujetarla con su espada victoriosa. En la invasión árabe cayó en poder de los moros á pesar de haber conservado sus muros, pero vendió cara su libertad. De todas maneras el esfuerzo de los restauradores quebrantó bien pronto sus hierros, pues don Alonso I la arrancó del poder de los infieles, y poco después vino á ser corte del nuevo reino, que llevó su nombre.

No poco enturbió su alegría, y empañó su lustre la invasión del gran Almanzor en el año de 995, en que á orillas del Ezla cayó debajo de su cimitarra el ejército de don Bermudo II. La ciudad quedó entonces sin más defensa que el valor de sus habitantes y la solidez de sus murallas; pero aun así resistió un año entero al poderío del imperio cordobés, y al genio del hombre que le había comunicado su espíritu. Entonces se igualaron con el suelo en su mayor parte las famosas murallas, y quedó tal León, que según la expresión de Ambrosio de Morales «no parecía ciudad viva, sino cuerpo muerto de ciudad antigua.» Por mucho que tenga de exagerado semejante aserto, según con datos irrecusables prueba el P. Risco en su *Historia de León*, no es menos cierto que el golpe fué acerbo, y que se necesitó la nueva era de prosperidades, que comenzó en el reinado de don Alonso V, para que se levantase al estado de grandeza que después alcanzó. Entonces cual si despertase á nueva y robusta vida del letargo de sus tribulaciones, resplandecieron en ella nombres que la historia recordará siempre con orgullo. Sampiro, Obispo de Astorga; don Lucas de Tuy, canónigo de San Isidro, la ilustraron con las letras. En ella se crió el rey santo, conquistador de Sevilla, y ella también sirvió de cuna á Guzmán el Bueno, á cuyo lado se eclipsan los nombres más famosos de los tiempos antiguos y modernos.

Desde el tiempo de su incorporación á la corona de Castilla perdió León su influjo, y preponderancia en los asuntos de España, aunque conservó todos sus privilegios; y en el día lo único que la recomienda son las reliquias de su gran-

deza pasada. Entre ellas descuellan San Isidro, la catedral y San Marcos, de que hablaremos por separado.

Cosa rara es en verdad que cada uno de estos edificios conserve un carácter especial, y corresponda á un orden distinto de arquitectura. San Isidro pertenece al género lombardo, la catedral al gótico, y San Marcos al llamado plateresco, de manera que sin salir de un pueblo se puede seguir al arte en sus fases diversas por espacio de cuatro ó cinco siglos.

San Isidro es templo ya celebrado en el romancero del Cid:

Salió á Misa de parida  
En San Isidro de León  
La noble Jimena Gómez,  
Mujer del Cid Campeador.

Y aunque bien puede decirse que era de los que lo estrenaban, sin embargo no hay anacronismo, pues su fecha es de 1060. Don Fernando I había entrado á reinar en León por su matrimonio con doña Sancha, hermana de don Bermudo III, y por instancia de esta señora se trasladó desde Sevilla el cuerpo de San Isidoro, y fué depositado en la iglesia de San Juan; pero como esta iglesia era de barro, y fábrica tan tosca como pobre, mandaron los reyes labrar una nueva, en que pudiesen acomodar más dignamente las reliquias del santo doctor, y esta es la que conocemos con el nombre de San Isidro.

Reinaba en aquel tiempo en toda Europa el estilo lombardo, y esta iglesia es un ejemplar muy puro y acabado, pues, aunque la parte correspondiente á la capilla mayor desdice extraordinariamente del resto, debe saberse que es obra muy posterior hecha durante el siglo XVI en reemplazo de la primitiva derribada con este objeto. El arquitecto se llamaba Pedro de Dios, varón piadoso y amado de todos, cuyo sepulcro se ve en la misma iglesia. Encima de su portada está el santo caballero en su caballo, blancos entrambos como una paloma, merced á las varias capas de

yeso de distinta fecha, que lo embadurnan; pero las artes pierden poco, porque ginete y bruto son de bien escaso mérito. Debajo de ellos, y ya más cerca del arco, hay unos relieves extraños, cuyo sentido no acertamos á descifrar; son unos hombres montados en unos animales, cuya especie no deja conocer bien la suma incorrección y tosquedad del dibujo, y que flechan sus arcos hacia el aire. Los capiteles de las columnas, que sostienen el arco de la puerta, muestran también otras figuras igualmente simbólicas, pero dibujadas y labradas con mucho mayor esmero y prolijidad. A un lado hay un grupo que debe de representar los pecados capitales, entre los cuales figura la lujuria con una fealdad, que hace perder el mérito de huirla, y del otro se ven plantas y frutos hechos con grande delicadeza.

El interior de la iglesia, como el de la mayor parte de las de este género, es sencillo, adusto y severo. Los capiteles de sus pilares tienen también figuras de hombres y animales, y el arco que separa el crucero de la iglesia, es dentado. El templo está compartido en tres naves, y aunque los colores de que lo han pintado, que son encarnado y blanco, disminuyen extraordinariamente su recogimiento y religiosidad, todavía produce una impresión seria y grave. En los altares hay poco de notable; pero algunos cuadros de mérito adornan las paredes de la sacristía, entre los cuales los hay que pasan por de Guido Reni; pero la mala luz á que los vimos nos impidió averiguar más detenidamente su estilo.

A los pies de la iglesia está el famoso y antiguo panteón de los reyes de León, que durante la guerra de la independencia sufrió un destrozo grande de parte de los franceses. Restituída la paz á España, los canónigos regulares de esta iglesia recogieron los cuerpos y ordenaron algún tanto las urnas, que andaban por el suelo privadas de la veneración debida á tan ilustres cenizas. El panteón es una capilla destinada á Santa Catalina, donde están enterradas la mayor parte de las personas reales de León hasta que se

unió á la corona de Castilla. Allí yacen doña Urraca y su hijo el emperador don Fernando I, y su cuñado Bermudo III, que murió á manos de las gentes de aquél en la batalla de Tamarón. Entre los epitafios hay algunos que llaman la atención. He aquí el de la infanta doña Elvira, hija del rey Fernando.

Vas fidei, decus Hesperix templum pietatis,  
Virtus justitiæ sidus honor patriæ

.....  
.....

te tua mors rapuit, spes misseros latuit.

No sabemos qué suerte habrá cabido en las vicisitudes de que el país ha sido teatro desde principios del siglo á los preciosos índices góticos que existían en la biblioteca de este monasterio, si bien es de presumir que el celo de su venerable comunidad los haya puesto al abrigo de todo trastorno. Entre ellos existía una historia antiquísima del Cid, con este título; *Incipiunt gesta Roderici Campi docti*. El P. Risco da una ligera idea en el tomo I de su *Historia de León* al hablar del rey don Alonso VI, y en el tomo II revela el propósito que había formado de publicarla en el año de 1792. Al cabo no llegó á ponerlo por obra, pues de otro modo no hubieran dejado de decirlo los laboriosos traductores del Boultervek en la erudita noticia que acerca de este códice insertan en el tomo I. De todas maneras debemos recomendar mucho este libro á la Academia de la Historia, porque, según su fecha, anterior á la conquista de Valencia por don Jaime, de esperar es que ayude infinito á la sana crítica en la tarea de desembrollar aquellos hechos tan oscuros como poéticos.

Una regalía posee este convento que le da extraordinaria alegría y desahogo; y es, el paseo que proporciona el lienzo de la muralla que corre detrás del edificio, y cerrado por ambas partes, solo á los canónigos está abierto. El paisaje que allí se descubre es amenísimo y agraciado en extre-

mo. El Vernesca se desliza al pie del pueblo de Trobajo, y algún otro que descuella sobre los interminables lineares, prados y sotos de la ribera. A la derecha el convento de San Marcos, asentado á la orilla opuesta del río, enseñoorea su puente y se levanta con la labrada columnata de su primorosa fachada, como un pórtico magnífico, por donde se entra á aquella ciudad tan nombrada en nuestra historia. Por detrás de su mole asoman las primeras cordilleras de Asturias sus peladas crestas, y en el resto del país por donde la vista se extiende, se encuentra una naturaleza fresca y lozana, y un cielo despejado y espacioso.

Pero las bellezas y primores que realzan este edificio, son apenas sombra y reflejo apagado de las grandezas de la catedral, verdadera joya de la ciudad y de toda la provincia. La memoria de este templo asciende á los primeros tiempos de la restauración de la monarquía goda, pues sabido es que á mediados del siglo X dedicó don Ordoño II á Santa María de Regla un edificio antiguo, que los romanos habían destinado á *Thermas*, y que de suyo, compartido en tres divisiones ó naves, se acomodaba muy bien á los usos del culto cristiano. Esta iglesia perseveró aun después de la invasión de Almanzor, pues en ella se coronó el rey don Alonso V á los pocos años, y aun los menoscabos y deterioros que sufrió á causa de lo azaroso de los tiempos, encontraron un celoso reparador en el obispo don Pelayo, que ocupaba la sede episcopal en 1073. Así es que, hablando este prelado en su testamento de la catedral, la llama maravillosa; y como no parecía probable que un edificio tan bien conservado se demoviese, de aquí dedujeron varios que el actual era el mismo que don Ordoño dedicó á esta señora.

El poco cimiento de semejante opinión se da a conocer con el expreso testimonio del Tudense, que atribuye á don Manrique, obispo de León, á últimos del siglo XII, la fundación de esta catedral, y además con otra porción de documentos históricos que, con su laudable puntualidad y diligencia, cita el P. Risco, de los cuales se deduce que

todavía duraba su fábrica á principios del siglo XIV. De todas maneras, semejantes discusiones sólo prueban una muy triste cosa, á saber: que los conocimientos artísticos distaban infinito, aun de los hombres más instruídos y laboriosos; pues es cosa, en verdad maravillosa, que ni aun al historiador de León, que escribía á últimos del siglo pasado, se le ocurriese un simple cotejo arquitectónico de la catedral, no ya como lo poco que pudiera quedar de los rudos edificios del siglo X, sino con los mismos primores del arte lombardo. Este era sin duda el argumento más poderoso que podía usarse en semejante discusión, pues bastaba para fijar los hechos de un modo incontrastable.

Cuando se echaron los cimientos del nuevo edificio levantado en el mismo lugar que ocupaba el antiguo, amanecía para España aquel largo día de prosperidades y gloria que anunciaba el matrimonio de doña Berenguela con el rey don Alonso, el prelado de León, vástago de la esclarecida casa de los Laras, era de aquellos hombres que miran como vinculados á un apellido ilustre la necesidad de acometer grandes empresas: el arte gótico que entonces florecía en todo su esplendor encontró en León vivo y despierto el entusiasmo religioso: ¡qué mucho, pues, que de tan venturoso concurso de circunstancias naciese una obra que ha maravillado las pasadas generaciones, que sorprende á la presente y pasmará á las venideras!

La fachada oriental de este templo, que compone su abside, debe de ser la primera que se levantó, no sólo porque tal solía ser la costumbre, sino porque su visible unidad y armonía da bien á conocer que un sólo pensamiento presidió á su edificación. Difícil es imaginarse líneas más puras, mayor esbelteza, distribución más acertada, ni mejor efecto. La labor de las barandillas y de los capiteles y estribos es de un gusto estremado, así por el dibujo, como por la ejecución y consonancia perfecta que guarda con las demás partes. Finalmente, por este lado es por donde más hermosa se encuentra la catedral.

La fachada principal es imponente con sus dos altísi-

mas y elegantes torres; pero ya se encuentran diferentes estilos y capas arquitectónicas; si así puede decirse, pues si bien los magníficos arcos apuntados de la portada y la torre de la izquierda pertenecen á un gótico sin mezcla, la parte superior del cuerpo, que media entre las dos torres, y la de la derecha pertenecen á otra época más turbia y alterada. Ésta, sin embargo, es calada en su último cuerpo, y sus labores manifiestan tanta delicadeza como atrevimiento. Referir ahora la infinidad de relieves y entabladuras de los arcos que sirven de portada, sería cosa que alargaría este artículo más de lo que nos hemos propuesto, y más tal vez de lo que consentiría la paciencia de nuestros lectores. No podemos dejar de decir con todo, que en medio de la dureza del dibujo, la flaqueza y sequedad de las formas, la angulosidad del plegar y el desbarajuste de la composición, resulta una espiritualidad tan desnuda y enérgica, y produce una impresión tan religiosa y austera, que involuntariamente se presentan á la imaginación las terribles creaciones de Dante. Los pasajes representados pertenecen, como es de suponer, á la historia sagrada: hay ángeles de luz y de tinieblas, predestinados y condenados, los tormentos del infierno y los deleites inefables del paraíso. Varias visiones del Apocalipsis están copiadas con poca gracia y belleza ciertamente, pero con un sentimiento íntimo y profundo del asunto, y con rasgos de verdadera grandeza. Esta es una página de muy subido precio en la historia del arte.

La fachada del Mediodía, aunque en su parte más elevada se inclina al género plateresco, es, sin embargo, muy agraciada así en sus pormenores como en su conjunto; pero la del Norte, junto con el claustro á que corresponde, es de un gusto depravado. Tanto la especie de triángulo que cierra el brazo del crucero que da á aquella parte, como los obeliscos y capiteles en forma de tiestos que desfiguran los botareles, son hermanos de los bastardos arcos apuntados del claustro, y como ellos pertenecientes á época muy cercana. Probable es que al construirse éste se

añadieron al noble edificio semejantes adornos, que así le sientan como otras tantas berrugas en el semblante de una mujer hermosa.

Por donde quiera que se entre en el templo hay que bajar algunos escalones. Entonces se ofrece á los ojos y al espíritu una escena de tan misteriosa índole, que difícilmente se podrá explicar nunca cumplidamente. Aquellos delgados manojos de columnas que suben á perderse en las altísimas bóvedas y forman aquellas naves tan graves y silenciosas, aquellas rasgadas, airosas y frágiles vidrieras pintadas de colores más vivos que los que ostenta el más rico jardín en las templadas mañanas de Mayo, las santas historias que representan, la quebrada y vaga luz que envían y el recogimiento solemne y profundo que reina al redor, borran los contornos de los intereses é imágenes mundanas, despiertan la parte más noble de nuestro ser, la desprenden del barro que la aprisiona y cercan el alma de una tristeza piadosa y santa, y de un sentimiento de resignación apacible y melancólica. El hombre se siente débil y desamparado en aquella mansión del espíritu divino, y sus pensamientos se elevan espontáneamente y sin esfuerzo alguno á un mundo mejor, donde lejos del egoísmo y de la vanidad, el desinterés encontrará su galardón, y el amor su premio. Místico concierto de voces espirituales que debajo de aquellas bóvedas augustas se elevan como los trinos de los pájaros, cuando saludan la vanidad de la primavera ó cantan las últimas hojas que vuelan con las brisas del otoño.

No se crea que los hombres de temple poético y de imaginación viva son los únicos que sienten despertarse semejantes emociones en el fondo de su corazón, porque es una especie de fascinación de que solo se libertan las organizaciones incompletas y mancadas, y nadie hay que no sienta siquiera en embrión confuso estos raros y encontrados afectos. Aun disipado este primer celaje, y cuando la reflexión y el examen recobran el triste imperio que sobre nosotros ejercen; las impresiones producidas ganan en fondo

lo que pierden en superficie, porque la estructura del templo, su perfecta consonancia con su objeto, la armonía de los pormenores con el conjunto son tales, que así sufren el análisis, como despiertan el entusiasmo. Las naves laterales están ideadas con tan buena traza, que su pequeña y con todo proporcionada elevación realza la atrevida y gallarda de la mayor, y corriendo al rededor del templo ciñen y aislan el coro y el retablo mayor. Por esta especie de ronda guarnecida de capillas, que no ofrecen nada de curioso á los ojos del artista, discurren con gran lucimiento las procesiones interiores, y en las grandes solemnidades, cuando se abren las puertas del trascoro, la nave mayor ofrece desde la entrada de la iglesia una magnífica galería, que comienza en la portada exterior y atravesando el coro remata en el presbiterio. Estas puertas del trascoro tienen unos relieves de época moderna, en que (con perdón sea dicho de Ponz) aplaudimos la composición y las ropas, pero no el dibujo musculoso y atlético de aquellas mujeres, que por sus miembros más parecen gañanes. Con el coro sucedió lo contrario, pues no le cayó en gracia al ilustre académico, y á nosotros nos parece admirable. Probable es que si este señor no hubiese visto León con tanta prisa y precipitación que el título que mejor convenía á su carta era *León al vuelo*, hubiese hablado con más asiento y despacio de este pueblo, y sobre todo de su catedral. Verdad es que el que buscase en los relieves, que adornan la sillería del coro, un conocimiento profundo de anatomía y el plegar de las estatuas griegas no podía encontrarlo: pero á falta de hermosura encontraría gran verdad relativa, y ya que no gracia y suavidad, podría notar severidad y fuerza. Exigir la corrección y belleza de la antigüedad clásica á las artes de estos tiempos equivaldría á tachar de ignorantes á los geógrafos, que dos ó tres siglos antes que Colón no contaban con las Indias. Por lo demás, este coro además de estar labrado con una prolijidad y paciencia incansables, revela el doble carácter y espíritu de libertad que en aquel tiempo dominaba en el arte, porque cuanto tienen

de graves y adustos los santos que adornan la parte superior de las sillas, otro tanto tienen de risibles, extravagantes y satíricos los grupos y figuras que sirven de asidero á los asientos. En uno una monja con un jarro en la mano apura una escudilla con tal ansia y vicio que provoca á risa. Un poco más allá un fraile de carota abultada y necia se golpea la cabeza con otra escudilla vacía con chistosa expresión de despecho. En otro asiento un cerdo muy grave y aseñorado está tocando la gaita; y no muy lejos un pobre gato espeluznado, y todo aturdido forcejea por arrancarse un puchero, en cuya boca harto estrecha metió sin reparar el goloso hocico. Toda la sillería está por este estilo adornada, y sería nunca acabar apuntar uno por uno sus caprichos.

El crucero está desfigurado no solo por la desigualdad de los rosetones que terminan sus brazos, sino por la cúpula pobrísima y ridícula que le corona, totalmente ajena ó por mejor decir contraria al plan del edificio. Desde las torres se ven los arranques ó estribos sobre que debía descansar esta parte, y que prometían un remate esbelto y ligerísimo, y desde allí se ve también que el arquitecto *de buen gusto* que ideó la moderna cúpula solo alcanzó á hacer la cubierta de una empanada.

El zócalo del altar mayor no está mal ideado, y es además de aquel mármol rico y vistoso, que en tanta abundancia dan las sierras cercanas; pero en el resto manifiesta un gusto churrigueresco tan exquisito, y aun exagerado, que cuanto dice Ponz lo merece y aun algún ribete más, si se exceptúa aquello de la cena, que no es sino la Asunción. La sacristía es indigna ciertamente de esta suntuosa iglesia; pues más que otra cosa parece un aposento subalterno dedicado á un uso menos santo; pero en sus paredes hay dos cuadros, que llaman la atención. Uno de ellos, atribuído al Corregio, es un retrato lleno de fuerza y energía, y tan acabado en el dibujo, que seguramente no parece indigno de tan gran maestro. El otro que representa la comida en el castillo de Emaús, donde los discípulos recono-

cieron al Salvador en el partir del pan; es notable no solo por la buena composición, sino por el colorido, y más especialmente aun por el raro efecto y atrevimiento de su claro oscuro. No acertamos á quién pudiera pertenecer, aunque nos inclinamos á tenerle por de origen flamenco. Fuera de ellos nada hay que notar, pues las dos copias que cita Ponz, del Juicio final una, y otra de la Virgen del Pez, son desapiadadas caricaturas de estos dos famosísimos modelos.

Del claustro ya dejamos dicho cuán desgraciada es su parte moderna, pero el lienzo interior, que corresponde á la época de lo mejor de la catedral, está lleno de sepulcros y pequeños retablos hechos con gran sentimiento, y muy hermosos y puros en sus líneas. También en él se ven infinitos caprichos semejantes á los del coro.

Tiene la catedral diversos pasadizos y corredores interiores, que en algunas partes dan á lo interior del templo, cuyo aspecto varía extraordinariamente mirado desde lo alto. Las torres son desiguales en su estrechura, aunque ambas de extraordinaria elevación, y la traza exterior de la gran mole registrada desde allí tiene cierta semejanza con el esqueleto de un animal inmenso, cuyo espinazo y costillas forman el cuerpo de la Iglesia y los botareles ó estribos. Entonces se concibe cómo pueden combinarse aquella delgadez de paredes tan extraordinaria, que con mayor exactitud pudieran llamarse tabiques de piedra, con la pasmosa solidez que las mantiene en pie hace más de cuatro siglos, y cuya duración no es fácil prever á poco cuidado que en su conservación se ponga. El mecanismo de la presión lateral; que forma el alma de la arquitectura gótica y explica su grandeza y audacia, resalta de tal modo en esta iglesia, que aun los ojos menos perspicaces lo comprenden. Solo de esta manera se comprende cómo sobre pie y medio de grueso en el arranque pueda levantarse un muro hasta la altura de 125, y rematar en uno solo de espesor.

La elevación de las torres es tal, que solo los muy acostumbrados dejan de experimentar algún vértigo al

acercarse á la barandilla; pero como desde allí se dominan á un tiempo la ciudad y sus alrededores, se disfruta un espectáculo muy vistoso. El pueblo aparece en un escorzo raro que lo achica y merma; pero la campiña gana infinito registrada desde aquella altura. Los ríos extienden por ambos lados de la ciudad sus amenísimas riberas, pobladas de huertas, prados y sotos, y relucen como una lámina de plata en su sosegado y apacible curso, que se pierde entre Poniente y Mediodía. Un ramal de las riberas asturianas limita el paisaje por el lado de Oriente; y muy á lo lejos la cordillera de Fucebadón, que corre por la parte del Norte hacia el Ocaso, y el monte Teleno se confunden entre las brumas del horizonte. El paisaje es de extraordinaria severidad, alegría y despejo, y sus términos y accidentes cuadran muy bien á su extensión y figura general.

## VIII.

Entre las noticias de León que trae Ponz en su viaje, la más completa, puntual y exacta, es la del convento de San Marcos, si bien toda ella se debe á un erudito caballero, y al viajador artístico no le cupo más trabajo que el de insertarla en su colección. Como quiera que sea, los amantes de las artes encontrarán en ella datos muy estimables, y los que deseen mayor loor podrán acudir á un artículo que se publicó en el *Semanario Pintoresco* de 1839, página 177 (\*).

---

(\*) El artículo citado por el autor es también suyo, y no hemos creído conveniente reproducirlo en esta sección, porque nada interesante se dice en él por lo que toca á San Marcos de León como monumento artístico que no se encuentra en éste ya en el cuerpo, ya en las notas: por lo que atañe á su historia, bastante conocida, pues está en parte relacionada con la de la Orden de Santiago, el autor añade, calificándola de digresión, una reseña de lo que era un Capítulo de Caballeros de esa misma Orden, cuando quedó establecida definitivamente su cabeza para el reino de León en aquel famoso convento.

Cuando se fundó la orden de Santiago por los años de 1168, era San Marcos un hospital destinado al amparo de los peregrinos que iban á adorar el cuerpo del apóstol en Galicia. Deseoso el obispo don Juan Albertino, de condecorar la ciudad de León con la nueva milicia, lo ofreció á don Suero Rodríguez, uno de los primeros caballeros, para que se estableciese en él aquella ilustre caballería. Administrólo don Suero hasta que fué elegido prior el insigne don Pedro Fernández de Fuenteencalada, primer maestro de la orden, y desde entonces creció en riqueza, esplendor y preponderancia, en términos de ser cabeza de la orden, por lo menos en el reino de León.

Este edificio, sin embargo, estaba tan ruinoso y maltratado á principios del siglo XVI, que el rey don Fernando el Católico mandó reedificarlo en cédula de 1514. Dominaba entonces el género plateresco, y el arquitecto que desde luego dirigió la obra, fué, según parece probable, el famoso Juan de Badajoz, autor del precioso claustro del monasterio benedictino de San Zoil de Carrión, tan alabado de todo el mundo. Era el tal, arquitecto de la iglesia de León en 1537, época en que se acabó este claustro, y asimismo la mayor parte de la fachada principal de San Marcos, según consta de las memorias de esta casa, que la dan por concluída en tiempo de don Hernando Villares, prior en el citado año. Existe además una prueba incontestable en el letrero que está sobre la puerta de la sacristía en la parte interior, y dice:

*Perfectum hoc opus est Domino Bernardino priore ac Joanne Badajoz artifice, 1549.*

Casa destinada á principal asiento de una orden tan noble y poderosa, y ejecutada bajo la dirección de semejante artista, claro está que había de ser un modelo de primor y de elegancia. Es difícil imaginar en verdad adornos más exquisitos que los de la fachada principal en la parte que corre desde la puerta hasta la iglesia: tanto los medallones del zócalo, que representan los maestros y principales caballeros de la orden, como los grotescos de

las pilastras que comparten el cuerpo superior, manifiestan un gusto tan escogido, tan correcto dibujo y una gracia é invención tales, que bien dan á conocer cuán enriquecida salía la maquinación de los artistas de la espléndida era gótica. Verdaderamente pasma tal prodigalidad de labores, delineadas y agrupadas con tanta habilidad, que no cansan la vista, sino que detenidamente examinadas, producen una sensación muy agradable.

La iglesia es en su mayor parte gótica, y como tal, de religioso y serio aspecto; pero sin embargo, por varias de sus partes asoma la nueva faz del arte. La sillería del coro, obra de un tal Guillermo Doncel, bajo la prelación del ya mencionado don Hernando de Villares (1542), es tan digna de consideración y alabanza, como lo es de desprecio su continuación desdichada, que tuvo fin en el año de 1723. A entrambos lados de la portada de la iglesia hay dos relieves de un tal Orozco, que representan la crucifixión y el descendimiento, que nosotros hemos visto todavía poco deteriorados, y de los cuales apenas quedan ya algunos pedazos. Suerte mejor merecían, sin duda, porque eran de las esculturas cuya expresión, composición y dibujo han producido en nuestro ánimo una impresión profunda. El descendimiento, en particular, era un modelo de agrupación y sentimiento. De presumir es que este escultor trabajase en la parte primitiva de la fachada, pues seguramente no desdicen de tan diestra mano los medallones y grotescos que la adornan.

Por lo demás, este edificio tuvo sus vicisitudes, pues imposibilitados los canónigos y caballeros de darle cima bajo el magnífico plan con que se había emprendido, y viviendo con demasiada estrechez é incomodidad, hubieron de trasladarse á la villa de Calera en Extremadura, y desde allí á Mérida, donde Felipe II les concedió la fortaleza que tenía dentro de sus muros. Desde 1566 hasta 1602 duró este abandono de San Marcos; pero entonces volvieron á la obra sus hijos con nuevos bríos, y en 1615 se empezó la escalera principal; en 1679 se acabó el hermoso

claustro con sus capillas que había ya comenzado Villares, y por conclusión en el primer tercio del siglo pasado se labró la parte de la fachada, que llega hasta el río. Sin embargo, como estos trabajos, y sobre todo el último, alcanzaban una época de decadencia marcada, solo en el diseño general aparecen hermanos de los que producía otro tiempo más dichoso.

La sensación que produce este monumento en el día es triste por demás, y aun amarga, porque nadie puede mirar con indiferencia y sosiego la ruina de las artes que poco á poco va consumándose. Tristeza, y no pequeña, causa el deterioro de un edificio, de donde salieron tantos nombres que como estrellas gloriosas resplandecen en las páginas de nuestra historia, donde los Badajoz y Orozcos han dejado estampada su huella, donde Arias Montano (1) mamó las primeras dulzuras de la ciencia, y donde Quevedo (2) fué á expiar más que sus faltas la soberanía del genio. Amargura y no poca destila en cualquiera pecho la tendencia de una época que osada y vanagloriosamente se apellida *la de las luces*, y que cuando no las apaga con el sople helado de la demolición, las deja por lo menos extinguirse en las tinieblas del tiempo y de la destrucción que siempre camina en pos de él; León es un triste teatro de este espíritu vandálico. Los relieves de Orozco que dejamos mencionados han desaparecido en muy poco tiempo casi del todo. Para levantar una flaca pared que se hubiera venido abajo

---

(1) Arias Montano fué canónigo de esta casa, y en su biblioteca existía un ejemplar de la *Biblia Regia*, regalado por él y dedicado á la comunidad. La dedicatoria es breve, pero de una letra muy elegante. Esta *Biblia* existe actualmente en una especie de museo provincial, donde se han reunido algunos cuadros y objetos de artes de los conventos extinguidos.

(2) Quevedo sufrió los apremios de una prisión rigorosísima en San Marcos, aunque el cariño y respeto de sus hermanos endulzaron bastante sus amarguras. En su carta á su amigo Adán de la Parra, inserta en el tomo 1.º del *Semanario Erudito de Valladolid*, se ve una relación notable de su vida y padecimientos. En León se conservan muchas tradiciones del ilustre poeta.

á una descarga de fusilería, se ha demolido durante la guerra el convento de Santo Domingo y los sepulcros de dos Guzmanes (1) que eran el asombro del arte, y de uno de los cuales se conserva una estatua colosal á todas luces admirable. Por nuestros propios ojos hemos visto embutidas en la llamada muralla piedras labradas con figuras de buen dibujo y ejecución, y otras de ellas abandonadas en el rincón de una plazuela. Esto es vandalismo puro, y manifiesto retroceso á la barbarie, porque, seguramente tenía menos de extraño que los turcos mutilasen las estatuas de la Grecia para cargar con sus restos los cañones de los Dardanelos, que el que una nación por tanto tiempo la primera del mundo reniegue así de su origen y estirpe. En la catedral, el vandalismo científico y presuntuoso ha desfigurado su claustro y su crucero: en San Marcos, el descuido permite feas mutilaciones, y en Santo Domingo el vandalismo demoledor armado de su piqueta viola la religión de los sepulcros, reduce á polvo los destellos diversos del arte. En vano la naturaleza ha derramado sus gracias por los campos donde la mano de los hombres ha dejado escritos sus pensamientos con tan nobles caracteres, si los encargados del orden social no atajan este torrente devastador. A pocos años que domine tan fatal espíritu, el Vernesga arrastrará en su curso los escombros de San Marcos, y la yedra cubrirá los desnudos paredones de donde salían los conquistadores de Granada y de Sevilla.

Sálese de León por una hermosa calle de árboles á cuyo término se encuentra el puente del Castro, que cruza el Torío, compuesto todo él de muy bellos mármoles oscuros. Mas allá se levantan las cuestas de Arcabueja, desde cuya cima se pierden de vista la ciudad y sus alrededores. Por

---

(3) Uno de estos señores fué D. Juan Quiñones y Guzmán, obispo de Calahorra, que firmó las actas del concilio de Trento, y murió en 1575. Su estatua es la que se conserva. El otro era D. Martín de Guzmán, de cuyo sepulcro nada queda. Ambos monumentos eran notables por su tamaño y excelente ejecución.

nuestra parte nunca las hemos atravesado sin volvernos á saludar de despedida aquella ciudad tan noble y aquellos sotos y prados tan amenos. El camino que va á Sahagún es delicioso hasta Mansilla, pues se encuentran las riberas del Villarente y el Esla, muy semejantes á los contornos de León. Enfrente de esta villa, sobre la orilla derecha del río, está un cerro llamado vulgarmente *Solanzo*, y que según las señas no es otro que la famosa Lancia, postrera conquista de los romanos por esta parte, y á donde se replegaron los astures después de la sangrienta batalla en que fueron vencidos por Carisio. La posición es militar, y además se han encontrado medallas y monedas romanas en su circuito. Mansilla conserva casi enteras sus murallas, cuyo pie besa el Esla, bastante caudaloso ya, pero limpio aún y cristalino como un espejo, y por fuera tiene una apariencia majestuosa y severa. Desde allí adelante hasta llegar á Sahagún se acaba por entero la frondosidad y la frescura, y se extienden los áridos llanos de Campos, en cuya extensión se conservan trozos muy lucidos de la antigua vía romana que en los siglos medios tomó el nombre de camino francés.

La villa y monasterio de Sahagún están ocultos á la falda de las montañas de Cervera, en la orilla izquierda del Cea, en un sitio muy ameno que contrasta agradablemente con las desnudas llanuras que tiene á su frente pasadas las tierras y dehesa de Mahudes que componían el priorato de Valdelaguna. La ribera del Cea es pintoresca y fértil en frutas y arbolados, y aunque lleva poca ó ninguna ventaja á las cercanías de León, su situación á la orilla de los páramos de Castilla la reviste de nuevas galas y adornos. Poco de notable ofrece la villa; pero el monasterio es de los más antiguos, famosos y venerados de España.

En el paraje que le sirve de asiento sufrieron martirio por la fe los santos Facundo y Primitivo bajo los emperadores Marco Aurelio, Antonino y Lucio Vero: y cuando en tiempo de Constantino se permitió á los fieles el ejercicio

de su culto, los de este país levantaron una capilla en honor de los mártires. Al rededor de ella se formó prontamente un pueblo; pero no contento con esto el rey don Alonso el Grande, aprovechó la buena ocasión que le ofrecía la fuga de muchos monjes que habitaban la Andalucía y la desampararon, evitando la cruel persecución de Mahomad, y fundó el monasterio que conocemos con el nombre de los Santos Mártires. Poco duró, sin embargo, esta obra de su piedad, pues habiéndose erigido por los años de 874, desapareció en el de 883 en la invasión de Albohalid, gobernador del rey de Córdoba. Levantólo de nuevo don Alonso con mayor magnificencia, pero un siglo más tarde volvió á desaparecer en la tremenda irrupción de Almanzor.

Era, sin embargo, tan viva la devoción de los fieles con las reliquias de los mártires, que poco tardó en reedificarse de nuevo, y en el siglo XI llegó á un grado extraordinario de esplendor por su riqueza y por los ilustres varones que salieron de su seno. En las guerras posteriores sufrió también muchos daños y reveses; pero en la de la independencia se quemó su mayor parte, y por último lo que se había logrado reponer ó quedaba en pie ha sido consumido por entero en un incendio sucedido en 1836.

Con este último desastre nada han perdido ciertamente las artes, porque si se exceptúan los restos de la antigua iglesia, no hay cosa que merezca fijar la atención del viajero en todo aquel vasto y confuso edificio, á que ya no presidía ningún género de unidad, y que tampoco mostraba ningún destello de genio en medio de su discordancia. La iglesia era del orden lombardo, y pertenecía á la misma época que San Isidro de León; pero sus labores y accidentes tal vez muestran mayor pureza y prolijidad. Los animales, plantas y frutos que adornan los chapitales de sus columnas en los arcos de las naves y de las ventanas son de un efecto muy gracioso, y los demás adornos y la distribución general se encaminaban á un conjunto muy bien dispuesto y armonioso.

Sin embargo, estos bellos restos no pueden mirarse sin ira, porque en ellos se nota el mismo repugnante espectáculo que en León dejamos censurado. Aquí el vandalismo se presenta bajo sus dos aspectos, el de los remiendos y el de la destrucción. En los años de 27 y 28 un monje de la casa, arquitecto, ó por lo menos titulado y examinado de tal, se propuso levantar una iglesia moderna, pero aprovechando los restos de la antigua. ¡Figúrese el lector qué buen maridaje haría la fábrica nueva de ladrillo con rayos de greco-romana con la antigua de piedra, oscurecida por el trascurso del tiempo, con sus arcos y ábside lombarda! Afortunadamente la obra, ajustada por empresa y ejecutada con el mismo espíritu albañilesco que la había ideado, falló antes de llegar á la mitad, y quedó sin consumir este sacrilegio artístico. Pero como si no bastasen semejantes violaciones, he aquí que el vandalismo demoledor se encarga de lo poco que de ella ha quedado, y que sus piedras se van vendiendo una por una, ya para levantar las tapias de algún corral, ya para formar las aceras de alguna calle de casas de tierra. «Porque, como generalmente se dice, ¿para qué sirven semejantes paramentos?» Y lo peor es que no es fácil contestar á semejante argumento y explicarles la influencia de la civilización en las artes, y la necesidad, sobre todo, de conservar las reliquias arquitectónicas que por su índole son imposible de resucitar una vez que desaparecen.

Sahagún es el término de la provincia de León que nos hemos propuesto dar á conocer con estos rudos y desaliñados bosquejos, para llamar, sobre sus ignorados paisajes y monumentos, la atención de los artistas y los sabios. Con ellos hemos pagado en la manera posible una deuda grata á nuestro corazón, y esperamos que si su ejecución no merece alabanza, por lo menos todo el mundo hará justicia al impulso que los ha dictado.

## ROUEN (\*).

---

Desde que comencé á pisar el suelo de Francia, pensé en hacer un viaje á Rouen, aunque ningún negocio de interés me llamaba á este pueblo. Movíame á ello por un lado el deseo de recorrer la línea más larga de camino de hierro que hasta ahora existe en este país, lo delicioso de las orillas del Sena, que había oído ponderar mucho, por otro, y por último, la rara fisonomía de la antigua capital normanda. En lo primero no cabía engaño, en las otras dos cosas mis esperanzas se han realizado completamente. Dificil es, en verdad, imaginar una serie de puntos de vista más agradables que los que ofrecen las orillas del Sena, ya por sus pastos y praderías, ya por sus bosques y arbolados, ya por sus quintas y palacios de recreo, y más que todo quizá por el curso apacible y serpenteante del río, que no parece sino que lucha contra el destino que le arrastra al mar, según las numerosas vueltas y rodeos con que se desliza por aquellos campos. Sin contar los paisajes que ofrecen los alrededores de París, y que se disfrutaban igualmente desde los caminos del Saint-Germain en Laye, y de Versailles, apenas dejan de verse puntos agradables, empezando por el bosque del primero de estos pueblos, y acabando por Rouen. La mayor parte de las posadas (stations), están agradablemente situadas no menos que los pueblos que se atraviesan ó divisan. Los muchos recodos del Sena han hecho necesarios cuatro puentes, desde los

---

(\*) Publicado en el *Laberinto* en setiembre de 1844.

cuales se domina muy bien aquella hermosa tabla de agua, que por otra parte rara vez se pierde de vista, y cuyas islas prolongadas, verdes y frondosas, parecen otras tantas selvas plantadas en mitad de la corriente por una mano misteriosa. Los *tunnels* ó trozos subterráneos del ferrocarril, en número de cinco, en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol á las tinieblas de la noche y viceversa, contribuyen extraordinariamente á la variedad, sobre todo el de Rolleboise, cuya travesía dura mas de cinco minutos, á pesar de la velocidad extrema del tren. Los infinitos ganados en que tanto abundan las llanuras de la Normandía, famosas por sus pastos, y de los cuales algunas reses atravesaban la corriente en toscas barcas conducidas por algún labrador para apacentarse en las islas, acababan de dar la última pincelada á los cuadros que iban desfilando á nuestra vista como en alas de un viento desatado. No cabe duda que los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las impresiones, y sobre todo el movimiento de que parecen animar á la naturaleza adormecida, excitan poderosamente la imaginación, como si el hombre se gozase en su orgullo de variar sus leyes.

Por fin después de disfrutar de corrida este panorama durante cuatro horas y media de caminar, que se me hicieron un minuto, paró el tren en el desembarcadero de Rouen. El día, que á la madrugada se presentaba claro y despejado, se había ido entoldando poco á poco, y en aquel momento comenzaba á caer una lluvia finísima. Las infinitas chimeneas de vapor de aquella ciudad industrial contribuían á oscurecer más y más la atmósfera con su espesa humareda, de modo que el primer aspecto del pueblo apiñado y negruzco, sobre el cual descollaban las torres labradas y la flecha altísima de hierro de la catedral hacia la izquierda, la torre delicadísima de Saint-Ouen, á la derecha, y un poco más lejos y por fondo las verdes colinas, á cuya falda está edificada la ciudad, no podía ser más triste. Delante de mí tenía el puente nuevo con la hermosa

estatua colosal en bronce de Pedro Corneille, el río entristecido por el color de la atmósfera, y los hermosos muelles plantados de árboles, por encima de los cuales se elevaban los mástiles de los infinitos barcos amarrados á la orilla, y entre cuyas ramas se perdía en vagos festones el humo de algunos vapores prontos á salir para el Havre ó para Elbeuf. Los marineros y gentes, que hormigueaban por las orillas, parecían más taciturnos que de costumbre, como disgustados de aquel mal tiempo en el mes de Julio, y algunos grumetes trepaban por las cuerdas ágilmente para coger las ropas tendidas al aire.

Después de echar una ojeada á aquel hermoso panorama, me encaminé á la abadía de Saint-Ouen, cuya primorosa y elegante torre cautivaba mi atención. Ella y la catedral eran el principal objeto de mi viaje á Ouen, pues deseaba vivamente compararlas con los monumentos religiosos de España que hasta aquel momento había encontrado notoriamente superiores á cuantos había visto en este país. En la antigua capital de Normandía debía cambiar de opinión, ó por mejor decir, hallar una excepción á mi regla, porque, en efecto, la iglesia de Saint-Ouen es lo más puro, aéreo y delicado que han visto mis ojos en el género gótico. La delgadez de las paredes, la gallardía de los estribos, lo rasgado de las vidrieras, y más que todo quizá la incomparable torre que se levanta sobre el crucero de la iglesia, y tiene por remate una corona ducal, contribuyen á formar un conjunto tan rico y tan armonioso al mismo tiempo, que no sabe la vista apartarse de él. El aspecto, sobre todo, que presenta desde el lindo jardín que á la espalda tiene, y ofrece la abside preciosa del templo, la famosa torre y el resto del edificio en un escorzo peregrino, produce una impresión difícil de explicar. La luz penetra el edificio por todas partes, y á poco que la imaginación se embebeca, parece flotar en un flúido luminoso y vago. En aquel momento los accidentes de la atmósfera favorecían poco esta ilusión óptica, pero después he visto descollar el templo sobre un cielo azul y diáfano, y bañado por los rayos del

sol, que le envolvían en una red brillante, parecía desprenderse de la tierra, como se desprenden los pensamientos que inspira. Mil veces he recorrido la catedral de León, una de las más ricas y atrevidas que posee nuestra España, si no la más, y sin embargo con la sinceridad que debe caracterizar á un viajero, confieso que no llega á la unidad, concierto y reposo que como un aliento vital parece animar á Saint-Ouen.

El interior del templo corresponde exactamente á su exterior. Tal vez lo darán á conocer mejor que nuestras palabras las siguientes líneas de un viajero inglés. «Quizá ningún edificio, dice el conde Beugnot, hiere la vista y asombra el pensamiento con la grandeza del solo Dios del universo, mejor que la iglesia de Saint-Ouen. La armonía cabal de las proporciones conserva esta idea que desde luego se apodera del ánimo. El espíritu se alimenta allí de las impresiones profundas de la grandeza, de la inmensidad y de la eternidad y la claridad misteriosa que penetra blandamente á través de los vidrios de colores diversos, prolonga esta especie de arrobó, que sin duda sería completo si un solo sonido muy suave del órgano viniese á perderse entre aquellas bóvedas, á manera de una voz celeste.

»Desde el gran pórtico occidental se divisa el coro en todo su conjunto y hermosura. Es un círculo, ó por mejor decir un óvalo rodeado de altos pilares compuestos de columnas reunidas en forma de haces y desnudo de todo linaje de pared que pudiera impedir su vista. Imposible se hace de imaginar en este punto cosa más aérea y seductora, pues la prolijidad y delicadeza de estos planos es de todas veras famosa. En general la ausencia de todo adorno extraño es la que presta al interior del monumento aquel aire esbelto y gallardo, con un no sé qué de hechicería propio de él solamente, y que produce una sensación que yo no experimenté jamás en ningún otro edificio de esta especie.»

Semejante elogio, por encarecidos que parezcan sus términos, nada tiene de exagerado ciertamente. Cuando yo

lo ví por primera vez «ningún acento suave del órgano venía á perderse entre aquellas bóvedas»; la oscuridad del cielo apagaba los colores de las vidrieras, el coro colgado todavía de negro por unas exequias que se acababan de celebrar no presentaba su preciosa estructura: el templo estaba desierto, y la lluvia que en aquel momento comenzaba á desatarse reciamente parecía envolver el alma en aquella nube de tristeza desalentada y abatida que rara vez deja de apoderarse de la imaginación de los hijos del mediodía en las regiones del Norte; tal espectáculo sin embargo purificaba los sentimientos y elevaba las ideas, como si difundiese un perfume suavísimo por aquel vacío del corazón que sienten en todas las grandes ocasiones las almas bien templadas que los desengaños del mundo y el desvanecimiento de los sueños generosos ensanchan sin medida, y que con tanta violencia impele el alma hacia las fuentes de la religión y de un consuelo que rara vez acierta á dar la tierra.

Saint-Ouen posee algunos cuadros notables como son el *Milagro de los panes* de Daniel Hallé y una *Visitación* por Deshalles de Rouen en la capilla de la Virgen, junto con algunos otros de mérito inferior en mi corto entender pero ni la sillería del coro, ni las vidrieras, ni los monumentos funerarios, ni los accidentes del culto, en fin, sufren comparación con los de muchas de las iglesias de España y sobre todo con las de Burgos, León y Sevilla. Entre los sepulcros ví uno que me recordó un episodio de los más hermosos de Shakspeare en su drama de Enrique VI; el del joven Talbot cuya muerte digna de su gran nombre está pintada allí con tan nobles y angustiosos colores. El epitafio es sencillo como el heroísmo de aquellos tiempos. Antes de salir de la iglesia uno de los numerosos *cicerones* que por aquí se encuentran y que por la traza no parecía á la verdad hijo mimado de la naturaleza ni de la fortuna, me dijo en inglés que mirase una pila de mármol oscuro que está á la derecha de la entrada. Hícelo así, y ví un efecto de óptica de los más curiosos que pueden imaginarse, porque

la iglesia entera se reflejaba en aquel cóncavo y reducido espejo, y la ilusión del agua que prolongaba sus columnas y las esmaltaba como si fueran de mármol bruñado, la revestía de una apariencia fantástica.

La fachada principal está por acabar y no ofrece nada notable, pero la portada llamada vulgarmente *de Marmouzets* que cae al mediodía, es delicadísima y presenta uno de los más puros ejemplares del género gótico. Hace poco tiempo que ha sido restaurada con un gusto y talento admirables.

La abadía de Saint-Ouen es antiquísima, pues su fundación data de Clovis que la edificó en 553, pero en las guerras atroces de los normandos desapareció como era natural. Rollón, capitán de esta gente y primer duque de Normandía, la reedificó, sus hijos la aumentaron, pero un Abad la demolió para edificarla de nuevo. Dos incendios la consumieron más tarde por otras tantas veces, hasta que por último en 1318 el famoso abad Roussel Marc d'argent echó los fundamentos del templo actual que sin embargo no se acabó hasta principios del siglo XVI.

De Saint-Ouen me encaminé á la catedral en medio de una lluvia espesa que hacía más tristes las calles de la ciudad. A excepción de los diques, Rouen tiene sin duda la misma fisonomía que en tiempo de sus duques, pues las calles son torcidas y estrechas, y las casas de madera y de construcción tan tosca que á tiro de ballesta descubren la infancia de la arquitectura civil. Añádese á esto que los trabesaños de los tabiques que asoman están pintados de negro, y fácil será venir en conocimiento del aspecto del extraño, desigual y poco agradable del pueblo. Por fin después de un rato de caminar llegué á la catedral que en el gusto, prolijidad y abundancia de sus labores y arabescos, así como en la gran escala de sus proporciones, poco puede dejar que desear aun al más descontentadizo: pero si la unidad, la trabazón y la armonía son las verdaderas fuentes de la belleza arquitectónica, fuerza es confesar que Saint-Ouen se lleva la palma y que un gran número de

nuestras catedrales la aventajan á las claras. Así y todo tal número de encajes de piedra, de rosetones, de galerías abiertas al aire, y en fin de esculturas y adornos de todas clases es cosa hermosísima y prueba una riqueza y fecundidad de imaginación, correcta, sin embargo, y bien encaiminada, que da envidia. Todos estos primores como quiera no están igualmente derramados por todo el edificio, pues los relieves de las portadas, que como es natural representan historias religiosas, son áridos y desnudos de accidentes. La parte superior es la enriquecida á manos llenas. Hasta el día no he encontrado en lo que llevo corrido de Francia portadas iguales á las de la catedral de León que no parecen sino otras tantas páginas del Apocalipsis y del Dante.

Las torres son notables por su elevación y estructura, pero más notable todavía es la flecha que se levanta sobre el crucero como la torre de Saint-Ouen. Antiguamente era de madera, pero por su altura extraordinaria estaba expuesta á grandes riesgos en las tempestades, hasta que en una de ellas un rayo la consumió enteramente con gran estrago de todo el edificio. Este accidente sugirió la idea de hacerle de hierro fundido, y en el día está muy cerca de su remate. El enorme peso del hierro, por desgracia, ha obligado á darle una delgadez y fragilidad aparente, tan extremadas, que en manera alguna se ligan con el resto del edificio, y dan á aquella construcción atrevida, sin duda, el aspecto de una armazón de mimbres.

Si las diversas épocas en que se ha construído la iglesia han dejado su sello en lo exterior, por dentro no están menos de manifiesto con grave detrimento de su unidad. No faltan tampoco sus ejemplares de vandalismo de buen gusto; en prueba de lo cual citaremos las columnas griegas coronadas de una cornisa por donde se entra al coro, entrada al coro que sustituyeron en 1777 á una hermosa valla del género gótico y que así dicen al resto del templo como diría una cruz á la estatua de Venus. La catedral contenía también en otro tiempo cuatro antigüedades pre-

ciosas: el sepulcro de Ricardo Corazón de León; el de Enrique el joven, su hermano; el de Guillermo Plantagenet, su tío, y el de Juan, duque de Bedford, regente de Francia en tiempo de Enrique V. Además de ellos se veía en medio del coro el del rey Carlos V. Los calvinistas mutilaron estos sepulcros en 1562, pero los canónigos que había en 1736, sin duda para dejarlos en buen lugar, los hicieron desaparecer por entero. Los que lean esto se preguntarán tal vez qué pudo dar margen á tan extraña determinación, pero la respuesta que les podemos dar tiene tanto de peregrino que si no les convence, por lo menos les sorprenderá sin duda. El poderoso motivo de semejante hazaña fué el antojo de hacer un altar mayor nuevo, y alzar el coro un poco más. Ni paró en esto su apatía y abandono, pues de tal manera desaparecieron estas reliquias, que hasta 1838 no se ha desenterrado la estatua de Ricardo Corazón de León. Ahora mismo, con poco crédito por cierto de la cultura francesa, esta estatua yace por el suelo en la capilla de la Virgen, sin honores de ningún género. Por aquí puede venirse en conocimiento de que á todos nos alcanza la fragilidad del barro, y que estas buenas gentes que tiran tantas piedras á nuestro tejado podían mirar que el suyo no es de bronce. Como quiera, confieso que semejantes aberraciones apenas me dejan moderación alguna, pues si de las guerras y revoluciones, ciegas de suyo y enviadas por Dios como un azote, nada se puede extrañar, nunca acierta uno á explicarse cómo una corporación en quien se supone instrucción y cordura, se permite semejantes demasías.

Dejando á un lado estas reflexiones, á que por desgracia apenas hay país que no dé lugar, diré que la catedral me pareció magnífica sin duda. Entre las vidrieras pintadas, como en lo demás, se ve la huella de diversas manos y tiempos que señalan la marcha del arte. Las hay del siglo XIII, y de la época del renacimiento con sendas historias sagradas. Como quiera, lo más notable que se ve es la capilla de la Virgen, no sólo por el hermoso cuadro de

Felipe de Champagne que representa la adoración de los pastores, sino por los tres magníficos sepulcros que encierra. Es el primero de Pedro de Brezé, conde de Maulevrier, señor normando muy nombrado en su tiempo, que murió en la batalla de Montlherg de 1465; monumento notable por sus proporciones graciosas y la elegancia y delicadeza de su arquitectura. El segundo es el de Luis de Brezé, nieto del anterior y marido de la famosa Diana de Poitiers. Ella fué la que le hizo elevar este monumento, y allí está de rodillas al lado del muerto, enfrente de otra figura de mujer que suponen ser la Virgen. La estatua del difunto es de una verdad horrible, y hasta cierto punto repugnante, porque representa la muerte física en su triste desnudez, pero su verdad raya tan alto, que ha sido causa de que se haya atribuído al célebre Juan Goujón. El cenotafio contiene dos inscripciones francesas, una en verso y otra en prosa; pero la más curiosa es una en versos latinos, dedicada por la viuda y en que, después de hablar de su pesadumbre, le dice á su esposo que así como le fué fiel en el tálamo, así se lo será en el sepulcro. Esta declaración en boca de una mujer nombrada por sus amores con dos reyes, ha hecho decir á espíritus malignos que la duquesa de Valentinois no se apartaba un punto de la verdad, y, que tan fiel había sido en un caso como en el otro. ¡Pobre naturaleza humana que lleva hasta el silencio mismo de los muertos sus aparatos de vanidad y de mentira!—Este mausoleo es una de las producciones más notables del arte en tiempos de Francisco I, y se ha atribuído por unos á Juan Cousín y por otros á un artista no menos célebre, Juan Goujón.

El tercero, que es el de los cardenales d'Amboise, no muestra tanta pureza en cuanto al estilo, pero sí más prolijidad y brillantez; y las dos estatuas de los cardenales junto con las otras más pequeñas que se ven en la parte inferior, son admirables. La expresión de la oración y de la piedad en los dos personajes no deja nada que desear.

Estos tres mausoleos no se recomiendan sólo por el lujo

y esplendor con que los adornan y por los recuerdos históricos que ofrecen, sino porque pueden servir á la historia del arte. El primero indica el estilo llamado gótico; el tercero la época en que el estilo gótico iba á ceder el puesto á las graciosas producciones del renacimiento; y el segundo es uno de los ejemplares más puros de éste.

No faltan otros primores que observar con gusto en este edificio, tales como la entrada en la sacristía y la escalera que conduce á la biblioteca del cabildo, obras ambas de suma delicadeza y exquisito gusto. Existen, además, los sepulcros del famoso Rollón, primer duque de Normandía, azote primero y terror de este país su padre y bienhechor; en seguida, el de Guillermo Longue-Epée, su hijo, y otros varios.

Después de la catedral visité la iglesia de Saint-Maclón de un gótico muy puro y notable, principalmente por sus puertas, cuyas delicadas esculturas son obra de Juan Goujón. Representan algunos pasajes de la Sagrada Escritura, tales como la *muerte de la Virgen*, el *bautismo de Jesucristo* y otros varios, acompañados de curiosos arabescos: son dignos, sin duda, del gran nombre de este artista.

Dejando la iglesia de San Patricio para el siguiente día, pues el turbio color de la atmósfera hubiera privado á sus famosos vidrios de su principal atractivo, me encaminé al *Palacio de Justicia*, ponderado por todos los viajeros. En realidad es difícil imaginarse más número de labores en tan reducido espacio, ni mejor gusto en la elección y distribución. Describirlo por menor sería tarea muy prolija y cansaría de seguro á los lectores; baste decir que aunque en el estilo se advierte cierta mezcla del renacimiento, todo ello es de una belleza acabada. Por dentro no es menos notable la inmensa sala llamada de Procuradores, y muy alabada de los arquitectos por la audacia de su construcción, que la antigua cámara en que actualmente celebra sus sesiones el tribunal de Assises, una de las más bellas de Francia, según dicen. El artesonado, dividido en compartimentos no muy grandes y decorado de florones y

adornos de bronce dorado, ha cobrado con el tiempo el color y esmalte del ébano, á pesar de ser de roble. No faltan particularidades que por menudas omito, pero que figurarían bien en una relación más circunstanciada.

La tarde que comenzaba á decaer, y el mucho cansancio que sentía, me obligaban á limitar mi curiosidad por aquel día al célebre Hotel de Bourgtheroulde, que tan vivamente excita la curiosidad de los arqueólogos ingleses y franceses y aun la de cualquier otro medianamente versado en la historia moderna. Un sin número de anticuarios de entrambos países, á cuya cabeza figura el sabio benedictino Dom Montfaucón, han ilustrado no sólo con descripciones sino con grabados, litografías y hasta con vaciados, los famosos relieves de este palacio que contienen diversas escenas de la célebre entrevista del campo *du Drap d'or* entre Francisco I y Enrique VIII; entrevista en que la nobleza de Francia y de Inglaterra se arruinaron en competencia honrosa de galas y bizarría. A esto hace alusión Shakspeare en el principio de su comedia de Enrique VIII. Los relieves, en efecto, son preciosos, no sólo por su parte histórica sino por su ejecución, y pocas cosas ha dejado el renacimiento de más subido valor. Hay además otros relieves que representan asuntos pastorales, sobre todo en la parte exterior de una torrecilla que contiene un gabinete notable por las esmeradas labores de su maderaje y artesonado. Este edificio se comenzó á últimos del siglo XV y se acabó á principios del XVI.

Si tantas circunstancias no concurriesen á hacerle célebre, aún había una que añadiría algo á su fama, y es la de estar situado en la misma plaza en que la doncella de Orleans, la inmortal Juana d'Arc pagó con la vida su heroísmo, «en atención, dice el rey de Inglaterra en una carta á su *muy querido y amado tío*; en atención á los grandes perjuicios é inconvenientes, á los horribles homicidios y detestables crueldades y otros males sin cuento que había cometido, respecto nuestra señoría y leal pueblo obediente.» Tal fué el fin desastroso de aquella mujer extraordinaria

que Shakspeare, á fuer de inglés, ha revestido de un prestigio infernal que el noble Schiller ha convertido en un ángel ligado á la tierra solo por su desventurado amor, y que por una contradicción extraña cuanto lamentable, solo un gran genio compatriota suyo ha querido exponer á la burla y escarnio del mundo.

Mi tarea estaba concluída por aquel día, y para descansar juzgué que no podía elegir mejor medio que entrar en una barca de las infinitas que surcaban el río, y recorrer sus orillas. La lluvia había cesado por entonces, y aunque el cielo estaba encapotado todavía, los nublados se habían remontado. Del lado del Poniente venía una claridad pálida y extraña que revestía todos los objetos de una tinta indefinible. Los árboles goteaban mucho: el heno de las extensas praderas de la orilla izquierda yacía abatido por el peso de la lluvia; los marineros descogían sus velas para sacarlas, aprovechando una brisa que venía del mar: el silencio era sumo en ambas riberas, y solo algunas barquillas que se deslizaban como otros tantos ánades silvestres, y dos bergantines que subían muy lentamente del Havre con las velas extendidas y tirados por pesados caballos normandos, turbaban el espejo de las aguas. Era una escena como hay pocas, ó por lo menos de las que no había presenciado todavía. Después de cruzar diversas veces las verdes islas del río, hice que me dejasen en tierra más arriba del puente de piedra, casi enfrente del camino de hierro. A pocos minutos un tren que salía para París arrancó con su acostumbrada velocidad, pero con un estrépito infinitamente mayor á causa de la pesadez del aire y del silencio de la noche, y sembrando el camino de chispas brillantes que caían de la máquina, y relumbrando con los faroles encendidos de sus carruajes en medio de la oscuridad, desapareció con la rapidez de un meteoro, dejando detrás de sí un surco luminoso que las tinieblas se tragarón al instante. Imagen más fiel del destino del hombre en la tierra, apenas puede ofrecerse á la imaginación de nadie. La disposición del terreno me impedía ver la hilera

brillante de faroles de gas que iluminaban el muelle; pero en cambio, por debajo de los arcos del puente, veía el reflejo que formaban en el agua vislumbrar vagamente, cortado por los mástiles y cordajes de los infinitos barcos amarrados á la orilla. Aquel río sosegado y silencioso, se asemejaba al río mismo del Olvido, y la estatua de Corneille, que descollaba sobre el fondo oscuro del cielo, y que por la oscuridad se presentaba mayor todavía, parecía el emblema material del genio, que sobrenada en el mar de los tiempos. La soledad no podía ser mayor; cuanto me rodeaba me era extraño absolutamente, ni un acento de mi lengua natal, ni siquiera una voz amiga venían á herir mis oídos: y esta situación en que por primera vez me veía, era sin duda á propósito para despertar un millón de recuerdos y emociones. Por fin me retiré á mi posada, y el cansancio material pudo más que las excitaciones de la fantasía, conciliándome un sueño profundo pero no muy largo, pues al día siguiente muy temprano ya estaba en pie.

La vara de un mágico no hubiera causado transformación más rápida y completa. El cielo estaba revestido de un azul semejante al de España, y solo del lado del Havre flotaban unas nubecillas, que por su forma y color parecían otras tantas bandas de raso blanco. Infinitas gentes vestidas con grande aseo cruzaban por los muelles alegremente, conversando con animación: innumerables barquillas surcaban el río en distintas direcciones, en los mástiles de los barcos flotaban banderas de varias naciones: las praderas habían sacudido su humedad y mecían al viento su verde cabellera; algunos vapores, cuyas chimeneas despedían un humo denso, se disponían á partir, y cuanto había en el cuadro del día anterior de triste y amortecido, tenía el presente de vivo, espléndido y animado. Sin perder tiempo me dirigí, como tenía proyectado, á la montaña de Santa Catalina para gozar por entero de aquel extenso y nuevo panorama. Con suma diligencia trepé á lo más alto, y situándome sobre las ruinas del fuerte del mismo nombre, pude satisfacer la curiosidad que me aguijoneaba: á mis pies

corría el Sena, pero con movimiento tan suave, que parecía un prolongado estanque; sus islas, de forma prolongada y estrecha, figuraban con sus olmos y chopos otras tantas naves revestidas de ramaje y plantas ligeras para celebrar una fiesta campestre: en su orilla izquierda comenzaban las dilatadas y feraces llanuras de la Normandía, cuya inmensa alfombra de verdura iba á perderse en el horizonte. A mi derecha tenía la ciudad envuelta en vapores ligeros y transparentes, sobre las cuales descollaban las torres de sus numerosas iglesias, y sobre todo las de Saint-Ouen y la catedral. Extendíase suavemente desde la orilla del río por la falda de una agradable colina vestida de árboles, y los numerosos contrastes que ofrecían sus casas feas, desiguales y negruzcas, con los bellos edificios religiosos y civiles que posee, y con los paseos y manzanas regulares del muelle, contribuían agradablemente á la variedad del espectáculo. Las antiguas murallas que tanta celebridad le dieron en las guerras y disensiones de Francia, son otros tantos paseos de frondosos olmos, que forman un recinto, si no tan terrible, sin duda mucho más pacífico y vistoso. Por detrás de mí se extendía un vallecillo lleno de fábricas, que venía á morir en la ciudad, cuyos tejados azules de pizarra vislumbraban á los rayos del sol, y me recordaban los de las aldeas de mi país, que tantas veces he visto desde la cumbre de los montes. Finalmente, la vista era tan deliciosa de por sí, que á cualquiera hubiera embebecido; pero la animación y tráfago de la población, los repiques alegres de las iglesias, y la multitud de aldeanos que de los pueblos vecinos se dirigían á la ciudad, eran como otros tantos toques agradables del cuadro. Desde aquella altura se oían las campanas de los vapores que llamaban á las gentes á bordo, y poco después se les veía salir, alejándose rápidamente como favorecidos de la corriente, los que se encaminaban al Havre, y acercándose más lentamente los que se dirigían á Elbæuf, y que por lo mismo tenían que pasar al pie de la montaña de Santa Catalina. Los diversos trajes y aposturas de las personas que se apiñaban en

la cubierta, junto con la variedad caprichosa de colores, desapareciendo entre las islas y volviendo á aparecer á lo lejos ya más confusos y borrados, era cosa que llevaba los ojos. Como quiera, la sensación más extraña que allí experimenté, fué la de un convoy larguísimo que vi salir para París, y que arrastrándose con celeridad increíble por medio de casas, árboles y sembrados, parecía desde aquella altura una inmensa serpiente que se deslizaba por entre matorrales y peñascos.

Después de apacentar la vista más de dos horas con tan delicioso espectáculo, bajé de mi altura con deseo de visitar de nuevo las iglesias del día anterior, y recorrer las que me faltaban todavía, entre las cuales merece el primer lugar San Patricio por sus magníficas vidrieras. Son todas del siglo XVI, época la más aventajada de esta clase de pintura en Francia, y entre ellas hay una alegoría que representa *El triunfo de la verdad*, hecha según se cree por los dibujos de Juan Cousin, y cuya composición é iluminación corren parejas. Rouen no ofrece nada mejor ni aun tan bueno en este ramo del arte.

En esta tarea se pasó el resto de la mañana y una parte de la tarde, de manera que ya el tiempo que después de comer me quedó, fué apenas bastante para alargar mi paseo por la orilla del río algo más que el día anterior. La caída de la tarde tuvo una pompa tan magnífica y sosegada, y los accidentes y celajes del ocaso fueron tales, que de seguro no serán espectáculo muy frecuente en los alrededores de aquella ciudad, á quien dan algunas gentes el nombre de *medias negras de la Normandía*, por lo nebuloso de su cielo. El número de barcos pequeños y grandes que subían, bajaban y cruzaban el Sena para dejar ó recoger gente en las islas era grandísimo, y ni Lyón, á pesar de sus dos ríos, ni París con su inmensa población, me habían ofrecido nada semejante. La marcha de los de vela sobre todo cuando se encaminaban al Havre, dejándose llevar por la corriente, era tan pausada que no alteraba la tersa superficie de las aguas. Yo no sé qué se me figuraba al ver

pasar sus velas iluminadas á un tiempo por la luna y por los últimos reflejos del ocaso por detrás de los árboles y arbustos de las islas que me ocultaban el casco. Por su majestad y silencio me recordaban aquella sucesión de reyes y príncipes, cuyas sombras desfilaban ante los ojos de Macbeth en la cueva de la bruja. En cambio de todo este sosiego, de cuándo en cuándo acertaba á pasar algún vapor, y entonces el agua alterada por sus ruedas, azotaba por algún tiempo las orillas semejante á la del mar, como irritada de ver turbada aquella calma de que gozaba. Como la mayor parte de las gentes de Rouen se restituían á sus hogares de las giras y fiestas campestres á que se habían entregado durante el día, traían músicas, que á pesar del ruido de la máquina no dejaban de oirse y de producir un efecto muy agradable. Una porción de mujeres, vestidas de blanco ó de colores alegres, que ocupaban la cubierta para gozar de la noche, completaban la ilusión, sobre todo cuando con alguna ráfaga de viento ondeaban sus chales y los largos y flotantes velos de sus sombrerillos.

Para que todo cuanto encontraba en Rouen tuviese á mis ojos un carácter de novedad, de vuelta ya, y poco antes de entrar en mi posada, acerté á ver en una esquina un anuncio de teatro que decía: *La Main Sanglante* ou *Le Medecin de son honneur*: si alguna duda me podía quedar, las siguientes palabras me la hubieran disipado, pues decían terminantemente que era una traducción de *El Médico de su honra*, de nuestro don Pedro Calderón. Aunque el cansancio no podía ser mayor, me pareció que sería tibieza en el amor del país dejar de ver la función, y así me encaminé al teatro en derecha, donde me encontré la comedia muy al principio por haber echado antes otra pieza. La representación me gustó muy poco, como ya me lo figuraba; la traducción me pareció hecha con esmero, pero las alteraciones que advertí prueban que nuestro gran dramático ha sido tratado *trop cavalierement*, como por aquí dicen ó según por ahí decimos, sin asomos de cortedad. El personaje de doña Leonor está totalmente suprimido: al ciru-

jano le han dado una importancia que no tiene, y el desenlace mismo es muy diferente. En general puede asegurarse que la elección de esta gran obra es desacertada, pues la pasión de los celos se siente en ambos países de manera harto diversa para que la conducta del hidalgo español no parezca feroz en demasía al público francés. Los accidentes del *Pintor de su deshonra* están mucho mejor combinados para producir el mismo efecto, sin necesidad de acudir á enmiendas ni zurcidos, imposibles en las obras del genio.

Para mucho más daba lugar esta excursión, que tardará sin duda en borrarse de mi memoria, pero tal vez los demás detalles son de interés puramente local, y no excitarían la curiosidad de los lectores. Baste decir que de los españoles que vengan á París, ninguno, por lo menos durante el buen tiempo, debe dejar de hacer este viaje, que á lo rápido, cómodo y barato junta lo entretenido y aun instructivo, pues tanto los amantes de las nobles artes como los aficionados á las útiles, encontrarán en los monumentos y fábricas de Rouen cosas dignas de observarse. Un consejo me queda por decirles, y es que si el tiempo se lo permite, no dejen por nada del mundo de llegar al Havre, pues así como el sol se reviste muchas veces para ponerse de más luces y esplendor, del mismo modo el Sena, á medida que se acerca á su término multiplica su majestad y sus bellezas. Yo por mi parte no pudiendo detenerme más largo espacio después de haber registrado de nuevo los alrededores y cosas curiosas de la ciudad, dí la vuelta á París con tiempo mucho mejor que me permitió disfrutar más cumplidamente de todas las perspectivas del ferro carril. Habiéndolas visto poco antes, suscitaban en mi ánimo la misma impresión que una música deliciosa oída por segunda vez. Por fin en las mismas horas llegué á París muy satisfecho de mi viaje, aunque mucho más lo estaría si supiera que sus desaliñados bosquejos habían de entretener á mis compatriotas, y ayudarles á pasar algún rato de ocio.

---

The first part of the report is devoted to a general survey of the situation in the country. It is then divided into three parts: the first part deals with the political situation, the second with the economic situation, and the third with the social situation. The report is written in a clear and concise style, and is well illustrated with statistics and diagrams. It is a valuable contribution to the study of the country's development.

REPORT

The second part of the report is devoted to a detailed study of the political situation. It is divided into three parts: the first part deals with the general political situation, the second with the political situation in the different provinces, and the third with the political situation in the different cities. The report is written in a clear and concise style, and is well illustrated with statistics and diagrams. It is a valuable contribution to the study of the country's political development.

## DIARIO DE VIAJE.

# DIARIO DE VIAJE

Año de 1874

El día de hoy he estado en el teatro de la Comedia, donde he visto una obra muy interesante, titulada "El hombre de paja". La obra es de un autor francés, y trata de un hombre que se convierte en un objeto de culto por su habilidad para hacer muñecos de paja. La obra es muy divertida y tiene un final feliz. Después de la obra he ido a dar un paseo por el Jardín de las Plantes, donde he visto muchas flores hermosas. El día ha sido muy agradable y he disfrutado mucho.

El día de hoy he estado en el teatro de la Comedia, donde he visto una obra muy interesante, titulada "El hombre de paja". La obra es de un autor francés, y trata de un hombre que se convierte en un objeto de culto por su habilidad para hacer muñecos de paja. La obra es muy divertida y tiene un final feliz. Después de la obra he ido a dar un paseo por el Jardín de las Plantes, donde he visto muchas flores hermosas. El día ha sido muy agradable y he disfrutado mucho.

## DIARIO DE VIAJE.

---

Agosto de 1844.

Mientras ha durado mi residencia en París, he encontrado tantos paisanos y amigos, que por medio de la conversación he tenido ocasión de fijar mis ideas y de consolidarlas con su juicio. París es en el día una especie de patria común, y hasta que ha llegado el momento de salir de sus muros no he creído dejar mi querida España. En la embajada de mi país he recibido muestras de estimación y hasta de cordialidad, que agradezco mucho, sobre todo cuando mi repentina entrada en la carrera diplomática, y la posición que en ella me han dado, podía hacerme esperar aquel género de frialdad que excita por lo común una persona, en cuyo obsequio se quebrantan las reglas generales. Algo de esto pudo haber en un principio, pero si no me engaño, el trato lo ha disipado. Del ministro de las ciudades Anseáticas, Mr. Rumpff, y del de Holanda, general Fagel, también salgo satisfecho. Ambos me han dado cartas y me han hecho buena acogida. La familia Gasc, con quien he vivido un mes, me deja un recuerdo agradable.

10.—Lille.

Salí ayer de París en la *malle-poste* á las seis de la tarde, y hasta las ocho y media de hoy no he cesado un punto de rodar por esos caminos. He pasado muy mal la noche, como de costumbre en estos carruajes, vomitando

amenudo, y muy desasosegado. Afortunadamente el país que atravesamos es lo más feo y monótono que he visto hasta ahora en Francia, y poco he perdido con no poder observarlo muy despacio. Muy de madrugada pasé por Arrás, que exterior é interiormente tiene un aspecto muy curioso. La torre es extraña por su remate en forma de corona. Las cercanías de Lille son un verdadero bosque de molinos de viento destinados á la elaboración del aceite de granas. Tantas aspas al aire volteando sin cesar, producen una singular sensación. La ciudad es muy fuerte, y sus calles me parecieron muy bien. Tenía necesidad suma de reposo, y voy á acostarme las pocas horas que me deje libre mi viaje á Bruselas, que continuaré á las tres de la tarde por el camino de hierro francés hasta Mucroix, y desde allí por el belga hasta su capital.

*Bruselas á las diez de la noche.*

Hace una hora que he llegado bastante rendido, porque desde las tres hemos caminado sin interrupción y en Lille no pude descansar. Sin embargo, el camino me ha parecido muy agradable por lo verde y frondoso del país, y por lo rápido y cómodo del movimiento. Estos campos son más llanos aún que los de Castilla, pero los árbolados dan á su superficie una especie de undulación que templá su monotonía. Estas masas, que en gradación desigual y caprichosa se dibujan sobre el horizonte, son de un efecto muy agradable, y los infinitos prados y huertas que se encuentran ofrecen una alfombra de esmeralda en que la vista se reposa con placer. Las casas de campo son infinitas, y los caseríos de labradores están tan apiñados, que el camino parece la calle de una aldea. Muchas tierras estaban de rastrojos, con lo cual se alteraba el hermoso tono de color del paisaje; pero la gran cantidad de cauces y canales que encontramos, y los sotos y praderas sin número, borraban al momento esta impresión de sequedad, que tanto des-

alienta al viajero en nuestras dos Castillas después de la siega. A cada paso encontrábamos paisajes de todo punto iguales á los de los grandes pintores flamencos, cuyo nombre cobra mayor esplendor cuando se los estudia en estos lugares. Cielo y suelo están maravillosamente retratados. El camino da un rodeo grandísimo, pues desde Lille hay que venir por Gante y Malinas, pero no es gran molestia, por el terreno que se cruza.

*Idem* II.

He salido muy de madrugada y he recorrido la ciudad, que es linda: el parque delicioso y los *hoteles* excelentes; pero hasta ahora lo que más excita mi curiosidad es la diferencia extraordinaria de tipos que en la población encuentro, pues desde el flamenco puro hasta el de nuestras provincias meridionales, que se halla en todo su vigor y expresión, los matices son tan varios y vistosos, que no se cansa uno de observarlos. En general la raza me parece superior á la francesa, principalmente las mujeres, entre las cuales las he visto muy lindas, y sobre todo bien formadas. Entre las del pueblo he encontrado algunas que llevaban un chal de seda negro en forma de mantilla sin velo, cosa que me ha alegrado, pues es la primera semejanza que veo de nuestro gracioso tocado nacional. Otras vestían una especie de manto largo con capucha, algo parecido á las almalafas moriscas, pero que por lo largo recordaba los mantos de nuestras tapadas, y que sin duda deriva de nosotros. Las señoras visten enteramente á la francesa.

Como día de fiesta, el parque estaba lleno de gentes, y la calle del buen tono en especial muy animada con lo más escogido de la población. Hombres y mujeres vestidos con gusto y aliño, y en ambos sexos figuras agradables. Es pasmoso el número de gentes morenas con ojos negros. Variedad tan grande no la he visto hasta ahora si no es en

algún puerto concurrido como Marsella, con la diferencia de que allí todo es pasajero y aquí permanente.

Por la noche he ido al teatro llamado de *Nouveautés*, recién estrenado. Por fuera aún no está concluído. Es muy bello, y está iluminado en trasparente por el techo, lo cual produce un efecto muy vistoso. La representación me ha gustado en general, aunque viniendo de París es uno exigente sin saberlo: tal es la perfección á que está llevado el arte dramático, por lo menos la comedia, en aquella ciudad. La concurrencia lucida: la mayor parte de las mujeres bien prendidas.

*Idem* 12.

Hoy he dedicado el día á la visita especial de monumentos. El primero y más notable sin duda de Bruselas es el *Hôtel de Ville*, soberbio edificio gótico con una torre hermosísima y situado en una plana, cuya estructura y casas se ligan perfectamente con él. Es un verdadero palacio y digna habitación en fin del consejo y magistrados de esta ciudad, cuyos vecinos por su opulencia eran otros tantos potentados. Este linaje de poder era tal en estos países, que los *hôtels de Ville* en ninguna otra parte de Europa se acercan á esta grandeza. En este, la perfección de los detalles iguala la grandiosidad del plan, aunque por una rara anomalía la torre no ocupa el verdadero centro del edificio, sin embargo de estar en el medio. Hay una historia vulgar que dice, que cuando el arquitecto lo vió, de pesadumbre se quitó la vida. Lo probable es que la torre estuviese en una esquina, y que añadiendo después el edificio por cualquiera otra razón, ó por descuido, no se guardó la proporción debida. Este edificio tiene para nosotros un gran valor histórico, pues en él se verificó la abdicación de Carlos V; acto poco común en la historia, de que tan hermoso cuadro ha sabido hacer Robertson con su noble y reposado estilo. La ceremonia está representada en

una tapicería muy buena. En la misma sala se pronunció la sentencia de los condes de Egmont y de Horn, decapitados en la plaza de delante, por orden de aquel duque de Alba cuya crueldad ha pasado en proverbio entre estas gentes, pero que reunía al talento de un gran capitán una fidelidad que nada podía alterar y un corazón en que no cabía linaje alguno de flaqueza. Dicen que desde una ventana miraba la ejecución de su rigurosa sentencia. En toda esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con las reliquias de nuestra pasada grandeza, cosa triste y que más de una vez me ha oprimido el corazón.

La catedral es un templo muy hermoso, gótico en su mayor parte, aunque los pilares de la nave principal son bizantinos. Tiene algunos vidrios de gran valor: las estatuas de los apóstoles en la nave principal, son también muy hermosas, y sobre todo el púlpito, que es de madera labrada en su color natural, y representa á Adán y Eva echados del paraíso. Difícilmente se puede imaginar cosa de ejecución más perfecta, follaje más delicado, animales mejor hechos y figuras de más verdad. En una capilla está el sepulcro del conde de Merode, uno de los mártires de la revolución de 1830, representado con el mismo traje y accidentes en que recibió la herida, una pistola en la mano, y una blusa. Después de recorrer la catedral, subí á la torre. La ciudad no ofrece ninguna facción notable, si no es su magnífico *Hôtel de Ville* y el parque, bella mata de verdura que la herмосea infinito. La vista se extiende por una gran llanura adornada de árboles y praderas, en la cual se distinguen el palacio de Laken, residencia habitual del rey, y allá á lo lejos los famosos campos de Waterloo. Como quiera, semejante panorama nada tiene de común con el que ofrecen las torres de la catedral de León, y mucho menos con el que se desarrolla á los ojos asombrados del viajero desde el miquelete de Valencia, en que á un tiempo se ven el mar, la albufera, las montañas del Maestrazgo y de Almansa, y aquella huerta, verdadero jardín, ó por mejor decir, edén de España. La belleza de esta tierra es

como la de las mujeres que nos pinta Rubéns, hermosas sin duda, pero sin gracia y *no sé qué*.

Los museos de historia natural y de pintura son muy buenos, especialmente el primero, que reúne una colección preciosa de animales de las antiguas colonias holandesas en Asia y Africa. En cuanto á los cuadros, hay muchos buenos, excelentes; pero el número de los malos sobrepaja. En lo que es rico el museo, es en cuadros antiguos concernientes á la historia del arte.

*Idem* 13.

Hoy he pasado la mañana escribiendo comunicaciones para el Ministerio de Estado, y aunque no eran sino dos, me han ocupado largo tiempo, porque tenía que romper lo que escribía; tan lleno de mentiras iba ello. El oficio de copiante es á mis ojos de los peores del mundo. Por la tarde he dado la vuelta á la ciudad, y examinado sus alrededores, que desde la torre de la catedral no se divisan bien. Los arrabales están muy aseados, y las frecuentes balsas de agua coronadas de sauces y otros árboles que se encuentran, ofrecen paisajes reducidos, pero de mucha gracia. El canal que va á Amberes ayuda también mucho á la perspectiva. Al fin de mi paseo me encontré con la *Porte de Hal*, especie de construcción informe, pero muy fuerte, que servía de ciudadela al duque de Alba durante su dominación tremenda. Ahora he visto que la adornan un poco y abren ventanas.

*Idem* 14.

Hoy he llegado á medio día á Vetheren, donde me esperaba el hijo de Mr. Gasc, y he pasado el resto del día con la familia del notario L. Esta gente ejerce la hospitalidad del mismo modo que en España, y son de una cor-

dialidad muy grande. Las horas de comer son las mismas que en las provincias de España, y las instancias y agasajos de la misma especie. Aquí he vuelto á encontrar *la familia* tal como en España la concebimos, y cuyo rastro había perdido en Francia, donde poco se ve desnudo de fórmulas y estudio. La gente que he encontrado en los carruajes es lisa y amable, y en las pocas horas que he corrido por estos caminos, puedo decir que he hablado más que en los varios días que han durado mis viajes por el vecino reino. No parece sino que del trato y correspondencia antigua han quedado ciertos ecos que se despiertan al menor sonido.

Vetheren es una población muy linda, sobre un collado que domina el Escalda, y ofrece un paisaje de los más agradables que pueden disfrutarse en este país. La casa de Mr. L. está llena de comodidades, y participa de lo bueno del campo y de la ciudad.

*Idem* 15.

A las diez de la mañana estaba en Gante, y hasta las dos no he cesado de correr calles, plazas é iglesias. La fisonomía de este pueblo es interesantísima, y en mi juicio lleva muchas ventajas á Bruselas. Hay casas de un primor y gallardía increíbles. Las mejores se atribuyen á los españoles; pero por la fecha no pueden pertenecerles. El Hotel de Ville en su parte antigua es de lo más esbelto y delicado que he visto en este país tan abundante en monumentos civiles. Por desgracia el ensanche que le dieron en el siglo XV es de estilo greco-romano, y aunque en sí no malo, parece de una pesadez imponderable al lado de lo primero. Las iglesias están llenas de cuadros de esta fecunda y excelente escuela, y el culto sostenido con un esplendor muy grande. Como día de fiesta, en todas se celebraba el oficio divino con músicas excelentes y coros muy acordes.

La sala de conciertos y bailes y el teatro, son de tal

magnificencia, que figurarían muy bien en una de las más grandes capitales de Europa. La universidad es de un gusto puro y sencillo, y está distribuída é imaginada con gran acierto para su objeto. El palacio de justicia ó audiencia, aunque moderno como ella, es también magnífico y de mucha corrección; pero lo que en el día llama la atención, es la exposición de pinturas. Algunas hay francesas, pero la mayor parte son de este país, donde sin duda se conservan las buenas tradiciones de sus gloriosos días. He perdido el catálogo que compré, y se me han olvidado los nombres, á excepcion del de Robbers, cuyos animales en nada ceden á los del mismo Paul Potter; pero no así los cuadros, entre los cuales hay cosas admirables. Una *limosna* vi de una artista con dos cabezas de niños pobres que nada dejan que desear. De retratos, los hay de una individualidad y carácter que asombra; y no faltan cuadros de historia, entre los cuales me llamó la atención uno que representa la salida de Santiago Van Artevelde á la cabeza de sus cinco mil ganteses. El estilo en general es franco y gallardo, los efectos de luz, y de atmósfera sobre todo, perfectamente combinados y estudiados, y los paños fáciles y graciosos: los cuadros de interior no escasean, y entre ellos los hay de mucha sal en el estilo de Teniers. Para quien sale de los lamidos y prolijos cuadros de la moderna escuela francesa, equivale esto á verse en el aire libre del campo después de haber estado encerrado en un *boudoir* muy lindo y bien adornado, pero estrecho y sofocante. Dejo la famosa catedral de St. Bavon, la torre de rebato (*beffroi*) y la *Maison de force* ó presidio para mañana, y á las dos salgo para Brujas y Ostende.

*A las once de la noche.—Ostende.*

En el camino de Brujas he encontrado á un diplomático de este país, persona amable que conoce muchos españoles de la *cofradía*, y cuya conversación tiene bastante atracti-

vo. No me ha dicho su nombre, que hubiera deseado conocer. Los carruajes de este país se parecen algo á las diligencias del nuestro, por la facilidad con que se entabla y sostiene la conversación. Brujas es una ciudad lindísima y llena todavía de restos de aquella colosal grandeza que la hacía brillar sin rival en los siglos medios. Hay unos versos muy delicados de Southey, el poeta inglés, cuyo sentido viene á ser, que si alguna vez imaginase una ciudad con torneos, danzas y resplandores de la edad de la caballería, Brujas sería la que se ofreciese á su memoria. Realmente su fisonomía despierta naturalmente estas ideas. Sus templos, su Hotel de Ville, sus casas, sus canales, y toda ella en fin, son agradable espectáculo, aunque triste al mismo tiempo. Aunque bien puede decirse con el poeta:

*The season of her splendour es gone by,*

todavía el extranjero puede visitarla con tanto fruto como placer.

La catedral de San Salvador es un edificio por de fuera de ladrillo, y feo; pero por dentro, el templo gótico más hermoso de Brujas. Entre las pinturas hay una de Hans Hemlinck, que representa el martirio de San Hipólito, de una prolijidad grandísima. Otra pintura hay excelente de Pedro Porbo, que representa la Cena. La catedral de Nuestra Señora contiene obras de arte que la hacen más notable que su arquitectura, y entre ellas una Virgen de mármol blanco, atribuída á Miguel Angel. El famoso pintor inglés Reynholds dice, que sin duda es de su escuela. Yo no puedo formar buen juicio, porque sólo conozco dibujos y grabados del gran Bonarrota, pero sí diré, que la encuentro admirable. En Brujas hay una tradición, que dice haberse perdido en la costa el barco que la llevaba á Inglaterra. El sepulcro de María de Borgoña, abuela de Carlos V, y el de su padre Carlos el Temerario, en bronce, y de precioso trabajo, son también otro de los adornos de la catedral. La cariñosa memoria de la joven é ilustre María, que tan trágicamente

acabó sus días, cayendo de un caballo, incitó á sus súbditos á levantar el primero. El segundo se debe á la munificencia de Felipe II, que pagó por él quince mil florines. El Hotel de Ville es un edificio de un gusto muy exquisito, gótico, por supuesto, y bien conservado. No es tan suntuoso como el de Bruselas, ni tan gallardo y lujoso en detalles como el de Gante en su parte antigua, pero sí más agraciado que el primero, y más completo que el segundo. En la plaza se conserva la casa en que habitó Carlos II de Inglaterra, que vino á trocar en Brujas su corona de las tres islas por la de rey de los ballesteros. Todavía se conserva esta Sociedad, en la cual se inscribió la reina Victoria cuando estuvo últimamente en Bélgica. Por lo demás, en este país, como en todos, las *secciones de la miseria humana* no escasean. En Brujas, la casa de Carlos II; en Gante, la que habitó Luis XVIII durante los cien días. Por fin, ambos murieron con la corona en la cabeza. ¡Ay del que no cupo en el mundo de sus días, y, sin embargo, los acabó en un peñasco, como una ave marina cansada de volar!

Volviendo á mi asunto, diré, que todo esto no causa tal vez tanta impresión como el oratorio del hospital de San Juan, donde Hemlinck, herido en la batalla de Navey halló asistencia y asilo. Su agradecimiento le puso el pincel en las manos y le dictó unos cuadros que han recompensado con usura al establecimiento los gastos que hizo. No los enumero aquí, porque el tiempo me faltaría; baste decir, que una urna bastante grande de reliquias, en cuyo exterior está pintada de su mano la historia de las once mil Vírgenes de Colonia, pudiera haberla trocado el hospital por otra igual de plata maciza. Realmente, atendida la época, son obras milagrosas, y lo acabado y prolijo de los detalles, supone paciencia mayor que la de Job. Por último, he ido á ver un gabinete de cuadros, perteneciente á un eclesiástico, que ha cedido su exposición á una casa de beneficencia dirigida por hermanas de la caridad. Una de ellas me ha enseñado todo, y en su conversación y moda-

les he encontrado aquel santo candor é igualdad de espíritu que tantas veces me ha cautivado en España en estas sublimes mujeres. Su sacrificio no puede ser más grande: su obra es oscura, pero como son oscuras las perlas en el fondo del agua. Cuando salen á luz, todos los ojos las codician y admiran. Delante de estas criaturas siempre me he avergonzado de mí mismo, pensando en la fortaleza de un ser tan débil naturalmente. Todo el día de hoy ha estado lleno de sensaciones vivas para mí. En las iglesias de Gante se celebraban oficios con excelentes músicas: en las de Brujas me he encontrado la celebración de vísperas con gran pompa, y un gentío extraordinario. Si la religión no fuese santa por sí, nuestra razón debiera divinizarla. Heme aquí en un país extranjero absolutamente sólo, y, sin embargo, á millares encuentro hermanos que vuelven los ojos al mismo Padre: estas son las mismas escenas á que mi madre piadosa me llevaba de muy niño, y con un *no sé qué* de la verdadera patria, que está en las alturas, me traían un recuerdo de la patria de aquí abajo, de mi familia y de aquellas fiestas religiosas que tanto me alegraban en mi infancia y primera juventud. Y, sin embargo, todas estas luces no llegan sino por medio de una espesa niebla hasta mis ojos: yo he querido, como tantos otros, buscar la ciencia y la verdad por mí mismo: de las creencias que nunca debiéramos, no ya perder, sino ni aun arriesgar, me queda lo que de salud resta á los enfermos; lo bastante para ambicionar y echar de menos cosas que difícilmente volverán. En Brujas vivió nuestro Luis Vives.

El campo desde Brujas aquí, es más monótono aún que lo demás de la Bélgica que he corrido; y el mal tiempo, constante desde que he puesto el pie en este país, me lo ha hecho más desagradable. Ostende es fortísimo por sus fosos y murallas, pero mucho más por las terribles esclusas con que puede inundar los campos vecinos. El pueblo ofrece poco en sí. En realidad el deseo de ver el mar del Norte es el que me ha traído. Ya de noche he estado en la playa: la calma de la atmósfera corría parejas

con su humedad y pesadez, y las olas apenas movían el más leve rumor. El horizonte era muy reducido, y el espectáculo poco agradable.

. 15.

Me he levantado muy de madrugada, y me he encaminado á la playa. La mañana estaba muy fría, y corría un viento muy fuerte acompañado de aguaceros. Soberbio espectáculo el de aquella inmensa llanura alborotada como una muchedumbre amotinada, y cuyas olas se estrellaban contra las murallas, desparramándose por el aire en menudas gotas. No he visto un barco en aquella inmensa extensión, y el color ceniciento que le daban los nublados, entristecía extraordinariamente el espíritu. El tiempo es tal, que todos se quejan como de cosa inaudita. No lo es poco, que desde que salí de Madrid no he visto en mi viaje sino dos ó tres días buenos. Otros nublados hay peores y más difíciles de disipar.

*Idem Gante á las dos de la tarde.*

He visto San Bavón, que es la catedral, y me he quedado sorprendido de ver los cuadros que contiene. Es un verdadero museo, pero escogidísimo. Sobre todo, los cuadros de los hermanos Van-Eyck y de Rubéns. De los primeros hay una visión del Apocalipsis, que en cuanto á lo prolijo de la ejecución, á la composición y al sentimiento de las cabezas deja poco que desear, teniendo en cuenta que es de 1432. Las formas, á pesar de su flacura no carecen de nobleza. Me ha *hecho* gran sensación. El de Rubéns representa un pasaje de la vida del Santo. Los no inteligentes prácticamente, no podemos admirar las cualidades de su colorido, pero su efecto es extraordinario. La composición nada deja que desear, sobre todo un grupo de pobres. Gran escuela es la flamenca, pero aquí es donde hay

que estudiarla, porque todo ayuda y facilita su inteligencia.

He subido á la torre *du beffroi*, y aunque el día seguía lluvioso y pesado, he gozado de una vista deliciosa, mucho más interesante que la de la torre de Bruselas. La ciudad tiene una fisonomía tan suya, que, para el que la vea con un poco de despacio, equivaldrá á la de una persona conocida. Todavía ofrece mayor animación que otras ciudades de Bélgica. Después he visitado la *Maison de force*, prisión notable por la fecha, y que ha servido de modelo á la mayor parte de las notables de Europa, y aun de América. La limpieza de todo este país es extremada, y agrada extraordinariamente.

Como quiera, me ha alegrado más que nada, haber venido á Gante durante la exposición de bellas artes, sobre todo de pintura. No deseara más para nosotros, que de nuestro antigua escuela se conservase lo que estas gentes conservan de la suya. De escultura, como en todas partes sucede, hay poco, pero algunos mármoles son muy lindos, especialmente el de un niño que llora por haber roto el tambor en que tocaba. Si estuviera más tiempo, de buena gana enviaría una relación á España, que por una desgracia verdadera no está viendo sino por los anteojos de Francia, anteojos que le acortan espantosamente la vista, como imaginados que están para otros ojos. Siento infinito no poder disponer de más días para disfrutar de esta que Mr. Trollope llama con mucha oportunidad *una constelación de ciudades*; pero si alguna vez tengo un verano á mi disposición, y medios bastantes, aquí me vendré á pasarlo. Esta noche vuelvo á Vetheren, y mañana estaré de vuelta en Bruselas, después de haber visto á Malinas.

16 *idem.*

Malinas es otra muy linda ciudad por su pintoresca arquitectura y anchas calles, pero no tan rica en artes como las demás ciudades que hasta ahora llevo andadas. Sin embargo, tiene una obra de Van-Dyck que por sí sola merece un viaje, no de camino de hierro, sino á pie. Es una crucifixión que sir Josué Reynholds pone entre los primeros cuadros del mundo. El colorido no corre parejas con el de su gran maestro, pero en la expresión, y aun en el dibujo, lo prefiero á cuanto hasta ahora he visto suyo. Los ladrones, que forcejean por desasirse de la cruz, son figuras angustiosas de veras, y están en una actitud difícilísima, que fácilmente pudiera degenerar en ridícula. La cabeza de la Virgen reúne cuanto el pesar y la resignación pueden tener de más angustioso y bello. El cuadro, en suma, no tiene más lunar, que la debilidad de la figura de San Juan: el Descendimiento y el Prendimiento que hay en el museo de Madrid, se quedan muy atrás. Es una página de sublime poesía. Este cuadro está en la catedral. De Rubéns hay cuadros en la iglesia de San Juan y Ntra. Señora, pero no de los más eminentes. En el camino de Malinas me he encontrado con un Mr. Teichman, actual director de caminos de este país, persona de trato agradable y abierto, como la mayor parte de los que he visto en él, donde cada día encuentro más analogía con el nuestro. Ha sido ministro, y conserva de su posición, no aquella presunción ridícula que tan común se va haciendo en Francia, y desgraciadamente aun entre nosotros, sino el gusto de la conversación y la oportunidad que se adquieren en elevados sitios.

Mañana iré á ver á Mr. Rochussen, embajador de Holanda, para quien su compañero de París me ha dado una carta. Goza de opinión inmensa en materias de comercio, y quiero hablar con él acerca de la cuestión aduanera de Alemania.

18 *idem.*

He llegado á Amberes con un día muy bueno, y aunque á esta hora, que es la de la noche, ya llueve, sin embargo, el día ha estado excelente, y los efectos del sol sobre el verde de las praderas y entre las masas de arbolado eran hermosos. He llegado en el día de la *hermesse* ó fiesta patronal, y el espectáculo que ofrecían las afueras de la ciudad no podía ser más animado. Al retirarme cerca de anochecer, he estado escuchando un rato una canción, para beber sin duda, en que uno solo llevaba la voz y los demás formaban coro para responder. El primero tenía un metal de voz de una calidad excelente y muy pastoso. Cantaban con bastante afinación, y aunque la canción distaba mucho de las populares nuestras en el sentimiento, tenía dulzura y melodía, cosa que puede pasar por un hallazgo viniendo de Francia. Lo que he visto de estas cercanías es muy frondoso, y los fosos y fortificaciones formidables. En frente del hotel en que me he apeado, tengo la estatua de Rubén, levantada en el año de 1840, y muy cerca la catedral. Traigo una visita que espero me será útil y me librará de los *commisionners*, raza insoportable de todas veras que no viven sino de saquear al extranjero, y que dicen cada desatino que canta el misterio, sin contar con los rodeos que obligan á dar muchas veces para emplear más tiempo y sacar mejor partido.

19 *idem.*

Bien había hecho en dejar para lo último esta linda ciudad, pues así llevaré de este país una idea más agradable. Como la entrada del camino de hierro está opuesta al Escalda, no había podido ver las orillas de este río. La visita que he traído para Mr. Jacques Virbiest me es de mucha utilidad, y encuentro en él un joven excelente que me

agasaja con el calor que en España solemos emplear con los forasteros. Esta mañana ha venido á buscarme temprano, y me ha llevado al muelle y á los *bassins* famosos que Napoleón había hecho construir en esta ciudad, objeto de su más viva predilección. La vista del río, sobre todo en la marea alta, es muy hermosa, tanto por la soberbia tabla de agua que presenta, cuanto por los muchísimos barcos que, ora á la vela, ora surtos, la pueblan y animan. En un vapor destinado á la travesía de una orilla á otra únicamente cruzamos el río, y fuimos á ver los *polders*, término con que en los Países Bajos se designa las tierras rescatadas del poder de las aguas. Como estos campos están más bajos que el río, los holandeses rompieron los diques en 1831, y los inundaron de manera que sus lanchas cañoneras vogaban por encima. La ciudad se ve desde allí en su mayor extensión, y la torre de la catedral, que de puro labrada y primorosa hacía decir al emperador Carlos V que merecía tener una caja, señorea todo aquel conjunto de casas de forma verdaderamente gótica que se apiñan en derredor suyo. Aunque el terreno es bajo no por eso deja de disfrutarse bien esta perspectiva. Un poco más abajo de donde nosotros estábamos, echó el duque de Parma su famoso puente, que tanto contribuyó á la rendición de la plaza, á pesar de su hábil y obstinada defensa. Por todas partes recuerdos gloriosos y resplandecientes como el sol, pero que como él, nos hacen encontrar lo presente oscuro y triste cuando de ellos apartamos los ojos. Después de un rato pasamos el río de nuevo, y nos dirigimos á la catedral, pues de cuanto me llama á Amberes, nada excita más vivamente mi curiosidad que los famosos cuadros de Rubéns que la adornan. Realmente, para estudiar á este pintor inmortal, es forzoso venir á Amberes, pues aun la opinión de los que le dicen mal dibujante, tiene que desaparecer aquí. Muchas son las litografías y grabados que he visto del Descendimiento, y su composición me era perfectamente conocida, pero así y todo me ha sorprendido como si lo viera por primera vez, porque no es fácil figurarse

aquel efecto de color, ni aquella pasmosa armonía. La muerte está figurada en el Salvador con una verdad que espanta, pero que nada tiene de repugnante, y la variedad exquisita de actitudes y expresiones solo cabe en un genio tan poderoso. Sin gran temeridad puede decirse que esta es una de las obras de Rubéns hecha con verdadero amor, pues el dibujo deja poquísimo que desear, por lo menos á mis ojos profanos. Las puertas de este cuadro, y sobre todo la hoja que representa la Presentación, son de un gran esmero, y están muy acabadas. En el lado opuesto hay otro cuadro en su verdadero estilo, que representa la crucifixión, pintado con singular audacia y de una composición tal que por sí sola bastaría á calificar su invención y grandes cualidades. Las posturas de los sayones que levantan la cruz, despliegan tanta variedad como valentía, y los grupos que de las hojas del cuadro miran la escena, se ligan estrechamente á ella. Para que todo sea completo, hasta un perro y un caballo que allí se ven, ofrecen una belleza y verdad singulares. Después de estos dos cuadros, el del altar mayor, que representa la Asunción, aparece turbio y opaco. Sir Josué Reynolds en su crítica de estos cuadros, atribuye esto al fondo enteramente azul del presente, y esta explicación me satisface. Así, y tan solo á Rubéns, le era dado caracterizar sus figuras valientemente con semejante circunstancia, en que otro pintor cualquiera se hubiera estrellado. En la catedral, además de esto, hay que observar la nueva sillería del coro, que así en el plan como en la ejecución, puede competir con los mejores restos góticos de este género. En cuanto al dibujo y trabajo de las figuras, como es de presumir, lleva ventaja á todo lo antiguo, de modo que forma uno de los más bellos adornos de la catedral. El nombre del artista autor de esta obra, es Geerts de Lovaina. El templo es magnífico, pero como en la mayor parte de los de Bélgica, el afán de enriquecerlo con mármoles en tiempos posteriores, le ha proporcionado muy buenos remiendos greco-romanos, cosa que, como se podrá concebir, no redundará en beneficio suyo. El mal tiem-

po, que por desgracia continúa todavía, ha hecho diferir las funciones de la Virgen de Agosto, que se celebran con gran pompa y una música escogida. Las iglesias, á cuyos oficios he asistido en Bélgica, todas están bien dotadas respecto á este punto, y las composiciones son de maestros célebres. No subimos hoy á la torre, porque los nublados están tan bajos, que no hubiéramos visto el paisaje. En cambio hemos recorrido los alrededores, que son, como es en general todo el país, un verdadero jardín.

20 *idem.*

Hoy hemos recorrido las iglesias más notables. Difícil es dar cuenta circunstanciada en este diario de cuanto veo, cuando las impresiones se amontonan y confunden. Como quiera, aunque rápida, alguna mención merecen templos como el de Santiago, lleno de mármoles, decoraciones y sepulcros, y magnífico verdaderamente por dentro. El monumento más curioso es el sepulcro de Rubéns, cuya lápida ocupa todo el pavimento de una capilla. Su altar es un cuadro de la familia del pintor, en que bajo el disfraz de la alegoría introdujo á toda su familia, y á sí mismo en figura de San Jorge. En cuanto al colorido, á ninguno de los mejores de Rubéns cede. Realmente no parece sino que un rayo de sol lo ilumina. La iglesia de los dominicos contiene una flagelación de Rubéns, también admirable de veras, pero las espaldas ensangrentadas del Salvador están representadas con sobra de verdad. También hay una crucifixión de Jordaens, y un Cristo con la cruz acuestas, de Van-Dyck. La iglesia de San Andrés tiene un púlpito de los más preciosamente entallados de Flandes, que representa la vocación de San Andrés y San Pedro. La figura del Salvador está llena de gracia y majestad. La de San Agustín encierra el altar mayor de Rubéns, que representa el matrimonio de Santa Catalina. El poder de este cuadro es fascinador de todas veras, y mientras se le mira *no hay*

*modo de igualar ningún otro pintor con Rubéns* (Sir J. R.). El éxtasis de San Agustín, de Van-Dyck, también goza de grande y merecida reputación. La iglesia de San Carlos Borromeo, cuya fachada diseñó Rubéns, y que por dentro estaba enriquecida con sus obras, no tiene en el día más que una pintura moderna de Wapers, si no me engaño, muy bien hecha, sobre todo en su parte inferior. La Virgen que ocupa la superior, y los ángeles, no son tan buenos, ni la gloria que los rodea tiene resplandor ni transparencia.

21 *idem.*

Hoy hemos destinado el día al museo, que es riquísimo, y á la torre de la catedral. Ni aun de paso puedo dar razón alguna del primero, pues no me llegaría el tiempo. Baste decir que allí se vuelve á encontrar Rubéns y Van-Dyck hermosísimos. Del primero hay catorce cuadros, y del segundo seis, todos excelentes. La crucifixión y el Cristo muerto de aquel, ocupan tal vez el primer lugar. De Van-Dyck he visto en grande el hermoso descendimiento que hay en pequeño en el museo de Madrid, y delante del cual me he parado tantas veces. En cuanto á la historia del arte, se encuentran allí páginas preciosas en la galería de pinturas flamencas, italianas y alemanas antiguas que regaló á la ciudad el burgomaestre Van-Ertborn. La torre de la catedral ofrece un horizonte verdaderamente marino, por su extensión é igualdad, con la diferencia que este océano es de verdura y arbolado. A lo lejos, pero muy lejos, se ven las torres de Malinas, de Gante y de Brujas; pero la vista quizá más interesante es la de la ciudad, cuyas casas, á excepción de unas cuantas modernas, son todas de forma gótica. Es una de las fisonomías más individuales que pueden encontrarse en ciudad alguna. El Escalda es cosa de gran belleza, y aun majestad, y los barcos que entraban, aprovechando la marea alta entonces, animaban el cuadro infinito. La ciudadela es una de las cosas más prominentes

que desde allí se divisan, y que más excitan la atención por los recuerdos del sitio de 1832. En cuanto á la torre, en sí misma es de un trabajo exquisito y prolijo, pero de estilo no muy puro en su parte superior, que parece ya del renacimiento. Ahora están restaurando sus barandillas superiores y algunos remates salientes. Se conoce que esta gente sabe dar precio á sus riquezas artísticas, pues las sumas que en semejantes restauraciones se gastan son enormes. ¡Qué diferencia con nuestra cuitada España, donde tan bárbara devastación se ha hecho ó consentido en estas obras!

22 *idem.*

Hoy he visitado la ciudadela, cuyo conserje me ha explicado minuciosamente las operaciones del sitio. Es un hombre muy original, más bajo que alto, colorado, de mirada alegre, con la nariz vinosa y un olor bastante pronunciado de aguardiente. Los detalles que da son curiosos, y aun á profanos como yo dan á conocer la buena disposición del sitio y la noble defensa de los holandeses. La ciudadela es muy fuerte, y sus fosos son anchísimos. Por mi parte, el recuerdo más vivo que en mí despertaron estos sitios, fué el de nuestro malogrado cuanto heroico conde de Campo Alange, que vino á recibir en estos parajes el bautismo de la sangre, como decía en unos fragmentos muy bien sentidos que se publicaron en el *Artista* en 1834. Por la tarde, este buen Mr. Verbiest me ha llevado á una sociedad filarmónica que tiene en un jardín muy lindo de las afueras, y donde he oído tocar piezas escogidas de los mejores autores, y sobre todo trozos de Lucía de Lamermoor, ópera que nunca me ha cansado. Esta sociedad es seriamente del comercio, pero lo bien montada que está, y los vestidos y modales de la concurrencia, especialmente femenina, prueban una cultura que en España no adorna por desgracia á esta clase. Visto ya lo más notable que esto ofrece, mañana salgo para Rotterdam en el vapor *Escalda*, contento de

este país ameno, bien cultivado y fértil en general: aun más contento de sus habitantes, que en lo que he visto me parecen francos y sinceros, pero muy poco satisfecho de su cielo, que solo para despedirme se ha desencapotado un poco.

23 *idem.*—*Rotterdam.*

He traído un día magnífico, y esto, junto con el movimiento agradable del vapor, ha contribuído á hacerme deliciosa esta jornada de once horas. Creía haberme formado una idea de la Holanda, pero he visto cuán equivocado estaba, pues las perspectivas que ofrecen las islas de Zelanda, formadas por el mar á un tiempo y por los brazos del Escalda, del Mosa y del Rhin, son de todo punto extraordinarias. Las tierras están tan bajas, que los arbolados plantados en los diques, en lugar de terminar la perspectiva, como descuellan sobre el fondo del cielo, la aumentan en una proporción increíble. A la legua se conoce que todo este país y esta gente existe de prestado, y de una manera puramente artificial; y esta sensación, nueva para nosotros, introduce en el ánimo un no sé qué de desasosiego, como cuando nos hallamos en un sitio escarpado y expuestos á un viento muy recio. Por lo demás, los panoramas que he visto desarrollarse sucesivamente, han tenido para mí un particular encanto. Todos los términos de tierra que veíamos, no parecían sino expresamente dispuestos para alargar el paisaje, y las vueltas y revueltas del río y las interminables ramificaciones de aquellas aguas con las islas unas veces arenosas y otras verdes y pobladas de ganado vacuno, contribuían á la variedad. Como el cielo estaba despejado, toda el agua estaba también azul, y los tejados de los pueblos por donde íbamos pasando, tenían un encarnado muy vivo, que decía muy bien con la tinta azul del cielo y el verde de los campos. Encontrábamos numerosos barcos, de comercio unos, y pescadores otros, con hombres, mujeres y niños, casas ambulantes en

fin, amén de otras barquillas y botes en que unos se paseaban y otros cruzaban aceleradamente el río. Las arboledas alineadas de los muelles, vistas de lejos, recordaban aquellas columnatas que quedan aún en pie en las antiguas ciudades desiertas en medio de sus ruinas. También encontrábamos muchos vapores, que pasaban velozmente, dejando en el aire un rastro muy largo de humo. Así desfilaron por delante de la muy fuerte plaza de Bergen op Zoom, y más abajo dejamos á la izquierda la linda población de Tholen, y á la derecha Schouwen y su puerto Zierikzée, famoso para siempre, y sobre todo á nuestros ojos, por la marcha de los españoles bajo el mando de Requesens en 1575, cuando vadearon el canal de Keeten por un vado de seis millas de largo, con el agua por el cuello y expuestos al fuego de una flota de lanchas zelandesas que los aniquilaban, y de hecho les cortaron la retaguardia. Todo esto no impidió, sin embargo, que tomasen posesión de la isla, y después de Zierikzée. Por todas partes el eco de nuestras glorias, pero ¡cuán semejantes á los que despierta la planta del caminante en las ruinas de los antiguos palacios y castillos! Poco después pasamos por delante de Dort, y por fin llegamos á Rotterdam, que no ofrece cosa particular, exceptuando su fisonomía, verdaderamente holandesa, sus infinitos canales, sus innumerables barcos, su gran comercio y su prolijo aseo. De esto debe exceptuarse, sin embargo, la estatua de Erasmo, gran amigo y compañero de Luis Vives, los monumentos de los almirantes de Wit y Cortenaer, y el vicealmirante van Brakel, que están en la catedral, su famoso órgano y algunos preciosos detalles arquitectónicos, en fin, de la catedral misma.

#### 24.—*El Haya.*

He venido por la diligencia, rodando por caminos de ladrillo y por praderas verdes como una esmeralda, y con canales siempre á la vista. Si el tiempo hubiera estado

claro nada faltaba al agrado de esta correría; pero desde ayer noche se ha vuelto á encapotar, y amenaza con la interminable lluvia que tanto me ha mortificado en mi viaje. A medida que nos acercábamos al Haya, encontrábamos á derecha é izquierda casas de campo muy lindas, con muchas flores y jardines bien cuidados. Los prados estaban llenos de ganado blanco y negro de piel, lo cual formaba agradable vista, y por los canales subían y bajaban muchas barcas, gran parte de ellas cargadas de heno. El día está muy malo, pero comeremos juntos en una fonda donde se reúnen todos los diplomáticos solteros, y luego iremos al teatro. El hotel en que he parado está situado perfectamente cerca del parque, con vistas muy buenas por delante y detrás. El Haya, hasta ahora, me parece ciudad muy linda.

25 *idem.*

Hoy he estado á ver el bosque ó parque, que es magnífico, y su palacio de recreo, que reúne una colección de tapicería chinesca y biombos de madera del mismo género muy buenos, pero que sobresale por un salón donde se ven cuadros de los mejores maestros holandeses y flamencos perfectamente dispuestos para el adorno y visualidad, y en sí de un mérito infinito. De Rubéns Jordaens y Van-Dyck hay cosas que encantan. Es joya de gran precio. La vida en el Haya debe ser triste, ó por lo menos igual, pero el cuerpo diplomático está muy unido y su sociedad es muy agradable. Los dos días que he estado aquí he comido con ellos, y ayer después de comer fuímos á Scheveningen, á la orilla del mar, donde está el hotel de los baños. En el salón había música y gente, como domingo que era, y en la concurrencia se notaba grande variedad. Por mi parte, la mayor diversión fué ver el mar, que venía á estrellarse con bastante violencia en las dunas ó montañas de arenas cubiertas de unas yerbas y matorrales lacios y descoloridos como propios de ellas. La playa presentaba á lo lejos el

mismo desolado y estéril aspecto que pocos días antes había observado en Ostende, aunque el oscurecer de este día, algo más sereno y sosegado que el resto, nada tenía que ver con la turbia y lluviosa mañana, y con las verdosas y embravecidas olas que azotaban aquellas murallas. Cada día me inspira más amor este elemento, y si viviera en puerto, su orilla sería mi paseo favorito.

26 *idem.*

Hoy he recorrido lo más notable que ofrece la ciudad, y entre lo cual descuellan el museo y la galería real de pinturas. En el primero hay cuadros de gran mérito, y la colección histórica, muy completa sin duda y de gran valor, y la colección china y japonesa, no menos interesante, con detalles los más minuciosos de la vida pública y privada de aquellos pueblos. Entre los cuadros hay gran riqueza, pero lo que llama la atención más que todo quizá, son el novillo famoso de Paul Potter, cosa la mejor que hasta ahora he visto, y una disección de Rembrandt, en que todas las figuras están tan llenas de vida, que hacen olvidar lo desagradable del asunto, atenuado en verdad por otra parte. Como quiera, la galería del Rey es bastante mejor y más completa sobre todo, quizá por la curiosa colección de dibujos originales de los primeros pintores italianos, y que pertenecieron al célebre pintor inglés Lawrence. De Rafael, Vinci, Ticiano, Salvator Rosa y otros muchos, hay obras de gran precio, y hasta de nuestra escuela tiene dos excelentes de Velázquez, una Concepción de Murillo, y un apostolado del Españoleto, que por cierto desempeñan lucidamente su papel. De la escuela nacional, excusado es decir que hay muchas y buenas obras. Como el difunto rey era tan apasionado á las artes, de los pintores modernos se encuentran también muestras muy preciosas, en muchas de las cuales he distinguido el sello de otros cuadros también preciosos, que vi en la exposición de Am-

beres. Este gabinete hace mucho honor á su dueño. Acabada ya mi visita, salgo mañana para Amsterdam, por el camino de hierro, muy satisfecho de los agasajos del Ministro de España, Bazo, y del secretario Lozano, que no me han dejado comer en mi casa ningún día de los que aquí me he detenido, y me han tratado en todo como cumplidos caballeros y compañeros excelentes.

27 *idem.*—*Amsterdam.*

El camino de hierro del Haya aquí es muy bueno, y se anda mucho, pero el paisaje poco más ó menos es el mismo que en el resto de la Holanda meridional; praderas extensas, multiplicados canales, grandes masas de arbolado, y de cuándo en cuándo casas de campo muy lindas, con tal cual campanario, única cosa que altera la monotonía de aquel verde horizonte. No me detuve en Leiden, porque cerrada la universidad le falta su mayor atractivo, pero sí en Haarlem, donde vi interminables jardines con flores hermosísimas. Haarlem es la patria por excelencia de los tulipanes, que sacan de juicio á estos sedudos holandeses, pero en el día se ha calmado la furia, y ya no es tan fácil encontrar quien dé mil florines por una cebolla. Las iglesias no ofrecen nada notable, como no sea su famoso órgano, cuyas armonías no es posible oír sin pagar algunos duros por hora, cosa buena para oídos de ingleses ricos. Las cercanías son muy lindas, y el palacio que fué de Luis Bonaparte, y no pude ver por lo temprano de la hora, me pareció notable, aunque no sea más que por el parque poblado de gamos que tiene delante. Una colección de cuadros particular, que ponderan mucho, tampoco pude ver por esta razón. El camino de hierro hasta este punto tiene á un lado el Y ó Ey y al otro el lago de Haarlem, de extraordinaria extensión entrambos, de manera que el carruaje más parece navegar que andar. En realidad es muy dudoso si la Holanda pertenece al agua

ó á la tierra. La prueba más evidente de ello es este pueblo, que por sus puentes y canales ha merecido el dictado de Venecia del Norte, aunque sin duda su construcción debe suponer más atrevimiento, porque la ciudad entera está fundada sobre pies derechos, y rodeada de tal suerte de agua y defendida tan artificialmente que el inundarla sería cosa de pocos minutos. Ha estado amenazada no hace veinte años de grandes riesgos, y esto ha obligado á nuevas obras, cuyos gastos asustan, pero en cambio el laberinto de sus canales, los raros paisajes y avenidas que ofrecen, la infinidad de barcos que descargan sus géneros, la multitud de gentes que hierven por las calles y el tráfago de tan grande población, alegran el ánimo, sobre todo si el tiempo está claro, como por fin se presenta. He visto la catedral protestante, que nada absolutamente contiene de particular, sino los monumentos de varios admirantes y personajes de Holanda, y un púlpito preciosamente labrado. Mal podríamos avenirnos en España con semejante desnudez y pobreza. El antiguo *Hôtel de Ville*, palacio del rey ahora, es otra cosa bien diferente. Todo en él es noble y severo: los relieves, de alusiones vivas á su antiguo destino de hôtel de ville y tribunal de comercio, muy bien entendidos, y varias de sus pinturas exquisitas. Como quiera, lo que hay seguramente de más notable, es el gran salón de respeto, destinado ahora á los bailes de la corte, y en otro tiempo sin duda á las solemnidades municipales y fiestas republicanas de este país. Es mayor y más severo que el de Embajadores de Madrid, y la descomunal altura de su techo le da la apariencia de una verdadera iglesia. Las paredes son de mármol hasta cierta altura, y nada se escaseó, por lo visto, para tan soberbio monumento. Dicen que la mayor parte se hizo con el dinero de unos galeones nuestros apresados cuando volvían de América, pero después del tiempo que ha pasado, bien puede decirse que algún buen genio lo destinó á esta obra en lugar de llevarlo al triste sumidero de la corte de Felipe IV. El gran reloj, y el carillón ú órgano de campanas, está en una especie de

campanario que corona una de las fachadas del edificio, y la vista que desde allí se disfruta de un gran número de poblaciones distantes, y sobre todo de aquella soberbia ciudad, que bulle debajo con sus infinitos barcos, carruajes y gentes, alterando unos el espejo de las aguas é hirviendo otros por las calles, no puede ser más sorprendente. A cada instante me va gustando más, y siento mucho que la prisa de mi viaje sea tan grande. Por la tarde el encargado del consulado de España, Van-Osteezee, ha venido á buscarme, y hemos dado un paseo muy agradable por diques y arbolados. El día ha estado claro, y el viento más frío que otra cosa. Yo voy vestido de paño, y sin embargo hube de acudir al gabán.

28 *idem.*

He pasado la mañana en ver el famoso astillero, que tanto nombre tiene, sobre todo en la historia, y que me ha parecido montado en un excelente pie, aunque de esta materia ni poco ni mucho se me alcanza. He visto el casco todavía no concluído de un navío de noventa cañones, hermosa mole. El estar poco menos que en esqueleto le daba un aspecto nuevo á mis ojos. Los talleres son muy desahogados y abrigados, como requiere este clima rigoroso. De allí me fuí al museo, que merece de seguro todas las ponderaciones que de él hacen, porque aunque está ceñido casi exclusivamente á la escuela del país, contiene joyas de inestimable valor. Sobre todo, la *Ronda de Noche*, impropriamente llamada, de Rembrandt, y un comité de los empleados de la ciudad en celebración de la paz de Westfalia, junto con una caza de osos de Paul Potter, son cosas que los ojos no se cansan de ver. Paisajes y marinas hay también en gran número y excelentes. Entre las pocas pinturas extranjeras, hay una Anunciación de Murillo, repetición de una pequeña que existe en el museo de Madrid, con todo el sello de aquel hombre divino. Si es copia, lo que no creo, está hecha de mano maestra. Por la tarde he

visitado el *jardín zoológico*, hecho y sostenido, según creo, por una sociedad, y que en proporción excede al *jardín de plantas* de París en el número de animales, ya que no en la buena distribución y alojamiento. Es cierto que muchos animales son comunes, pero hay otros que no; sobre todo en aves de los trópicos, están muy ricos. Tigres hay varios, y el león que tiene, excede en hermosura á cuantos he visto. Todos están muy domesticados, y el elefante no puede ser más manso y cariñoso para con su guarda. Entre los pájaros raros que vi, fué un pelicano, el primero que encuentro vivo. Finalizada mi visita, mañana me iré á Utrecht por el camino de hierro, para seguir mi viaje á Dusseldorf, no por el Rhin, que hasta Colonia nada vale, según testimonio común, sino por tierra, para poder ver la Gueldre ó el jardín de Holanda, como la llaman por aquí.

### 29.—Utrecht.

Este pueblo no tiene nada que ver, si no es unos sepulcros de emperadores y obispos que hay en su catedral, desmantelada terriblemente por los iconoclastas, y el panorama que se disfruta desde su torre, más extenso quizá que ninguno otro de los de Holanda. Tiene 600 escalones. En esta ciudad nació el papa Adriano VI, que fué maestro de Carlos V, y en verdad que no anduvo muy acertado en el negocio de las comunidades de Castilla. Su casa se conserva con su retrato é inscripción en la fachada, más dichosa en esto que la otra donde se firmó aquel tratado en que lo perdido de hecho por nuestras faltas quedó perdido de derecho por firme convenio. El sitio de la casa lo ocupa ahora un cuartel. Los paseos son muy agradables, y el que he dado esta tarde por la orilla de uno de los canales absolutamente solo, me ha complacido sobre manera. Nunca he visto cuadros de tanta calma y sosiego, porque el viento se había echado enteramente, los árboles no se movían ni poco ni mucho, el canal estaba como de una pieza. Hasta

de los ganados que pacían por las praderas, la mayor parte rumiaban echados, de modo que todo ello se ligaba muy bien con lo llano del terreno y lo uniforme del horizonte, solo modificado por las arboledas más ó menos distantes, y por la torre de la catedral, que como emblema de su objeto se elevaba atrevidamente hacia el cielo. En todas partes hacen gran papel las torres de las iglesias, pero en este país el alma las necesita absolutamente, no habiendo montañas solitarias en que posar sus vuelos. La armonía de su órgano de campanas tenía un atractivo particular en medio de aquellos campos silenciosos que comenzaban á desaparecer bajo los velos del crepúsculo. Al volver á mi posada me perdí, y preguntándole las señas á un holandés del pueblo, que no sabía francés pero conocía el hotel cuyo nombre me oía, he encontrado un hombre de tan buena voluntad, que ha deshecho una gran parte de su camino hasta ponerme á la puerta misma. Entonces, no sabiendo qué decirme, me ha cogido cordialmente la mano con la suya robusta y callosa, y me ha dado un buen apretón, á que yo no he dejado de responder muy agradecido á su sencilla bondad. Mañana salgo para Arnheim, y si se me compone llegaré á Dusseldorf.

### 30.—*Emmerich.*

No se me ha arreglado el llegar á Dusseldorf; pero no me pesa del giro que ha tomado el viaje. He recorrido la distancia de Utrech á Arnheim parte en camino de hierro y parte en diligencia; pero como dentro había estrechuras, preferí venir con el conductor en el pescante, con lo cual he disfrutado á mi gusto del paisaje que para el que sale de Holanda se presenta poco menos que un paraíso. No se sabe el precio que tiene la undulación del terreno, los pinos y robles y abetos, y en particular la corriente de los arroyos y fuentes, para quien no ha visto en muchos días, sino la alineación de los caminos y canales, con sus

simétricas arboledas de chopos y fresnos, y sobre todo aquellas aguas estancadas como si el hielo las hubiese atado. Hermosa y verde es la Holanda, sin duda, pero al cabo el hombre la ha hecho, y claro está que sus obras no pueden ostentar la variedad de la naturaleza. Como quiera, no es solo el contraste lo que favorece á la Gueldre, y sobre todo á Arnheim su capital, con sus cercanías, porque el paisaje, con una cadena de bosques vestidos de pinares á la izquierda, y á la derecha los mismos prados verdes de Holanda con el Rhin por el medio, tiene mucho atractivo y novedad. En realidad el Rhin es un río tan noble y lleno de poesía, que por sí solo embellece la tierra por donde pasa. Arnheim, cabeza de esta provincia, no tiene de particular sino los sepulcros de los duques de Gueldre, enterrados en su catedral, y sobre todo sus cercanías, que estos buenos holandeses ponderan mucho de magníficas y soberbias, aunque no son sino agradables por sus suaves laderas llenas de arbolado y sembradas de casas de campo muy bonitamente situadas. De los antiguos fosos y murallas han hecho paseos muy frondosos y alegres. Llegué antes de las doce de la noche, y á las cuatro me embarqué en uno de los muchos vapores que surcan estas aguas sagradas. A las ocho hemos llegado á este pueblo primero de la Prusia. El Rhin pertenece á Holanda por entero hasta aquí, según lo poco pintoresco de sus orillas, no pocas veces casi encubiertas por los diques, que solo dejan asomar las copas de los árboles, los tejados encarnados de las casas, y las torres de las iglesias. Lo más poético que hemos visto son las agujas y torres de Clèves, que descollaban en la orilla izquierda no muy lejos, con todos sus recuerdos de historia y de caballería. Sin embargo, el viaje es agradable, porque la vasta tabla de agua por donde el barco se desliza, dejando un larguísimo surco, los efectos de la luz en su superficie, los árboles y verdura frondosísima de las orillas, los muchos barcos ya de vapor, ya de vela, que se encuentran, y por último, la comodidad suma de este medio de locomoción, todas son circunstancias de peso para

un español. El día ha estado hermosísimo, y esto ha contribuído infinito á la alegría del pasaje.

31.—*Dusseldorf.*

La aduana de Emmerich ha sido muy cortés y atenta, pues se ha contentado con las declaraciones de los viajeros y con visitar algunos cofres por encima, de modo que muy temprano estábamos despachados; pero había una niebla tan densa, que nos tuvimos que detener dos horas, temeroso el capitán de varar á lo mejor ó de embestir con algún otro barco. Sin embargo, como la niebla duraba, fué forzoso levar el ancla, y salir, aunque con menos velocidad y tocando la campana para avisar. Por fin el sol ha quedado dueño del campo á cosa de las nueve y media, y un viento fresco ha barrido los vapores y descubierto otra vez las orillas un poco más variadas que ayer, aunque monótonas todavía. Hemos pasado por frente de Wesel, una de las plazas más fuertes de Prusia, aunque por el lado del río no lo parece. A la derecha dejamos á Xanten, famosa por sus recuerdos, que suben á la dominación romana, y cuyas torres hacían muy buena figura á lo lejos: y por último, hemos llegado á las siete de la tarde á esta ciudad, que se presenta repentinamente con su puente de barcas de una de las revueltas del río, y sorprende muy agradablemente. A lo que he podido observar, el comercio en estas orillas es muy activo, porque el barco ha sido cargado y descargado varias veces en las diversas paradas. Como el viaje ha durado más, he podido ver los muchos compañeros, que frecuentemente se relevan, y sobre todo las gentes del pueblo, que ocupan la cubierta hacia la proa. Han entrado y salido varias familias con niños muy pequeños; sin embargo, había poco estrépito. Las madres, y aun los padres, atendían con mucha ternura y esmero á sus pequeñuelos, y en el semblante de todas estas gentes se pintaba una paz profunda. Los hombres fuman terriblemente y con un deleite extraño.

Los trajes desairados en hombres y mujeres pero aseados en general, y sobre todo en las segundas. El día se me ha pasado muy agradablemente. Solo un deseo se me ha ocurrido, el mismo que á *Childe Harold*, «que las aguas de este río fuesen las del Leteo» y lavasen mi memoria de ciertos sedimentos acres y amargos. Mañana me detendré hasta por la tarde y seguiré mi viaje á Colonia.

I.º de setiembre.

Dusseldorf es una ciudad muy bonita, por lo menos en su parte nueva, y su jardín, llamado Hofgarten, uno de los más hermosos que he visto, y según dicen, de los mejores también de Alemania. Tiene arbolados frondosos, praderas y estanques, y más variedad de terreno que parece consentir lo llano del país. Una especie de terrado se encuentra con vista sobre el Rhin, que me gustó mucho, y en general se conoce el sumo esmero con que está cuidado. Esto y las obras de su escuela de pintura, aunque muy escasas en número, fueron los mayores atractivos que encontré en mi corta estancia. La exposición, si no estaba ya acabada, como me imagino, ha sido pobrísima este año: pero los tres ó cuatro cuadros que vi, me parecieron muy bien, sobre todo uno histórico, cuyo asunto no pude entender del conserje, buen alemán, que no sabía de francés más que *tableau boan* y otras cosas que corrían parejas con el alemán que conozco. Esta escuela lo pinta todo, hasta las hierbas; pero, sin embargo, atiende más á la unidad y al conjunto que la escuela francesa; y las distancias y ambiente están mejor entendidos. Entre los cuadros había uno de asunto español y reciente; la conducción de un espía cristino al suplicio por una partida de carlistas, cuadro de poca viveza, pero que hace sin duda honor á su autor, por la atención y estudio que descubre, pues el paisaje de arquitectura solamente, los trajes, las fisonomías y todo, son verdaderamente españoles. Solo le falta el soplo de la vida

y de la creación. Lo que me sorprendió, sin embargo, de todas veras, fué el cuadro llamado *Las dos Leonoras de Carl Sohn*, pues difícilmente se puede imaginar cosa más perfecta. Representa al Taso, sentado al pie de una fuente, meditando en su poema, y con la pluma en la mano, y la princesa Leonora con otra joven, observándolo. La fisonomía del poeta es hermosa, su ropaje airosamente dibujado, y su actitud tan noble como natural; pero las dos mujeres lo eclipsan en cierto modo. La primera es de una fisonomía meridional de un moreno claro, rostro ovalado, ojos rasgados, pelo negro y ligeramente rizado, y forma esbelta. En la expresión con que contempla al poeta, hay una mezcla inefable de dolor y de ternura. La otra joven es un tipo del Norte, semblante un poco redondo, ojos azules, color blanco y suavísimas tintas, junto con un pelo rubio muy hermoso. Su expresión es infinitamente más tranquila, aunque levemente conmovida, y como en actitud de llamar la atención de la princesa sobre su situación. A pesar de no haber más que estas tres figuras, el cuadro ofrece un interés vivísimo: ¡tan sabiamente ha combinado el autor su composición, y tanto campo abre á la imaginación la situación de estos tres personajes! En cuanto á lo acabado es tal, que si de repente las tres figuras se volviesen de mármol de Carrara, el mismo Canova no tendría, en mi entender, falta que ponerles. En el paisaje se nota la misma escrupulosidad, y las hojas pudieran contarse una por una: sin embargo, la fantasía no se siente atajada en su vuelo, efecto natural de la soberbia concepción del pintor que, dotando á sus creaciones de tan cumplida belleza, no la hace parecer, sin embargo, sino como un reflejo de otra de un origen más espiritual y noble. No sé si habrá algo de ilusión en esta impresión que me causó, pero en verdad que en lo moderno no he encontrado pintada tan sentida y admirable página de poesía, pero de aquel género de poesía que descuella en el pasaje de Francesca de Rimini. Tanto tiempo gasté en mirarlo y remirarlo, que el buen conserje, á pesar de su pasta alema-

na, me pareció que comenzaba á impacientarse. La colección soberbia en otro tiempo está reducida en el día á muy poco bueno, y del palacio del elector Juan Guillermo, después del bombardeo de los franceses en 1794, no queda más que un ala. No deja de ser extraño, sin embargo, que esta escuela de pintura de que con justicia puede envanecerse la Alemania, haya nacido y crecido justamente después que la antigua galería fué trasladada á Munich. En la iglesia de San Andrés hay otras tres ó cuatro pinturas de artistas de Dusseldorf, del mismo estilo acabado y severo; pero es todo cuanto á los ojos del viajero puede presentarse en esta ciudad, á no observarla en su aspecto comercial, que sin duda es rico y floreciente por su situación á la orilla del Rhin y en su camino de hierro á la industriosa y rica Elberfeld, que le envía sus productos, y facilita la exportación de todos los distritos del ducado de Berg, cuya cabeza es. Con estar unas cuantas horas en el muelle, y ver el cargo y descargo de los infinitos vapores y barcos de vela, se conoce fácilmente.

2 *idem.*—*Aquisgran (Aix-la-Chapelle)*

He recorrido algo de la ciudad, y visto su catedral, que es interesantísima desde el punto de vista de su antigüedad, aunque compuesta de dos partes muy diferentes y mal trabadas entre sí. Hizo la más antigua Carlo Magno, y en ella se enterró su cuerpo. Tenía el mismo plan que el santo sepulcro de Jerusalén, y á su consagración concurrió el Papa León III con 365 arzobispos y obispos; pero los normandos la destruyeron, hasta que en 983 la restauró el emperador Othón, conformándose en parte sin duda con el antiguo plan, y aprovechando quizá los mismos materiales. La moderna, donde está el coro, es de 1353 á 1415. En la primera se ve una gran baldosa de mármol con la simple inscripción «Carolo Magno», por donde se entra al sepulcro de este emperador, ó por mejor decir, donde es-

tuvo enterrado este emperador, pues las vestiduras é insignias que le adornaban están ahora en Viena, y sus restos andan distribuídos en reliquias. Mañana iré á ver estas y lo demás. He visitado el exterior de la *fuenta de Elisa*, uno de los baños, que es muy lindo por su columnata. Los otros baños no dejan de excitar mi curiosidad, y sobre todo la fisonomía de la ciudad en esta temporada con sus casas de juego y extraña vida.

3 *idem.*

Esta mañana he visto las reliquias y joyería, que es cosa preciosa sin duda, sobre todo los camafeos, entre los cuales hay algunos antiquísimos y de gran valor. La parte de orfebrería, como de diferentes tiempos, puede servir eficazmente para la historia de este ramo del arte. Entre las liberalidades de varios príncipes, hay dos de Carlos V y Felipe II, correspondientes sin duda á la clase de los donatarios. La mayor parte de estas reliquias pueden ser auténticas, pues su antigüedad es remotísima, y Haarón, rey de Persia y el patriarca de Jerusalén hicieron presente de ellas á Carlo Magno, que hasta la hora de su muerte trajo algunas encima. Como quiera, el trono ó sillón de este emperador, algunos huesos suyos que se conservan, su cuerno de caza formado de un colmillo de elefante, y sobre todo su cráneo, son objetos que excitan vivamente la curiosidad. Yo he tocado con gusto aquella calavera dentro de la cual tanta grandeza y genio se albergaron. También he visto la silla en que le encontró sentado el emperador Othón, cuando bajó á su sepulcro en 997. Es un asiento de mármol blanco, muy semejante á otros de madera que he visto en algunos conventos antiguos de España. Durante su coronación, estuvo cubierta la lámina de oro, que todavía se conserva entre las reliquias. Las 32 columnas de porfido y piedra berroqueña que Carlo Magno trajo del palacio del Exarcado de Rávena y aun de Oriente, están colocadas de nuevo en sus pedestales, después de haberlas

llevado los franceses á París en las guerras de la revolución. De la catedral me fuí á una altura que llaman Lousberg, desde donde se domina todo el panorama de Aquisgran y sus alrededores. La ciudad está situada en una cuenca llena de verdura y arbolado, como también de accidentes graciosísimos, entre los cuales figuran infinitas casas de campo y fábricas de los alrededores. La eminencia en sí misma es un paseo muy lindo lleno de árboles silvestres, y si hubiese un río, aunque fuese pequeño, que corriera por el fondo de aquel *bassin*, poco dejaría que desear. No es paisaje imponente, pero sí de los que se pegan al alma por lo suave y perfectamente graduado. La concurrencia es grande en todas las horas del día, y lucida en general. En suma, es un sitio de grandísimo recreo, y que nadie que pase por aquella ciudad debe dejar de ver. Por la tarde, el Coronel Shepler, antiguo ministro prusiano en España, á quien he venido recomendado, y sujeto apreciable en verdad, ha venido á buscarme, y hemos visto juntos el baño del emperador, encerrado otro tiempo en el inmenso palacio de Carlo Magno, y tan grande entonces, que el emperador y muchos señores de su corte nadaban en él. El agua es de una temperatura altísima, y con un olor de azufre muy pronunciado. Los establecimientos de esta clase, como todos los públicos en este país, están perfectamente montados. El Hôtel de Ville y las demás iglesias, tienen poco que notar, si se exceptúan en el primero algunas pinturas modernas recomendables, principalmente de la escuela de Dusseldorf, su antigüedad picaramente disfrazada, y los recuerdos que despiertan los congresos habidos en él en 1668, 1748 y 1818: y en las segundas tres cuadros de la crucifixión que se encuentran en San Nicolás, y un buen descendimiento de G. Honthorst en la de San Miguel. Por la noche tuvo este buen señor la complacencia de llevarme á ver el Reducto ó casa de juego. Son piezas muy buenas, y el gran salón merecía por cierto mejor objeto. La concurrencia muy lucida; muchas damas y algunas jóvenes lindas; se atravesaban

cortas cantidades, y desde el punto de vista filosófico no dejaba de dar margen á reflexiones semejante espectáculo en la antigua ciudad de Carlo Magno. Visto todo esto, y cumplido el objeto particular que aquí me traía, mañana me volveré á Colonia, muy agradecido á las bondades de este Sr. Shepler, y á las de su señora, que es española y como tal me ha recibido.

#### *Colonia 4.*

El camino de hierro de Aix es el más extraño y pintoresco en su género que hasta ahora he visto, pues aunque no ofrece puntos de vista tan soberbios como el de París á Rouen; sin embargo, como una gran parte discurre por entre bosques y pinares con un sello de antigüedad muy grande, la soledad y agreste carácter del paisaje son muy agradables. Por el camino se encuentran á derecha é izquierda aldeas y castillos, entre las cuales se ve aquel en que murió Fastrada la mujer de Carlo Magno, que de pesadumbre abandonó entonces los negocios del estado, y solo pensaba en llorarla, hasta que según la leyenda, el arzobispo Turpín, aprovechando una buena ocasión, arrancó el anillo nupcial, que estaba encantado, del dedo de la difunta reina, y arrojándolo en un lago que rodeaba el castillo, se deshizo el maleficio. Otros castillos se encuentran también ligados á épocas notables en la historia, y aun al que no goce mucho con estas cosas y con las escenas agradables de la naturaleza, no le faltarán impresiones de su gusto con las muchas chimeneas de vapor que verá á derecha é izquierda, testimonio del gran desarrollo comercial de este país. La vista de Colonia desde la estación de Mungersdorf, que por la curva del camino se disfruta, es muy buena con tantas torres como se ven descollar, pero prefiero la del Rhin. Después de llegar, como era natural, mi primera diligencia fué ir á ver la catedral, que salvo algún impensado accidente, no desespere de ver acabada en mis días, y

que por sí sola merecerá un viaje. Lo único que hay concluído es el abside, pero basta para formar idea del conjunto, si idea exacta puede formarse de un monumento que tantas sensaciones despierta, y que en cierto modo confunde la imaginación. Riqueza y sencillez, fragilidad y firmeza, gallardía y solidez, armonía y variedad, audacia y reposo, todo lo he encontrado justo en las imponderables líneas y proporciones de esta estructura, aunque tenía que construirla en mi imaginación, cosa no fácil á quien no comprende este noble arte sino en sus ideas de concierto y belleza estética. La obra va conducida con una perfección y esmero que asombra, y en nada desdice ni se aparta de su primitivo plan. La he visto por dentro y por fuera, y no me canso de mirarla. Celebraban la misa mayor, y las voces del coro y los acentos del órgano sobre todo vibraban de una manera particular, no solo en los oídos, sino en el corazón. El abside con sus hermosas vidrieras rasgadas numerosas y de colores vivísimos, inundada en una luz á un tiempo rojiza y dorada. y por mejor decir, teñida de mil matices, era una verdadera ilusión de gloria. Los capiteles de las columnas góticas ceñidos de hojas de oro sobre fondo encarnado, las estatuas coloreadas de los apóstoles y de la Virgen con Jesucristo que adornan la nave principal, algunos frescos de muy enérgico colorido, y el fondo también encendido de la tapicería principal del coro contribuían poderosamente á la ilusión, no menos que los muchos sepulcros de mármol blanco de los obispos, símbolos elocuentes de la muerte por su palidez en medio de tan espléndidos matices. Por fuera no hay medio apenas de mirar esta parte sin que la extraña combinación de los estribos no ofrezca alguna nueva perspectiva y peregrino escorzo, y sin ver al través el fondo del cielo que, cuando como hoy está puro y trasparente, realza el carácter verdaderamente aéreo de la arquitectura. Hasta en el tráfago y martilleo de los obreros y en el murmullo y en el ir y venir de tantos forasteros, la imaginación, poseída únicamente de aquel objeto, no veía sino concordancia con él. En esto puede

haber mucho de ilusión, pero no es menos cierto. Cuando esté concluída esta catedral, desearé infinito compararla con San Pedro de Roma.

Desde allí me fuí á ver el Museo, que vale poco en general, si se exceptúan ciertos cuadros antiguos, entre los cuales se notan el Juicio Final, de Maese Guillermo de Colonia, y de tiempos más remotos un San Francisco, en el acto de recibir las llagas, pintado por Rubéns, con su maestría y vigor acostumbrados. La luz que rodea al Salvador, y la expresión del Santo son admirables. Entre lo contemporáneo ví los Judíos en Babilonia de Bendemann, de la escuela de Dusseldorf, cosa de aventajado mérito, y que ha contribuído á fortificar el sumo aprecio en que voy teniendo esta escuela. El cuadro se compone de cuatro figuras solamente, sentadas al pie de un árbol, y á la orilla de un río. En el centro está un viejo con cadenas en las manos y un arpa asída, pero reposando en el suelo. Una niña como de catorce á quince años oculta el rostro, ó por mejor decir, inclina la cabeza sobre las rodillas del anciano. A su derecha una mujer con un niño en su regazo, vuelve los ojos llenos de lágrimas á la patria, mientras el niño dobla también melancólicamente la cabeza, y á su izquierda una doncella muy hermosa llora también la patria ausente. El fondo es la ciudad de Babilonia sobre un cielo azul y puro, pero, sin embargo, sin luz ni esmalte. El salmo mismo, que más de mil veces he leído, no me ha enternecido más que esta melancólica y bellísima pintura. Al verla se me vinieron involuntariamente á los labios aquellos versos de la parafraesis de Fray Luis de León:

Cuando presos pasamos  
 Los ríos de Babilonia suspirando,  
 Un rato nos sentamos  
 A descansar llorando,  
 De ti, dulce Sión, nos acordando.

Este es el cuadro: la misma sencillez y la misma profundidad. Otro cuadro de la misma escuela que repre-

senta una ventisca de nieve, es también muy bueno. En el Museo hay entre muchas antigüedades romanas muy curiosas, que se han encontrado aquí, una cabeza de Medusa, griega sin duda, y de gran precio. Para mañana he dejado la visita de las otras iglesias, y esta tarde la he empleado en correr los alrededores y aun la ciudad. Los primeros están ceñidos de árboles alrededor de los fosos, pero no tienen más de particular que algunos fuertes destacados y pintorescos, y los antiguos que se ven en las murallas, mezclados con obras modernas no menos pintorescas. Por la noche ha habido gran concurrencia, músicas, fuegos y cantos en el arrabal de Deutz, al otro lado del río, en celebración del aniversario de la primera piedra puesta por el rey en la nueva obra de la catedral. El edificio pintado estaba iluminado en trasparente, y como todo pasaba á la orilla misma del Rhin, y los fuegos se repetían en sus aguas, era un espectáculo vistoso. El puente de barcas estaba atestado de gente, y los barcos de vapor, que subían y bajaban, contribuían al agrado de la escena. Todo esto, por supuesto, pasaba con el mayor sosiego: solo en los salones de cenar había algo de estrépito, de buena fe é inofensivo se entiende, efecto de las muchas botellas de vino y cerveza que se vaciaban en memoria del fausto suceso.

##### 5 *idem.*

Las demás iglesias de Colonia he visitado hoy; pero no he encontrado cosa muy notable para mí, que con afición marcada á las antigüedades y á la arquitectura (no poseo, sin embargo, una ni otra). Verdad es que después de ver la catedral, poco hay que pueda atraer la atención; ¡tanto se posesiona de la imaginación esta visión espléndida! Sin embargo, en San Pedro algo más hay que arquitectura en su carácter histórico, pues el cuadro del martirio de San Pedro de Rubens, merece mención particular. Este gran genio se había bautizado en aquella iglesia, y

poco antes de morir le dedicó este cuadro, que algunos dudan si está todo él acabado de su mano; duda fundada, según mi humilde entender, no en la falta de dibujo, ó por lo menos de buen gusto en él, que la fogosa imaginación de Rubens más de una vez atropelló por los severos preceptos del arte, sino en que las figuras carecen de aquel vigor y expresión que rara vez dejaban de engalanar sus creaciones. Así y todo, la composición es de tan gran maestro sin duda, por la armonía y perfección de los grupos. De todas maneras este cuadro no realza el nombre de su autor. El Hôtel de Ville es curioso por su gusto italiano en la fachada, aunque el primer piso y la torre de los archivos son de época anterior. Hay muchos recuerdos históricos que se ligan á él, y aunque no fueran sino las diversas juntas de la liga anseática en él celebradas, bastarían para hacerle interesante. En esto participa del carácter general de la población: más bella, sin duda, por su pasado que por su presente, aunque el comercio, que revive extraordinariamente, podría restituirla parte de lo que en otro tiempo le dió.

*Bonn á las diez de la noche.*

El camino de hierro me ha conducido aquí en cuarenta minutos. Lo he preferido al río, cuyas orillas hasta este punto parecen holandesas por su monotonía, y no me pesa, porque así he podido aprovechar un resto de luz para disfrutar el panorama de las siete montañas (Siebengebirge), primera decoración que el variado teatro del Rhin ofrece á los ojos del viajero. La primera impresión no correspondió á mi idea en cuanto á la escala del panorama, que me imaginaba mayor; pero poco á poco vine á participar de la admiración de cuantos ven aquel paisaje mágico con su hermosa gradación de términos, sus castillos arruinados, sus declives de viñedos y sobre todo la soberbia masa del río con vida extraordinaria. Los castillos más visibles eran

el de Drachenfeld y el de Godesberg; pero además se veían otros restos y santuarios en algunas crestas ó valles, amén de varios pueblos. Mañana visitaré lo poco que hay en Bonn, é iré á pasar dos ó tres días á Godesberg, punto más céntrico, y al mismo tiempo más campestre para alguna excursión por las siete montañas. En el camino, pero sobre todo en la perspectiva de las siete montañas he encontrado grandes semejanzas con otras escenas iguales de España, sobre todo en León.

6 *idem.*

Con unos ingleses, que conocí ayer en el camino de hierro, y que me parecen buenas gentes, he visitado la iglesia llamada Minster, muy antigua, de género lombardo, muy aproximado á él, pero ya con algo de la gallardía del gótico, y de todas maneras de unas líneas muy puras y agradables. Su fundación viene de Helena, madre de Constantino, pero sus obras principales parecen del siglo doce y trece. Se ve con gusto, porque su interior ofrece una singular perspectiva. La estatua de la fundadora en bronce es de la época, ó por lo menos del estilo de Luis XIV. La universidad fundada en 1818 por el rey de Prusia, ofrece buenas muestras de la real benevolencia, pues su palacio es el de los antiguos electores de Colonia, edificio vastísimo, y el museo de antigüedades del Rhin, la biblioteca, y sobre todo la sala de grados, son muy buenos. En la última hay frescos de varios discípulos de Cornelio pintados bajo su dirección, que representan las cuatro facultades, filosofía, teología, jurisprudencia y medicina, con los retratos de un sin número de hombres célebres y perfectamente compuestos. Entre los filósofos están los principales poetas; y entre los teólogos protestantes los católicos, si no mezclados, por lo menos presididos por la misma diosa, y en mejor paz que han solido vivir. Entre los retratos están Lutero, Calvino y varios otros de los reformadores. El museo de historia natural y jardín botánico, agregados tam-

bién á la universidad, ocupan el hermoso palacio y jardines de Poppelsdorf, y son muy curiosos y aun espléndidos. Con semejante protección no es extraño que esta universidad haya ganado tanto crédito y lustre entre las listas de sus profesores nombres célebres: Beethoven, el famoso compositor, nació aquí, y su casa se muestra todavía. Bonn es un pueblo agradable por su situación, y donde los aficionados á la ciencia encontrarían pábulo á su inclinación. Es de los que pudieran llamarse simpáticos.

*Godesberg á las diez de la noche.*

El omnibus de Bonn nos ha traído hasta aquí, y ya hemos visitado, los ingleses y yo, la fortaleza arruinada que domina el pueblo, y cuya vista es imponderablemente hermosa, sobre todo cuando el sol se pone, como sucedió hoy. Las siete montañas y Drachenfeld en particular contrastan bastante con las pendientes más suaves de nuestra orilla, y río abajo se veía una gran llanura apenas modificada por esta ó aquella colina, en la cual descollaban Bonn al principio, y Colonia al último con la masa de su catedral muy visible. Los accidentes del paisaje son innumerables, y me obligarían á extenderme más de lo que el tiempo me consiente, aparte de que mañana comenzamos algunas expediciones, y forzosamente hablaré de ello más y con más conocimiento de causa.

*7 idem.*

Ayer fué uno de los días mejor empleados de mi vida. Por la mañana fuimos á Rolandseck, un poco más arriba de Godesberg, y visitamos su arruinado castillo en un picacho que se adelanta hacia el río, y apenas deja paso al camino. La vista desde allí es magnífica, pero lo que más llama la atención es la isla de Nonnenwerth, que se descubre casi

á los pies en mitad del río ocupada por un convento y sus jardines. Las monjas han desaparecido hace pocos años; pero el hotel que ha sustituido al convento tiene idéntica forma, y cada celda forma un cuarto, de manera que la ilusión del paisaje se conserva. Como toda esta tierra está llena de tradiciones, hay una que dice haber sido edificado el castillo por Rolando para ver desde su altura á su prometida esposa, que vivía en el monasterio, y que allí se encerró como un solitario hermitaño varios años. Esto ha inspirado á Schiller su bellísima balada el Caballero de Tottemberg, cuya escena, sin embargo, ha trasladado á Suiza. Como quiera, nosotros bajamos del castillo, y después de cruzar el río en un bote entramos en Nonnemverth, isla preciosa, y que me ha hecho lamentar sinceramente el no tener más días á mi disposición para pasar en ella algunos y en medio de aquel río famosísimo. Después de recorrerla volvimos á nuestro bote, y río abajo, y pasando por bajo de Drachenfeld, en la orilla opuesta, y después de mirar la famosa cueva del dragón, que da nombre á la montaña, muerto á manos de Sigifredo, uno de los héroes de Nibelungen, desembarcamos de nuevo en Koenigswinter para trepar al famoso castillo. La subida, aunque larga, tiene buen camino y está en su mayor parte sombreada por árboles y adornada de los viñedos, que componen una de las *glorias* de este país. El castillo ocupa el pico mismo de la montaña, y á su pie, en una esplanada, se encuentra una regular posada, porque en este país, visitado de todo el mundo, donde quiera que la naturaleza ofrece un atractivo, el hombre ha puesto otro. Este sitio ha sido cantado por lord Byron en su Childe Harold, y esto bastaría á hacerlo célebre; pero sin versos ni poetas sería siempre uno de los sitios más hermosos que la fantasía más rica pudiera imaginar. Está fundado sobre un precipicio tajado, que comienza á la orilla misma del río, y aunque el Rhin desaparece á la izquierda en una de sus revueltas, á la derecha se le ve extenderse por las llanuras de su curso inferior culebreando con indefinible belleza. Los puntos más

salientes de este mirador imponderable son el castillo de Godesberg, Rolandseck y la isla de Nonnenwerth, de cerca: de lejos lo más interesante Bonn y Colonia, cuya catedral se divisaba confusamente. Los pueblos que se descubren infinitos, con tejados encarnados y azules, formando vistosos mosaicos. El Rhin, á los pies, á la espalda los otros picos de las siete montañas, coronados algunos de ermitas, y otros con ruinas de torres; por las costas infinitos viñedos y bosques bien cultivados; en los llanos ondulaciones de terreno muy agradables, los caminos ceñidos de árboles; hasta el cielo mismo sembrado de nubecillas delgadas que templaban de cuando en cuando los ardores del sol, todo contribuía á la belleza de este espectáculo imposible de borrar en la imaginación de quien lo ha visto. En realidad esto pudiera llenar el hueco del deseo más exigente, si en ciertas disposiciones del alma no hubiese algo de enfermo y desasosegado. La compañía que he tenido, tal vez, me ha impedido un poco gozar de el paisaje; pero en el fondo me alegro, porque ha comprimido ciertos malos gérmenes que con la soledad se desarrollan apesar de mis esfuerzos. Comimos en la posada en medio de aquel paraíso, y en seguida, deshaciendo el camino hasta cerca de Kœnniswinter, nos fuimos por entre valles de grandísima frescura á ver las ruinas de la abadía de Heisterbach, famosa por la pureza de su arquitectura. No se conserva sino la abside y el coro, pero el estilo semicircular se ve en toda su perfección y con algo de la audacia gótica. Tan bello es esto, que paga sobradamente el viaje, pues el sitio, y sobre todo en la estación presente, tiene todo el encanto de un apartamiento y soledad profunda en una especie de hondonada ó valle, cuyas laderas no pueden ser más frondosas ni de más suaves caídas, suponiendo siempre la rudeza propia de montañas. Cuando volvimos ya caía la tarde, y atravesamos el Rhin á la dudosa luz del crepúsculo, cuadro admirable por el color un poco encendido y el sosiego del agua, y más que todo, por el Drachenfelds, que pintaba en el fondo su descarnado es-

queleto no lejos de los flexibles chopos de Nonnenwerth y de los arcos vestidos de yedra de Rolandseck. Nuestra lancha era la única que cruzaba la corriente, y surcaba apenas aquel hermoso cristal. Cuando llegamos á casa, ya bien entrada la noche, y aunque no conocíamos bien el camino, el torreón del castillo de Godesberg que descollaba sobre los celajes ya del todo muertos del ocaso nos servía como de faro. En suma, aunque algo cansados, sobre todo la dama, los tres hemos dado el día por completamente aprovechado.

*8 de Idem—Coblentza á las ocho de la noche.*

Los ingleses con quienes he pasado tres días son Mr. Crawford y su esposa. Nos hemos dado nuestras respectivas *addresses*, y si voy á Londres algún día no dejaré de hacerles la visita que les he prometido, porque son gentes muy amables y que me dejan un grató recuerdo. A las doce he salido de Godesberg, y cruzando el río, en Kœnigswinter, he comido en mesa común, en medio de una concurrencia animadísima. El Rhin merecería ser visitado, aunque no fuera sino por el sinnúmero de caras alegres y risueñas que se ven. Lord Byron dice, que son felices como la escena, y es cierto. Los naturales en especial llaman la atención por su buen humor y el gusto con que despachan sus botellas juntando los vasos. A mi lado comían ayer cuatro jóvenes, que podían ser estudiantes, y el más cercano sostuvo conmigo una larga conversación llena de candor y de franqueza. Hablaba francés regularmente, y por ese medio nos entendimos. El vapor llegó á las dos y media, y á los pocos minutos salimos, con un sol que el cielo mismo de España pudiera envidiarnos. Para ayudar mi memoria solamente trazo algunas de las impresiones recibidas en el resto del día, porque para describir cumplidamente las bellezas que como en un panorama encantado se fueron desarrollando hasta llegar aquí, necesitaría más

talento é imaginación que los míos. Al poco tiempo, Dra-chenfelds, Rolandseck y Nonnenwerth desaparecieron en una de las revueltas del río, y pueblos, castillos, iglesias, monasterios, bosques, praderas y viñedos comenzaron á desfilár á nuestros ojos. El cauce del río se estrechaba á veces para ensancharse en seguida, ofreciendo un sitio más risueño y desahogado. Los barcos y botes eran innumerables, y como domingo, las gentes todas iban vestidas de gala. En los valles y embocaduras de los ríos había una frescura que contrastaba con la de las viñas que cubrían las laderas, apenas bastante á vencer la tinta oscura de aquellos peñascos en que el ingenio y perseverancia humana las ha plantado. Aunque el curso del río hasta aquí no serpentea tanto como de Dusseldorf á Colonia, ofrece sin embargo bastantes sesgos para ocultar á la vista y ofrecer en seguida de repente y en grata sorpresa las ruinas, villas y templos de que se envanece. En la orilla izquierda se presenta una masa blanca, que es la del convento de Apollinarisberg, detrás del cual descuella una iglesia gótica edificada hace pocos años por el barón Füstemberg de Stammlilin, según el plano del arquitecto Zwirner, director de la obra de la catedral de Colonia. No es fácil imaginarse el efecto de esta obra en semejante sitio. Tiene cuatro torres, pues aunque solo dos lo son verdaderamente, las otras son dos agujas tan altas y labradas, que de lejos lo parecen. La ábside es más baja, en forma casi octógona, ó por lo menos de varios lados, y trabajada en sus ventanas ricamente. En la fachada que da al río, se ven por encima del convento dos rosetones hermosos, novedad en la arquitectura gótica que hasta ahora he visto por este país. A medida que el vapor pasa esta iglesia se va escorzando de una manera peregrina, y sus torres, que dos ó tres veces se juntan y otras tantas se separan, mezclando y dividiendo sus molduras, y ganando siempre en gentileza y gallardía, son un espectáculo de un encanto particular, sobre todo cuando como hoy descuellan sobre un cielo purísimo y esmaltado. Cuando llega á perderse de vista parece que se

despide uno de un amigo. En la orilla derecha, el palacio solar de la familia Vender Leyen, descuella entre las viñas á cierta distancia del río, pero en agradable situación. En la derecha, más adelante, se ve un palacio compuesto de una antigua torre de vigía y un edificio moderno hecho según dicen á grandísima costa por el profesor Bethman Hollweg de Bonn. La situación es magnífica, pero el palacio, ó por mejor decir castillo, es de poquísimo mérito arquitectónico. Audernach, linda villa de 3.000 habitantes, que se encuentra en la orilla izquierda, ofrece una vista muy agradable, sobre todo por un torreón muy curioso redondo por debajo y octógono por arriba, y por las cuatro torres de su iglesia mayor. Allí las montañas se acercan y estrechan el río formando una especie de pórtico, no tan magnífico ciertamente como el que hacía poco tiempo habíamos dejado compuesto del Rolandseck y la isla de Nonnenwerth, pero muy hermoso sin duda. En Audernach las montañas se alejan, y las orillas mismas del río pierden gran parte de su interés, aunque la vista siempre tiene á un lado y á otro á cierta distancia una cadena de collados. Los pueblos son lindos, principalmente Nemoud, el hijo de la tolerancia, fundado por un príncipe que convidó á establecerse en él á hombres de todas las creencias y religiones, y que desde entonces ha crecido en industria y población extraordinariamente. Weisenthurm es notable, por ser el lugar en que los franceses pasaron el Rhin en 1797, á despecho de la resistencia de los austriacos, en memoria de lo cual el ejército francés levantó un obelisco sencillo, que se ve desde el río, á la memoria del general Hoche, que dió fin á aquella empresa. Es de notar como dato curioso, que César, en su expedición contra los sicambros diez y siete siglos antes, pasó el río por el mismo punto: en seguida, y sobre la margen izquierda, se encuentra el pintoresco pueblo de Engers con su antiguo castillo, y más adelante se ofrece también á la vista un valle de muy lindo aspecto. El río corre de nuevo al pie de una pequeña cordillera sombreada por bellos árboles, lo

cual junto con las dos islas verdes y prolongadas que allí se encuentran da á las cercanías de Coblentza gran atractivo y belleza. La fortaleza de Ehrenbreitstein domina la ciudad, y con razón la apellidan el Gibraltar del Rhin, también se divisa desde allí, con lo cual se completa un hermoso paisaje, sobre todo si como hoy sucedía se ve con las vagas tintas y nebulosidades del crepúsculo. Por fin, en una revuelta del río, como Dusseldorf y Colonia, se presenta la fuerte ciudad de Coblentza, con su puente de barcas, sus murallas y numerosos barcos. Me he alojado en el hotel del Gigante, y desde mi ventana veo correr el río, cuyo nombre en adelante irá siempre junto en mi memoria á ideas de dulzura y de simpatía, y enfrente á Ehrenbreitstein con sus fuertes escalonados y amenazadores. Mañana veré el pueblo, que según creo no tiene gran cosa que ver, si se exceptúan sus fortificaciones.

*Idem 19, á medio día.*

He recorrido la plaza, y realmente poco de notable se encuentra en ella, aunque el palacio moderno de los electores de Tréveris en la ciudad nueva, y la calle que da al Mosela en la antigua, merecen atención cada uno en su género. La iglesia de San Castor está asociada á recuerdos históricos de importancia, pues en ella se repartieron los nietos de Carlo Magno su vasto imperio de Francia, Italia y Alemania. Su fecha es de 836, y este suceso acaeció siete años después. Tiene una buena pintura antigua, atribuída á Guillermo de Colonia, y un hermoso sepulcro; el de Como, arzobispo de Tréveris en el siglo XIV. En la plaza á que da, hay también una fuente levantada por el prefecto francés de este departamento para señalar la invasión de Rusia. Poco tiempo se pasó antes de que los rusos estuviesen en esta plaza en persecución de las despedazadas reliquias de *la grande armée*, y su comandante St. Priest, en lugar de demoler el monumento ó borrar su inscripción,

hizo poner debajo estas palabras que aún se conservan: *approuvé par nous commandant russe de la ville de Coblentz, Janvier 1.<sup>er</sup> 1814*, sarcasmo el más cruel que conozco. Como quiera, todas estas cosas son menos notables que las soberbias fortificaciones, que entre todas forman una especie de campo capaz de contener cien mil hombres, según dicen, y reúnen las ventajas de los dos sistemas de Carnot y Montalambert. De esto se me alcanza poquísimamente, pero sí puedo decir, que los fuertes están preciosamente hechos, y que su situación, además de militar es sumamente pintoresca. Esta mañana di la vuelta á las dos orillas del Mosela, que me agradaron mucho, y luego subí á la altura llamada de la Cartuja por un convento de la orden que allí había, y ha cedido el puesto á otros dos fuertes llamados Alejandro y Constantino. La vista de la ciudad desde allí es deliciosa, y no menos la de su frondoso valle con el Rhin crecido y majestuoso que corre á ocultarse en la garganta de Andernach. La ciudad se presenta muy bien con las torres de sus iglesias y el palacio de los electores que aparece en primer término; pero el rasgo más notable de aquel hermoso cuadro es la ciudadela de Ehrenbreitstein, que lo enseña todo con su soberbia mole de baluartes. Por desgracia, mientras estaba embebecido en contemplar esta escena, una nube que se había ido formando y con mi distracción no había echado de ver, comenzó á desgajarse, y por pronto que corrí á la garita de un centinela, estaba ya como un pollo caído en un pozo. El buen soldado me acogió cordialmente, y cuando al separarnos de di un *tinkgeld* ó *para beber*, como aquí dicen, quedó contento como unas castañuelas. Yo sentí mucho no disfrutar por más tiempo de aquella perspectiva magnífica, pero el agua fría no es grande amiga de mis nervios, y tuve que venir á mudarme. Al llegar aquí, las baterías del río comienzan á disparar cañonazos, y en el desembarcadero veo una porción de banderas que el viento sacude mucho, y entre las cuales descuella la de Prusia. Los saludos son á un barco de vapor de la compañía de Colonia,

el *Konig*, que también trae varias banderas en sus palos, y responde á las salvas con unos pedreros. Los oficiales superiores de la guarnición, de grande uniforme, esperan en el desembarcadero. Cada cañonazo retumba de una manera particular en los peñascos de Erenbreitstein, como si el eco se quebrase en mil pedazos. No sé quién puede venir en este barco, pues está atestado de gentes y mercancías como de ordinario, y hasta coches veo en la cubierta. Es el príncipe real de Prusia que viaja como un simple pasajero en compañía de otras infinitas gentes de diversas clases, primer ejemplo que veo de una persona real al estilo de Enrique IV ó de nuestros reyes católicos. Con mucho gusto lo veo. El toldo del barco me encubre la figura del príncipe, pero veo á dónde se dirigen los saludos de los oficiales que han pasado á bordo. El cumplido ha sido corto, pues los oficiales se vuelven, y el barco, después de haber dejado en tierra gentes y mercancías y tomado otras, sigue su camino á Colonia, despidiéndose con nuevos cañonazos, á que la plaza no responde esta vez. Las banderas ya no tremolan en sus astas, y todo ha quedado como estaba.

*Id. á las 8 de la noche.*

La tarde se ha empleado en dar la vuelta á parte de la ciudadela de Ehrenbreitstein (porque del lado del Rhin es imposible), y en examinar el exterior de esta tremenda fortaleza á cuya plaza ó campo delantero del lado del Norte he subido con mucha fatiga por senderos muy ásperos y utilizados para abreviar algo el servicio de la guarnición en tiempo de paz. La fortaleza intimida tanto por su situación como por sus murallas, y las innumerables tronearas de sus cañones, y es muy dudoso que á viva fuerza pueda tomarse, aunque por un lado parece más débil y menos redondamente fuerte que Monjuich. Sin embargo, por allí tiene tres líneas de defensas perfectamente ligadas.

Su guarnición puede llegar á catorce mil hombres, y los almacenes contener provisiones para ocho mil durante diez años. La gran plataforma, donde yo llegué y estuve, tiene debajo grandísimos algibes, y cuando ellos no bastasen, dos pozos de cuatrocientos pies, que comunican con el Rhin, bastarían para proveerla de agua, de manera que todos los cabos están atados, y con este fuerte y los demás, Coblentza es una plaza, ó por mejor decir, gran campo fortificado de los mejores que pueden imaginarse. El coste de estas obras se calcula en cien millones de reales, y se conoce que la Prusia ha querido hacer aquí un baluarte inexpugnable para defender esta lejana y aun dislocada frontera, de todo ataque por parte de Francia. En cuanto á la vista es por lo menos tan buena como la de la Cartuja ó fuerte Alejandro, y como el cielo se había serenado, pude ver ponerse el sol en medio de un brillante cortejo de nubes detrás de los collados del Mosela. Coblentza es la ciudad mejor situada que hasta ahora he visto en el Rhin, y tal vez en ninguna otra parte, tanto por la confluencia de los dos ríos y de varios caminos que allí se juntan, como por los accidentes de su terreno, todos diferentes y todos esencialmente pintorescos. Si la suerte me condenase á vivir y morir lejos de los míos; de lo que he visto hasta ahora escogería este pueblo.

*Id. 10 á las 11 de la noche.*

En este mismo instante vuelvo de una expedición que me ha ocupado desde medio día de una manera muy agradable. Por la mañana visité de paso la ciudadela Ehrenbreitstein, cuyas defensas, si terribles son por fuera, no lo parecen menos por dentro. Una gran parte de las obras están acasamatadas, y las baterías y fosos interiores no dejan nada flaco ni desatendido. La vista es la misma que disfruté ayer tarde, aunque desde algunos fuertes destacados se disfruta mejor que desde la plataforma. Como

quiera, siempre se presenta como cosa nueva: tan deliciosamente diversificado está este terreno. Cuando Lord Byron vió esta fortaleza, estaba completamente arruinada; si ahora la viese diferentes serían, sin duda, sus versos. A las once acabé mi visita y salí en un vapor de la compañía de Dusseldorf río abajo hasta Andernach, travesía de menos de una hora, tal es la fuerza de la corriente. En Andernach comí, y á la una y media salí en una carretela de un caballo, con ánimo de visitar la abadía y el lago de Laach. El camino es bastante malo; pero el país, que da á la espalda del Rhin por aquella parte, ofrece analogías tan visibles en las desigualdades del terreno y en el color de la tierra, con varios parajes del Bierzo, que para mí es muy probable que las condiciones geológicas de entrambas son iguales. Mucho siento no poseer conocimientos en estos ramos que me hubiesen hecho sacar más partido de mi viaje. Como quiera, diré, que después de dos horas de caminar, subimos una cuesta, desde cuya cima el lago se presenta á los ojos del viajero. A los pocos pasos la abadía con sus seis torres parece salir del dichoso rincón en que está situada á la vera de bosques frondosísimos y á la orilla de aquella tranquila y fresquísima balsa, que parece servirle de espejo. El terreno por donde se extienden sus aguas, es una hondonada no muy grande, cuya forma se aproxima á la circular, y sus vertientes están vestidas de árboles hasta el borde mismo del agua. Estos bosques, de cuya verdura y lozanía solo he hallado ejemplo en algunos de las montañas del Bierzo, y sobre todo entre Peñalva y Montes cubren completamente la tierra, de manera que solo por aquí ó acullá asoma algún peñasco la cabeza como á hurtadillas. No es fácil figurarse cuánto suavizan y animan aquellas laderas estas verdes espesuras, ni con qué placer se pierde la imaginación en sus abrigos y sombras misteriosas. La abadía, que era de benedictinos, fué secularizada como todas las demás durante la dominación francesa, y últimamente ha venido á parar en granja; pero como la iglesia es una verdadera pre-

ciosidad arquitectónica, el rey de Prusia la ha comprado y ahora mismo se trabaja en ella y la restauran con mucha inteligencia. Es el ejemplar más puro y más completo que he visto del género lombardo, y en acabando su restauración interior formará una página muy interesante en la historia de la arquitectura. No tiene dos crueros como equivocadamente dice la guía de Murray, pero sí dos coros ó semicírculos á semejanza de la iglesia de Peñalva en el Bierzo. Los capiteles están preciosamente labrados con figuras de plantas y animales: el sepulcro de su fundador es una obra delicadísima, y la estatua de madera que había sido trasladada, está otra vez en su sepulcro. Hay además otros monumentos históricos, razón principal que ha movido á este sabio gobierno á comprarla. El claustro, que está á la parte del Norte, de columnas muy pequeñas y arcos diminutos también, aunque sus bóvedas son altas y espaciosas, merece igualmente atención particular. Las torres redondas y labradas en sus cornisas con abundancia de pequeñas columnas, son asimismo dignas de observarse. El conjunto todo es de tan cabal armonía, que la imaginación se trasporta sin esfuerzo alguno á la época en que se fundó de 1093 á 1156. La ruina que vi en Heisterbach en las Siete Montañas, es más gallarda y pintoresca, ó por lo menos atrevida, pero ya degenera de la sencillez lombarda y participa algo de lo apuntado, ó por lo menos parece indicarlo. Por lo demás, la abadía de Laach aventaja á la otra en situación extraordinariamente, porque su lago es sobremanera delicioso, y su apartamiento apacible en sumo grado. Después de visitar la iglesia, me paseé un rato por sus orillas, observando el movimiento de las aguas rizadas por el viento, y el raro mosaico y desvanecimiento de tintas que formaban las diferentes nubes esparcidas de trecho en trecho por el cielo en aquel espejo, que apenas cesaba el viento se unía y resplandecía como verdadero. Traíame todo esto á la memoria el lago de Carucedo y los paseos que he dado por sus orillas, pero por

mucho que me complaciera el que tenía delante, recordaba con gusto el de mi país, mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos, si no tan fresco y apacible. Sin embargo, la calma y atractivo de Laach y su abadía, se pegan extraordinariamente al alma, y para acabar los días de la vida apenas acierta el deseo á pedir más sino la posesión de un terreno y retiro como este. La abadía, aunque convertida en granja de labor, está bien conservada exteriormente, y como complemento del paisaje nada deja que desear. De vuelta me trajo el cochero por las grandes canteras de muelas ó ruedas de molino de Nieder Mendig. Es un artículo de comercio de gran importancia en Andernach, y presentan galerías y ramificaciones muy curiosas, pero no pude detenerme á verlas. La materia es lava, porosa y endurecida, que se cree vomitada por algún volcán antiguo, y que se ha extendido por un espacio de cinco millas de largo y tres de ancho. Hasta Rusia y América van las tales piedras, que á juzgar por los numerosos operarios empleados en sacarlas, deben de tener demanda grandísima. La noche se puso muy oscura y tempestuosa, y el Rhin, sumido en las tinieblas, formaba gran contraste con las luces de los pueblos que encontramos en su orilla y que se pintaban en el agua en largos rastros. Los relámpagos dejaban ver de cuándo en cuándo las colinas lejanas con una tinta lívida, y sobre todo, á medida que nos acercábamos, revestían de una apariencia siniestra las encastilladas rocas de Ehrenbreitstein.

*San Goar á las nueve de la noche.*

Cuatro horas escasas ha empleado el vapor en llegar á este punto, durante las cuales el Rhin ha desplegado una serie de bellezas diferentes de las que lo adornan desde Bonn hasta Coblenza. Apenas se sale de este pueblo, las montañas se acercan hasta no dejar á trozos más espacio que el necesario para la corriente, cuya rapidez crece en pro-

porción: las laderas se empujan más y más, las ruinas de castillos encaramados en las rocas y picachos se multiplican, y la naturaleza entera toma un carácter más silvestre y montaraz. Poco esfuerzo tiene que hacer seguramente la imaginación para trasladarse á los tenebrosos tiempos de la Edad-Media á vista de tantos castillos en las montañas, de tantos pueblos amurallados debajo de ellos, y sobre todo de aquel paisaje áspero y sombrío que tan bien se aviene con las ideas que naturalmente excitan los recuerdos de aquellos días. Bajo este aspecto, el Rhin no sufre competencia de ningún otro río. Siete ú ocho son los castillos que se encuentran en la corta distancia que separa á Coblenza de este pueblo, todos ellos en picos y situaciones ventajosas, pero de adherentes y circunstancias distintas. De ellos los hay muy maltratados: de ellos que se conservan muy bien, ya por modernas restauraciones, ya por haberse librado de destrucciones y trastornos, aunque de esto no hay más ejemplar que el de Marksburg. Este castillo, en efecto, tiene la misma distribución que en los tiempos de su poder, y tan fielmente conserva su fisonomía, que hasta hace pocos años no se ha quitado el aparato de la tortura de un aposento destinado á tan diabólico uso. El color negruzco de la mayor parte, y los extraños resortes con que se dibujan sobre el fondo del cielo los portillos y desgarrones abiertos por la mano del tiempo, contribuyen poderosamente á la solemnidad del espectáculo, y tal es la disposición en que están colocados, que si de intento se hubieran edificado para enriquecer el hermoso panorama que ofrece el curso del río por estas angostas hoces, difícilmente hubieran sido distribuídos con más acierto. La mayor parte ocupan páginas más ó menos brillantes en la historia: el pueblo, por su parte, los ha engalanado, ó por mejor decir oscurecido, con mil géneros de tradiciones; y el viajero que los ve al través de semejante prisma fascinador, parece esforzarse por distinguir todavía la bandera feudal en la torre del homenaje, y el casco del centinela entre las almenas. Vistos de noche á la luz

de la luna, deben producir una fascinación singular y completa, y no es extraño que sus medrosas historias hieran tan vivamente la imaginación un poco soñadora de suyo de estos buenos alemanes. Las viñas plantadas en escalones y en las grietas mismas de los peñascales, no dejan de acompañar un momento el curso del río, como si con sus suaves y flexibles pámpanos intentasen templar lo despeñado de sus derrumbaderos, la dureza de sus matorrales y el temeroso aspecto de sus desmoronados baluartes. En un paraje da el río una vuelta tan grande, que terminado el horizonte por montañas, donde quiera que se mire, figuraría un lago, si no fuera por la rapidez de la corriente. Al llegar á este punto, los fuertes se multiplican, y en menos de un tiro de cañón se encuentran las ruinas del castillo de Thurnberg, llamado *el ratón*, y las de otro castillo llamado *el gato*, lo cual explica su hostilidad natural durante mucho tiempo, aunque sus papeles estuvieron casi siempre trocados; en la orilla derecha y en la opuesta, las vastas ruinas del castillo de Rheinfels, famoso en la historia por haber dado lugar con las rapiñas de sus dueños á la liga de las ciudades alemanas y del Rhin, que acabó al fin con casi todas estas madrigueras de bandidos; convertido después por el Landgrave de Hesse en una fortaleza moderna, que se burló de todo el poder de Luis XIV en 1692, y que en 1794 fué cobardemente entregada á los franceses, que la volaron é inutilizaron. Estos tres fuertes, y varias perspectivas agradables de los alrededores, convierten á San Goar en un punto propio para detenerse 24 horas. En el barco de vapor me he encontrado con los mismos ingleses que dejé en Godesberg, cosa que no esperaba, y como ya conocidos hemos subido juntos á Rheinfels, desde donde se goza una vista deliciosa con el gato y el ratón por delante, el río á los pies, y á la espalda un valle angosto pero lindo con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadán en el Bierzo. Mañana continuaremos nuestra correría. Mientras estaba escribiendo las anteriores líneas, han tocado diversas veces una cor-

neta y disparado algunos escopetazos para despertar los ecos de las peñas del otro lado del río, y su variedad me ha tenido muy entretenido, pues repetían los sonidos más de una vez con más sonoridad y de una manera muy clara. De la corneta devolvían distintamente seis ó siete puntos, y como el silencio de la noche era absoluto, producía un singular efecto. En esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con cosas peregrinas.

*Bingen 12 de Setiembre, á las nueve de la noche.*

Antes de salir de San Goar esta mañana, fuimos á recorrer un valle que llaman el *Valle suizo*, y comienza en el castillo del *Gato*. Es lindo, pero nada de nuevo me ha ofrecido ni aun iguala á muchos de los que he visto en la provincia de León. Lo que lo anima mucho son varios molinos y tenerías que se encuentran por él adelante. Sin embargo, las ruinas de un castillo que se encuentran un poco á lo lejos á su izquierda, bastarían para dar por bien empleado el trabajo de subirlo, aunque él no fuera de suyo tan fresco y frondoso. Afortunadamente todavía se conservan en pie dos aposentos con columnas moriscas unas sobre otras y de atrevida ejecución é idea, y esta circunstancia en Alemania no deja de ser curiosa, sobre todo á principios del siglo XIV (1319), en que la arquitectura gótica florecía con tanto brío por todas partes. Tantas son las ruinas de este género que por España se encuentran y tan escasas andan por este país, que al ver aquellas columnas he creído encontrar un recuerdo de mi patria. Después de haber disfrutado de las vistas que ofrece su torre de atalaya, volvimos á las orillas del Rhin por otro valle profundísimo y tan cubierto de árboles que el sol sólo de cuándo en cuándo se ve. A la salida se ensancha un poco, y las ruinas extensas de Rheinfels se presentan en un hermoso panorama mucho mejor que desde el río. Este valle, llamado Patersberg, también está ocupado por molinos y tenerías, y un

cementerio que se encuentra al fin lleno de cruces funerarias y túmulos rústicos aumenta su variedad con un género de agrado especial. De nuevo cruzamos el Rhin (pues estas cosas todas se encuentran en la orilla opuesta de San Goar), y después de haber comido salimos á la una en un vapor de la Sociedad de Colonia, con una tarde un poco toldada, pero muy hermosa. Apenas el vapor había andado unas cuantas varas, cuando nos encontramos una de las numerosas y grandísimas balsas que bajan por el Rhin formadas de troncos de árboles escuadrados y destinados á venderse como madera. No hace mucho tiempo que bajaban algunas de 900 pies de largo y ancho en proporción, pero en el día no exceden de 600 á 700 de longitud y de 250 de latitud. Para gobernar y dirigir esta inmensa mole de madera, se necesitan muchas gentes, así es que en realidad forma una especie de caserío flotante con barracas de tablas y una población de hombres, mujeres y aun niños. Justamente, cuando nosotros la encontramos acababa de pasar las ollas ó remolinos de Gwirr, paso de gran peligro para ellas, y arrastrada por la corriente, que allí es muy rápida, bajaba con una velocidad que parecía incompatible con su mole. Para manejarlas se necesita gran práctica y tino, y los gastos que ocasionan son extraordinarios. En seguida pasamos por enfrente de los peñascos de Surleiberg, donde dicen que el eco resuena 15 veces, y donde hay un hombre en la orilla derecha encargado por las Compañías de navegación de despertarlo con tiros de pistola y trabuco y con una corneta. Por desgracia el ruido de las ruedas impide oírlo distintamente. Las escenas del Rhin desde San Goar se parecen mucho á las que comienzan en Coblentza por su magnificencia agreste, áspera y breñosa, pero los castillos son más numerosos, y aun puede decirse más pintorescos. Varias de las iglesias que se ven por las orillas son también de gran belleza arquitectónica, y sobre todo la ruina de una capilla destruída durante la guerra de treinta años, es cosa verdaderamente aérea de puro esbelta y delicada. Los recuerdos son también abundantes y entre

ellos encontré uno eminentemente español en Gutenfels, castillo arruinado, desde donde el Gran Gustavo Adolfo combatió reciamente á los españoles que ocupaban el otro lado, sin poder pasar el río á vista del vigilante Espinola. En este mismo lugar se ofreció el Rhin por primera vez á los ojos de los prusianos después de haber batido á Napoleón y libertado á su país: escena que debió tener mucho de poética cuando aquellos bravos guerreros se arrodillaron gritando con un espontáneo impulso *¡el Rhin, el Rhin!*

Las tradiciones abundan también en todo este trozo del río. Tan pronto es la ondina, que canta para embebercer al navegante y hundirlo en remolino de Gwirr; tan pronto las siete hermosas doncellas convertidas en otras tantas peñas en castigo de su fría insensibilidad; tan pronto, en fin, aquel obispo comido por un ejército de ratones por haber quemado una porción de pobres que le pedían pan en un año de hambre; tradición que Southey ha escrito en muy buenos versos. En el medio del río se encuentra una especie de castillo, muy raro, fundado en la peña, que parece una iglesia, aunque no era sino uno de los muchos puntos destinados á cobrar contribuciones en los siglos medios á cuantos pasaban por el río. La mayor parte de los torreonnes y fortalezas que se encuentran en este camino, fueron desmanteladas por orden de la Confederación germánica durante el imperio de Rodolfo II, como guaridas de bandoleros; sentencia justa, porque en realidad sus dueños no eran otra cosa. Una de estas ruinas ha sido restituída en lo posible á su primitivo estado, aunque con propósito bien distinto por el príncipe Federico de Prusia, que la destina á palacio de verano. Es cosa que roba los ojos, pues las obras están dirigidas con un acierto tal, que el carácter antiguo está perfectamente conservado, y al mismo tiempo se conoce algo del primor moderno en ventanas y algunas escaleras y remates exteriores. Mañana iré á verlo por dentro, y hablaré de él. Antes de llegar aquí, las ruinas se multiplican, y el río corre tumultuosamente á causa de los muchos peñascos de su madre, todo lo cual contribuye á la

armonía de este panorama, principal y más admirable cualidad de cuantas le adornan, y que ni un punto le abandona desde Bonn hasta aquí; punto en que sus verdaderas bellezas pueden darse por concluídas. Este pueblo tiene alrededores magníficos, y para recorrerlos y despedirme del Rhin en su más hermoso teatro, me detendré mañana y aun pasado, tal vez. La descripción del Rhin que ha hecho Byron en *Childe Harold*, no sólo es hermosa como poesía, sino de extraordinaria exactitud. En realidad en este inmenso cuadro, que á pesar de sus proporciones no pierde, sin embargo, su unidad, el pintor debe ser sobrio, porque sus rasgos naturales valen más que la más fecunda imaginación.

*Wiesbaden, Setiembre 14 por la noche.*

Son tantas las cosas que hoy he visto y las impresiones que me han ocasionado tan vivas, que no sé si mi relato será fiel y completo. Por la mañana á las ocho salimos en una lancha, y río abajo llegamos en poco más de un cuarto de hora al pie de Rheinstein, por donde ayer habíamos pasado. Como ninguna dificultad se ofrece á los extranjeros que desean visitarlo, poco tardamos en trepar el empinado camino que en zig-zag conduce á la fortaleza. Es cosa que en sí misma sería muy agradable y digna de verse, aun prescindiendo de su hermosísimo sitio; porque la restauración ha sido hecha con tal tino y primor al mismo tiempo, que si sus antiguos dueños resucitasen, encontrarían su vivienda, mejorada sí, pero no esencialmente alterada. Las armas y objetos de la Edad-Media son muchos, y lo que de nuevo se ha hecho ha sido ajustándose en todo á aquel gusto, de manera que la armonía del conjunto es tal, que al verse uno vestido con nuestras desairadas ropas, y las gentes que lo enseñan con sus mestizos uniformes, parece que se extraña á sí propio lo mismo que á los demás. Entre las curiosidades que adornan esta linda mansión, sin duda habrá muchas de precio, pero como los cicerones

eran alemanes cerrados, nada entendíamos. Las vistas son soberbias y de sumo agrado por el extenso trozo de río que enseñorean, por sus breñas mismas y por los bosques que visten aquellas despeñadas pendientes. A la bajada cruzamos de nuevo el río en nuestro bote, y desde el pueblo de Assmannshausen comenzamos á subir por un ameno valle á las alturas de Niederwald, los tres caballeros á pie (porque otro inglés se nos había agregado) y la dama en una hacanea semejante á la de Dulcinea del Toboso, de las cuales hay buen número ensilladas á la entrada del pueblo. El camino conduce á un sitio de caza del conde de Bassensien, donde descansamos un rato, y donde los ingleses descorcharon una botella de vino del mismo paraje, para huir de la ociosidad. La vista es buena, pero no de las principales. En seguida una niña nos llevó á la cueva mágica, en la cual se entra por una especie de bóveda rústica, bien ajeno de la perspectiva que le aguarda al fin. En una especie de saloncillo se ven tres ventanas rasgadas, que enfilan otras tantas calles de árboles: desde una de ellas se distinguen en lontananza las pintorescas almenas de Rheinsteim. Estas vistas en tan reducido espacio, que se presentan absolutamente aisladas por las arboledas hermosísimas del Niederwald, y al término de aquella calle larguísima con su trasparente bovedado follaje, causan toda la ilusión de un diorama, aumentada por supuesto con la realidad y con la mayor escala. Otro sendero que á la salida se encuentra, conduce por el hermosísimo bosque, donde apenas penetra un rayo de sol, y que de consiguiente nos parecía deliciosísimo al medio día, al Rossel, ruina artificial asomada al derrumbadero que domina las corrientes y remolinos de agua del Bingerloch, y las ruinas verdaderas y más extensas de Ehrenfels, situadas en mitad de la pendiente. La vista es de las mejores que el Rhin ofrece, pues sin hablar de la torre desmoronada que se ve en medio de la corriente, el pueblo de Bingen con la colonia en que descuella, la capilla de San Roque á la espalda, y sobre todo la embocadura del Nahe y su puente de piedra

que parece cerrar su fértil y alegre valle, son accidentes que aun en el Rhin se encuentran pocas veces reunidos. Otro sendero que baja por espacio de una milla guía al *Templo*, construcción circular sostenida por columnas que domina otra vista absolutamente distinta, pero tal vez mejor. Las estrechas gargantas del río cesan en Bingen, y de allí arriba las montañas que se retiran un poco bajan hasta la orilla en mansos y suavísimos declives, formando un contraste de indecible gracia con las angosturas en que corre á aprisionarse. Numerosas islas verdes y llenas de mimbreras las unas, coronadas de altos y acopados árboles las otras, salpican el cauce del río, anchísimo por aquella parte, y el pueblo de Rudesheim, que con su castillo ocupa la entrada de este paisaje, acaba de completar una perspectiva en que la vista goza á un tiempo de lo blando y terrible del Rhin. Es raro que la entrada y salida del río en sus angosturas tenga accidentes semejantes, pues al salir de las siete montañas se extiende por los llanos de Colonia, y más adelante de Holanda, y antes de entrar en el desfiladero de Bingen cruza los terrenos abiertos que avecinan á Rudesheim, si bien las llanuras de abajo solo en lo despejadas se acercan á las hermosas pendientes coronadas de viñedos y arbolados de arriba. Después de haber examinado despacio este mágico panorama, bajamos á Rudesheim por entre sus viñas famosas entre los bebedores, y que según dicen solo ceden la palma á las de Johannisberg, y visitamos su castillo, arruinado como los otros, pero cuyas ruinas conserva con un esmero particular el conde de Ingelheim, su actual poseedor. De allí volvimos á cruzar el río, y una hora después ya cortábamos sus aguas, continuando nuestro viaje en un barco de la sociedad de Colonia. Los blandos collados, en especial de la orilla izquierda, que más adivinábamos que veíamos, fueron desplegándose por ambos lados á nuestros ojos, presentando cuadros no tan elocuentes como los precipicios de que salíamos, pero dotados ricamente de otro género de belleza apacible y tierna, si la palabra puede pasar. El

palacio de Johannisberg, perteneciente al príncipe de Metternich, y famoso quizá más que por esto por el vino que produce, y la mole imponente del antiguo convento de Eberbard adornan la orilla derecha. La izquierda está comparativamente desierta, pero las memorias que le habitan no dejan de hablar á la imaginación, pues en una especie de altozano se ve una aldea, donde dicen algunos que nació Carlo Magno. Aunque esto no está averiguado, consta que amó estos sitios con particular predilección, y que en esta aldea levantó un magnífico palacio del cual ni rastros de alguna importancia quedan. Las islas que encontrábamos también servían de recreo al gran emperador, que acudía á ellas á pasear, bien ajeno sin duda de que antes de una generación su imperio se desmigajaría desastrosamente, y que su hijo Luis moriría fugitivo y pobre, perseguido por sus impíos hijos, en uno de los lugares en que con la pesca aligeraba el peso de su corona. Por fin, después de pocas horas de travesía desembarcamos donde el duque de Nassau tiene un soberbio palacio á la orilla del río, parte del cual con sus magníficos jardines tuvimos lugar de visitar, alabando el gusto y aun magnificencia que en uno y otro se notan, y tomando después un carruaje, porque no teníamos tiempo para salir por el camino de hierro, hemos llegado aquí poco después de anochecido, atravesando un paisaje que nada tiene de particular. Mañana me detendré aquí todo el día.

15 *idem.*

Wiesbaden es una ciudad lindamente trazada y con agradables paseos, pero lo que más vida le da son sus baños, por la grandísima afluencia de gentes que vienen en busca de salud ó de placeres. Por desgracia la temporada está casi concluída, y ya solo quedan algunos enfermos de más gravedad, gente perezosa, y jugadores que desean aliviar de su peso el mayor número de bolsillos posible. Con

esta escasez de gentes, el magnífico salón Kur-Saal y sus mesas de ruleta y *blanc et rouge*, no ofrecen la animación que de costumbre, y las galerías, que ocupan los otros dos lados que dan á la plaza, también parecen desmayadas y desiertas. Esta ciudad es una verdadera posada con muchas puertas, pues este año han venido más de doce mil forasteros, cuando los habitantes no llegan á este número. Me hubiera alegrado mucho de haber venido un mes antes, porque entonces me hubiera sido fácil trazar algún bosquejo de la vida en una ciudad de baños, facción la más característica tal vez y general que ofrece la Alemania. Ahora no me tocan más que las migajas del festín, y lo único que puedo recorrer son las fuentes calientes principales, y los parques y lindos paseos que ciñen los variados alrededores del pueblo. Como esto, sin embargo, es negocio de pocas horas, esta tarde pienso ir á Maguncia, donde, según mis noticias, no hay mucho que ver, y volveré á la noche para concurrir á un baile que se dará en el Kur-Saal según dicen.

*Id. á las doce de la noche.*

Al cabo dejamos para mañana el viaje de Maguncia, y entonces será definitivo. No me pesa de la determinación, porque el resto del día me ha presentado más fielmente un reflejo de este pueblo. Por la tarde, los jardines y salones del Kur-Saal han estado concurridos, y aunque en realidad la gente no era mucha, como el teatro es pequeño, pocos espectadores bastan para llenarlo, y además lo lucido de las personas suplía muy bien al número. La variedad de fisonomías era grande, aunque el tipo alemán predominaba extraordinariamente. Las mujeres hermosas escaseaban, pero había muchas de aire, vestidos y modales distinguidos. La mayor parte se paseaban por los jardines, pero de ellas había que cosidas á la mesa del juego, así se curaban de la hermosísima tarde, alegre concurrencia y agradable

música, que á pocos pasos tenían, como de su primera camisa. Triste cosa, pero no menos cierta. Entre las tales había una vieja, persona principal sin duda por su traza, que no jugaba sino oro, y á quien la fortuna parecía dar en buena suerte lo que los años le habían quitado de gracia. Todo esto fué presentándose entre cinco y seis de la tarde, pero como nosotros habíamos salido de casa poco después de comer, á trueque de aprovechar el tiempo y evitar la soledad de los paseos, alargué el mío hasta Sonneberg, castillo arruinado no muy distante, á donde conduce una especie de soto de árboles, que comenzando en los jardines sigue á la orilla de un arroyo hasta el desmantelado baluarte. La vista es agradable, pues ocupa la entrada de un valle lleno de huertas en el fondo, con praderas ó tierras de pan llevar en las laderas unas, y otras pobladas de árboles frutales y bien cultivadas, y gran parte de la ciudad se divisa también desde allí. La circunstancia de estar recogiendo el heno hacía parecer más animado el paisaje, y su agradable olor de que el aire estaba empapado, cuadraba muy bien á aquel campestre cuadro. A la espalda se veían los bosques hermosísimos que rodean, ó por lo menos hacen espalda á Platte, sitio de caza del duque. El castillo está conservado con mucho cuidado para que no se deteriore más y adorne el paisaje con sus aportilladas murallas. A la vuelta fué cuando me encontré el jardín y Kur-Saal tan brillantes y vistosos. A las seis y media fuí á la opera, más por ver el teatro que la función, en sí de poco mérito, aunque bastante bien ejecutada. El coliseo es bastante lindo, pero el concurso no era tan lucido como el del jardín. A las diez volví al Kur-Saal, y hasta las once estuve viendo el baile, menos animado de lo que me figuraba, y con tocados y atavíos de no gran gusto en general. Habíanme dicho que en cuanto al traje había un poco de escrupulosidad, y yo había seguido el aviso aderezándome un poco, cosa de que me pesó, pues sin que hubiera sido tal mi ánimo, podía pasar por extrema mi compostura al lado de otras descuidadas. Como quiera, en

pocas personas ó cosas encontré materia digna de atención, si no es la rara circunstancia de que el wals es tan indígena en esta tierra, que con él bailaban hasta polkas y galops, sin que viese otra excepción que el rigodón ó francesa, como aquí llaman. La función, como la mayor parte de las de Alemania, comienza á decaer á las once, y yo me salí con las primeras mamás soñolientas y las primeras niñas contrariadas.

16 *id.*—*Francfort-Sur-Main.*

De Wisbaden á Maguncia (Mayence), empleamos un cuarto de hora por el camino de hierro, que es muy bueno. En Maguncia nos paramos menos tiempo del que yo hubiera querido, pero tomados los asientos fué forzoso salir á las tres de la tarde, con lo cual no pasaron de dos horas lo que pudimos dedicar á visitar la catedral, la estatua de Guttemberg, el exterior del teatro y algunas calles. La catedral es curiosa, más que por su arquitectura, por una porción de monumentos sepulcrales que contiene, y entre los cuales los hay eminentemente característicos del poder de sus arzobispos. El edificio ha sufrido mucho con los desastres de la guerra, porque siendo esta ciudad la más fuerte de la Confederación germánica, ha tenido que sufrir sitios frecuentes con todos sus estragos; pero, sin embargo, los destrozos no han sido de la mayor cuantía, y el tipo lombardo del templo no está alterado. La estatua de Guttemberg me ha gustado poco, pues la ropa que ciñe el cuerpo está demasiado ajustada y marca sobradamente el desnudo, cosa que dice muy mal con la especie de ropón y gorro del siglo. La cabeza, sin embargo, está perfectamente modelada, y es de tanta nobleza como expresión. Los bajos relieves son muy buenos también. La fachada del teatro guarda mucha armonía con su interior, y desde este punto de vista es de lo más lógico que pueden verse. La ciudad tiene aspecto curioso por la mezcla de antiguo y

moderno que en ella se advierte, y por sus fortificaciones, que son excelentes. Allí me he despedido del Rhin, que ya no volveré á ver probablemente en bastante tiempo, pero que deja en mi imaginación recuerdos indelebles. Antes de separarme de su orilla, le leí la estrofa de despedida de Childe Harold. El camino de hierro hasta aquí no tiene particular atractivo, aunque el terreno está cultivado con esmero, lleno de frutales, y de cuándo en cuándo ofrece algunos declives y cañadas agradables. Las cercanías de este pueblo son muy agradables, y las muchas casas de campo y jardines que se encuentran, revelan la vecindad de una ciudad rica. La feria la presta nueva animación, y la afluencia es tan grande, que los hoteles todos están llenos. Después de nuestra llegada hemos visto un poco de los alrededores y pasado un largo rato en el jardín, muy agradable, á la orilla del Mein, donde había una música bastante buena. A la vuelta á casa nos detuvimos también algún tiempo en una calle para oír unas canciones alemanas que cantaba un joven, mientras otro le acompañaba con el arpa. Su voz era muy agradable, y la música no menos, principalmente por la suavidad y dulzura, cualidades que en ella dominaban. De estos músicos ambulantes hay infinitos, y ahora, con motivo de la feria, hierven en estas calles de Francfort. Ferias, museo de pinturas, cementerio, quinta de Rothschild y jardín de Mr. Bethmann con su ponderada estatua de Ariadna se quedan para mañana, y aun para pasado probablemente. La ciudad es agradable y está además llena de recuerdos, circunstancia que la recomendarían eficazmente para detenerme por unos días, si no tuviera ya deseo y aun necesidad de llegar pronto á Berlín.

17 *idem.*

A pesar de haber empleado tal cual el día, no hemos recorrido todo lo que el pueblo ofrece de curioso. El museo de pinturas es lo que más impresión me ha causado en

cuanto he visto, en especial por su escuela moderna, porque aunque la colección antigua es excelente, para quien viene de los Países Bajos no tiene gran novedad. De la escuela moderna he visto cinco ó seis cuadros que no puedo tener sino en gran estima. Huss delante del Concilio de Constanza, por Leasing, obra maestra de composición y esmero. Las Vírgenes Locas, de Schadow, excelente también por la composición y sentimiento. Daniel en la cueva de los Leones, de Rhetel, admirable figura con paños de un gusto exquisito. Una tormenta en el mar, por Achenbach, cuadro muy bien imaginado por sus accidentes, y de gran efecto. Unos frescos, de Veit, también de corrección muy laudable. Job, por Hubner, figura doliente y resignada, como no hay idea. El grupo de su mujer y amigos es muy bueno. El Eccelino, de Lessing, no me pareció tan bien como el de Huss, aunque en el dibujo y en lo acabado no le cede, y la Influencia del Cristianismo en las artes, de Overbeck, tampoco me pareció digna del gran renombre que goza, pues la composición se me figura un poco desatada, y en el colorido hay profusión de ciertas tintas nacaradas, que enfrían el cuadro extraordinariamente. En los detalles es donde se encuentran cosas de subido precio. De todas maneras, estos apuntes no son más que la primera impresión, y de consiguiente, aun para mí mismo tienen poco peso, pero mañana volveré al museo, que todos los días está abierto, y procuraré rectificar mi juicio. Después de estas pinturas, lo que no se cansa uno de admirar es la estatua de Ariadna de Dannecker en el jardín de Mr. Bethmann. Aunque en pintura no se me alcanza mucho, en escultura soy menos voto todavía; pero como quiera, esta figura merece en mi juicio ponerse al nivel de las más célebres creaciones del arte moderno. Está sentada sobre una pantera en una actitud de gran naturalidad, y desnuda enteramente. El pedestal gira sobre un eje, y la estatua se presenta sucesivamente por todos lados al espectador. Primeramente la muestran con la luz natural, y en seguida con otra luz que viene de más alto y atraviesa

una tela encarnada. Aunque no sea sino una ilusión de los ojos ver colorarse de repente aquella bellísima figura, produce una sensación particular. Entonces es cuando se comprende perfectamente la fábula de Pigmaleón. La actitud de la figura está tan bien imaginada, que á medida que da la vuelta, los ojos encuentran una cosa nueva al parecer. Imposible parece que la sola representación del cuerpo humano, por hermoso que sea, pueda ofrecer esta especie de variedad tan rica y extraordinaria; tal es la fascinación que producen aquella cabal armonía, aquellos contornos purísimos, aquella morbidez exquisita, y para decirlo todo de una vez, aquel soplo divino de la creación con que el genio ha sabido vivificar este mármol inerte. Después de este jardín fuimos á visitar el cementerio, una de las cosas más bellas que Francford ofrece. No deja de ser curioso compararlo con el del Pere Lachaise de París, tan profano en general y atildado, y tan lleno de inscripciones pomposas ó *recherchées*, porque aquí los monumentos son tan sencillos, que en general consisten en una cruz, en que se lee el nombre de la persona, y es de mármol, de piedra de grano, ó de madera, según la clase del sujeto, sombreada por sauces llorones, y adornada y rodeada de flores. Otros monumentos se encuentran más ricos y esmerados, pero que no por eso desdican de aquella especie de candor é ingenuidad, que sin duda debe ser el atributo más noble, así como el más general de este pueblo, cuando en todas sus cosas, y sobre todo en sus artes, está tan de manifiesto. En los cementerios de Francia parece notarse un empeño de encubrir, por lo menos de disfrazar á la muerte: en los de aquí al revés, de suavizarla y hermosearla en lo posible, sin despojarla, no obstante, de su carácter de separación y de tristeza. Si en este cementerio se apareciera, creo que se daría á conocer con aquellos versos mi querido y malogrado Espronceda.

Soy la virgen misteriosa  
De los últimos amores,

Y ofrezco un lecho de flores

Sin espinas ni color.

.....

No doy placer ni alegría,

Pero es eterno mi amor.

¡Tanta paz y sosiego hay en aquella morada del postero y perdurable descanso! El monumento más notable del cementerio es el de la familia Bethmann, donde se ven un busto y unos bajos relieves de Thorvaldsen, son dignos sin duda de aquel divino cincel. El cementerio de los judíos, que está pegado, ofrece un vivo contraste, pues no se ven sino piedras sepulcrales sin flores, árboles ni adornos de ninguna clase; aridez que desentona al lado de un cuadro tan dulce y melancólicamente hermoso. De allí fuimos á ver la quinta ó por mejor decir los jardines de la quinta de Mr. Rostchild, que no tiene cosa muy notable, porque en cuanto á la rica colección de plantas que contienen, según dicen, no soy voto. Las calles están animadísimas con tanta gente, pero en las ferias no hay cosas muy raras sino es la extraordinaria cantidad de pipas. Los trajes de los tiroleses y tirolesas también son curiosos. El de ellos en especial tiene alguna analogía con alguno español y la raza es también esbelta y ligera. Venden cosas raras, y entre ellas piezas de madera labrada con ejemplar paciencia y prolijidad.

*Idem por la noche.*

Continuando nuestro paseo después de comer, hemos recorrido el barrio de los judíos, que aquí llegan á cinco mil, y que según dicen los ingleses se parece bastante á Monmonth Strect de Londres en lo sucio, oscuro y torcido de sus calles, como también en lo antiguo de sus edificios y en las ropavejerías y puestos de cosas extrañas que se encuentran. Las fisonomías también merecen atención, no por lo bellas, sino por lo características. Esta

parte es la que mejor idea da del Francfort antiguo, y aunque sombría y enmarañada, ó por mejor decir, á causa de eso, es sumamente pintoresca. También hemos visitado el Hôtel de Ville, cosa curiosa por los recuerdos históricos enlazados con él, pues en sus salones se celebraba la elección del emperador y gran parte de sus fiestas. La primera de estas dos circunstancias se verificaba en el mismo salón donde delibera en el día el senado de esta ciudad libre, y en su techo se ven todavía las armas de los diversos electores. El gran salón del festín, en que el emperador era servido á la mesa por reyes y príncipes, no es romboide, como dicen algunos, porque solo un ángulo sale mucho, pero sí de forma muy irregular. En las paredes estaban pintados los retratos, pero el deterioro á que habían venido hizo necesario el pintarlos de nuevo por mano de artistas distinguidos. No deja de ser curioso que el *último* lugar es el destinado para el retrato del *último* emperador de Alemania, Francisco II. Entre las nuevas figuras se distinguen las ejecutadas por artistas de Dusseldorf, escuela que cada vez voy apreciando más. Otra cosa que he visto con sumo gusto es la casa en que nació el gran Goethe. Todavía se conserva sobre la puerta el escudo de armas de su padre, que por una singularísima coincidencia tiene tres lirás. Me llamó la atención que ningún rótulo ni medallón indique que este lugar sirvió de oriente á este soberbio astro de nuestros días, principalmente cuando no se puede achacar á indiferencia en un pueblo que le ha levantado ya una estatua en la biblioteca y proyecta otra monumental para él delante del teatro. En éste fuimos á concluir la noche con una ópera cómica en alemán, cuyo argumento por lo mismo apenas pude comprender sino muy en globo, pero cuya música era muy agradable y armoniosa, con golpes verdaderamente cómicos. El local es muy hermoso, y la ejecución, así por parte de la orquesta como de los cantantes muy satisfactoria. Los músicos eran más de cuarenta, y en los coros, bastante numerosos, también había mucha afinación. La música debe estar muy adelanta-

da en este país, pues aun los músicos vagabundos que andan por las calles y caminos ejecutan con bastante buen gusto, sin embargo de ser varios de ellos chicuelos. Todavía tengo por ver la catedral, el museo de Historia natural y la biblioteca, pero mi viaje me da lugar, porque hasta pasado mañana por la noche no he encontrado asiento en la diligencia ó correo, y aun para eso, en lugar de ir por Leipzig, que es lo más corto, tengo que ir á Cassel para tomar desde allí á Hannover, desde donde por el camino de hierro iré en poco tiempo á Berlín. El rodeo es poco, y por lo demás la cosa se arregla en provecho mío, pues solo pasaré en camino una noche, y no dos que tendría que pasar de la otra manera. Lo malísimamente que me fué de Marsella á Lyón por esta circunstancia, me hará evitarla siempre que pueda. Además me han dicho que el camino es más interesante, y por otra parte podré ver algo también de estos alrededores. Mañana iremos probablemente á Homburgo.

*Idem 18 por la noche.*

Hemos pasado en este punto una parte del día, y aunque corta, hemos dado por bien empleada la expedición, porque la situación de los baños de Homburgo es deliciosa en el centro de un anfiteatro de montañas cubiertas de bosques muy frondosos. Una gran porción de casas nuevas atestiguan la nombradía que van cobrando estas aguas, cuyas virtudes medicinales deben encontrar ayuda no pequeña en las escenas que las rodean. Lo que sobre todo es magnífico es el Kur-Saal, que según dicen ha costado dos millones de reales á los especuladores franceses que lo han levantado. No es de extrañar, pues hay infinidad de mármoles y aun frescos de pintores italianos modernos. El juego, dios vil, á que han edificado este templo, no dejará de reembolsar pronto á sus edificadores. Allí comimos perfectamente, y yo que no bebí vino, no gasté sino un florín, ó dos pesetas, en una comida de quince platos tal vez.

Esto os prodigiosamente barato en Alemania, aunque el número de huéspedes lo explica. Después de comer dimos una vuelta por los jardines del palacio del Landgrave, que después de la muerte de la Landgravina están un poco descuidados, pero que sin embargo son unos hermosos jardines á la inglesa. El palacio no tiene de notable sino una gran torre en un patio, resto de un antiguo castillo, y que forma el objeto más visible en el paisaje. El camino hasta Homburgo está todo él en cuesta, pero la mayor parte tan suavizada que en general solo al bajar se advierte el declive. La carretera, perfectamente conservada como todas las que hasta ahora he visto por esta tierra, y guarnecida casi toda de árboles frutales, manzanos y perales en general, que este año están ahorquillados para sostener el fruto. De cuándo en cuándo se encuentran asientos para la gente de á pie con otro poyo más alto para la carga. Al pasar de un estado á otro (pues no son menos de tres los que se encuentran en las nueve millas ordinarias que hay á Homburgo) se tropieza con las armas del príncipe del estado, pintadas de colores tan vivos, que parecen frescas todavía, y enfrente el nombre en sendos pilares de madera pintados asimismo. El movimiento de omnibus, diligencias, carros, y sobre todo carruajes de posta, es infinito. Verdad es que la feria ayuda mucho. Por la noche volvimos á Francfort para ir al teatro y ver un hombre que cantaba duos él solo: cosa de ventríloco mas que de artista, y en todo caso *tour de force* nada más. Sin embargo, lo aplaudieron á rabiar. Más entretenidas fueron unas danzas ejecutadas por chicos con un aplomo y seguridad pasmosos. Los dos actos de Roberto el Diablo, verdadero aliciente que me llevaba al teatro, salieron bastante mal. La prima dona cantó sin embargo bastante bien el famoso pasaje de *igrace grace!* aunque no igualó á una maestra de piano que lo cantó un día en París en casa de Mr. Gasc. La música es soberbia.

18 *por la tarde.*

Mister Crawford y su señora se han ido esta mañana á Heidelberg, y yo me iré esta noche á Cassel. He empleado mi soledad (agradable casi siempre para mí, aunque sin duda peligrosa) en visitar la catedral, que no tiene nada de curioso sino su grande antigüedad y sus recuerdos históricos. En ella se coronaban los emperadores, y en ella predicó San Bernardo la cruzada á un auditorio entusiasta. También he visitado la iglesia de San Leonardo, que ocupa el lugar del palacio de Carlo Magno; el Haalhoff, que también ocupa una parte del lugar donde estaba el palacio de los emperadores Karlovingianos; el palacio de los caballeros teutónicos, que aún se conserva en el arrabal de Sachsenhausen; y la biblioteca, cuya principal alhaja es la estatua de Gœthe, de mano de Marchesi. Por último, he venido al museo, donde he empleado dos horas repasando los cuadros modernos. No he alterado el juicio del otro día sino en cuanto al cuadro de Oberbeck. La Influencia del Cristianismo en las Artes, cuya composición atentamente considerada me parece mucho mejor que antes de ayer, aunque lo acabado de las figuras perjudica al efecto general. Por lo demás, esta escuela, como todas las creaciones severas y meditadas, gana en el examen. Su defecto consiste tal vez en la preponderancia casi exclusiva del sentimiento sobre la fantasía, y del esmero en la ejecución sobre la libertad de los toques, pero este es defecto que á los ojos de la filosofía del arte aparecerá dudoso, y que de todas maneras lleva en sí el germen fecundo del estudio y de la conciencia. No se paga del efecto, sino del juicio y del análisis, y bien puede decirse que los más severos no deben intimidarla. Todavía no he visto nada del famoso *Cornelius*, pero si tan buenos son los discípulos mucho hay que esperar del maestro. Entre los cuadros de la exposición hay algunos muy lindos.

*Cassel, 20 de Setiembre.*

Como era de esperar, pasé la noche muy mal con mis acostumbradas ansias de estómago, y vomitando mucho, cosa que me deja muy postrado. Sin embargo, con el día me animé lo bastante para disfrutar la linda serie de paisajes que ofrece el camino de Francfort aquí. Todo él discurre por valles y montañas cruzando varios ríos, y atravesando cuencas y vegas más espaciosas en que el horizonte se ensancha. Los cuadros eran verdaderamente del Norte; las montañas estaban en general cubiertas de hermosísimos pinares; el día ha estado turbio y lluvioso, y los muchos vapores flotantes que coronaban las cimas vestidas de árboles y bajaban muchas veces hasta las cañadas junto con el vivo color de los prados y verdura de todo género, pertenecía ya á esta naturaleza cuyo tocado son las nieblas y su vestido la verdura. El camino bueno, los campos bien cultivados, pero la gente parece pobre. Donde nos paramos á comer nos dieron pan de centeno, y entre los platos jamón crudo. Los árboles de la orilla del camino estaban llenos de una especie de fruto encendido como el mejor coral, y que lavado y esmaltado con la lluvia hacía hermosa vista. En general he encontrado muchas analogías con otros parajes de las montañas de León, aunque esto es más abierto. No han faltado iglesias y castillos en este extenso panorama, pero después de visto el Rhin todo ello parece juego para niños. Geológicamente debe ser curioso este país, y una montaña que encontramos á la izquierda viniendo, me llamó la atención por su corona de peñascos, que á lo lejos figuran una especie de ciudadela. Los hermosos bosques que por todas partes se encuentran forman la facción más prominente del camino, y le dan indecible variedad. Si Castilla los tuviera, su faz cambiaría enteramente, porque en sus llanuras no deja de haber collados y desigualdades, y su clima ganaría lo que no es decible.

Las comparaciones de todas clases que con mi pobre España hago me sirven de poquísimo gusto, aunque del carácter y cualidades intelectuales de nuestro pueblo hay derecho para esperar mucho. Esta ciudad está en una altura que domina el Fulda y su hermoso valle, y tiene calles y plazas espaciosas. Es cuanto he podido ver, porque llegamos á las seis, después de veintiuna horas de camino. Al cabo tengo que irme á Berlín por Bruuswick. La feria de Leipzig me ha cerrado también el camino de Halle, pero el rodeo es corto. Mañana salgo, y si el cansancio y desazón de hoy me permiten madrugar, todavía daré una vuelta por la ciudad.

*Gætingue 21.*

Como no salí de Cassel hasta las diez, tuve lugar de reponerme de la mala noche anterior y recorrer un poco la ciudad, que es muy alegre y despejada en la parte nueva, situada en un altonazo sobre el Fulda, con una plaza que dicen ser la mayor de Alemania, y calles tiradas á cordel y cortadas en ángulos rectos. La ciudad antigua está más baja, y no ofrece gran atractivo, porque sus calles y casas, á pesar de su fecha, no son venerables, ni pintorescas siquiera. Las vistas que se disfrutan desde la gran plaza por el lienzo que han dejado sin edificios para este fin, son muy agradables por las frescas orillas del río y por las montañas que como en anfiteatro limitan el horizonte. Los jardines, alamedas y bosques están esparcidos con profusión en sus afueras, bien es verdad que en toda Alemania veo prestar gran atención á estos atractivos naturales, que sin duda son causa ocasional de la dulzura y suavidad de carácter y costumbres. El camino hasta Münden es sumamente agradable, y la bajada al delicioso valle del Fulda por medio de bosques, los mejores que he visto tal vez en esta tierra, y de barrancos que abrían hermosas quebradas de cuándo en cuándo, especialmente pintoresco. Los ingleses comparan este valle al de Laangollen, en el principado de Waller: yo podría compararlo á una porción de la provincia de

León. Al fin de él el Fulda se junta con el Werra, y entrambos toman el nombre de Wesser, navegable desde allí hasta el mar, en prueba de lo cual vimos un vapor anclado á la orilla. El camino desde allí, si no fuera por sus bosques y unos estrechos vallecillos que se encuentran poco después de Münden, se parecería á Campos. Aun así seguramente no tiene mucho de agradable para quien deja atrás tan hermosos teatros. Aquí he llegado por la tarde, y no siendo ya hora de visitar la universidad ni biblioteca, cosa la más notable de la ciudad, la he rodeado por sus murallas, plantadas de árboles á cada lado, y que ofrecen una vista muy agraciada de las cercanías. La ciudad está rodeada de pequeñas y suaves montañas, y en sus antiguos fosos hay jardines y paseos muy lindos y risueños. Parte de ellos ocupan huertas con frutales, parte son juncales donde abundan las aves acuáticas, y por último una balsa de agua formada por la compesa para recoger una acequia en la ciudad, viene á ocupar otra porción. Pegado está el cementerio, lleno de monumentos y de cruces, con los mismos árboles y los mismos céspedes y flores que en Francfort. Entre los árboles sobresalían los sauces llorones, y entre los monumentos las pirámides, y todo ello, al lado de aquel espejo líquido en que se reflejaban las copas de los unos y las puntas de los otros, formaba un cuadro de una serenidad y melancolía solo comparable con la que reinaba en el aire y en la luz apagada casi del todo por la noche. Cuando me retiré á mi casa, dos ó tres hombres y una mujer se retiraban también por debajo de la muralla, cantando una canción de una dulzura y melodía particulares, aunque monótona. En este pueblo he encontrado muchas buenas figuras en hombres y mujeres, pero la soledad de sus calles ahora que está la universidad cerrada, es muy grande. Ya estoy muy cerca del término de mi viaje por ahora, tan cerca que acaso llegaré á Berlín mañana por el camino de hierro de Brunsvick. Aunque en el viaje me ha ido muy bien, no dejo de desear hacer algo por mi comisión, y así me alegro de acabarlo por ahora.

*Hannover, 22 de Setiembre.*

No por el camino de hierro como pensaba, sino en el mismo carruaje en que salí de Gotingue, he seguido hasta este punto, donde llegamos á las cinco de la tarde. No me pesa de mi determinación, pues ha tenido los bastantes atractivos y variedad para no hacer molesta nuestra jornada de doce horas. El terreno es desigual, pero suave, y las bajas cordilleras, que más cerca ó más lejos siempre se divisan y acompañan el camino hasta muy cerca de aquí, ofrecen términos y vistas agraciadas, que el contraste con espaciosos valles y llanuras, y el adorno de infinitos soberbios bosques que sombrean las colinas, realzan vivamente. El país me ha parecido fértil en general: la mayor parte de los panes estaban segados, pero sembrados en gavillas todavía por las tierras, mientras otros todavía en pie, anunciaban que la faena no estaba terminada. El camino, casi sin interrupción, está orlado de ciruelos, manzanos y perales, y en especial de los segundos, y como entre ellos abunda un género de manzana encendida como el granate, de que hay gran cosecha este año, ofrecía gran variedad de tintas, con lo rubio de los panes y lo verde de las hojas. Entre los valles y cañadas he encontrado algunos que se parecen á los del Bierzo, no en las orillas del Sil ó del Cua, sino en la parte más seca hacia Fresnedo. La ventaja, sin embargo, estaba por los de aquí, pues no se sabe cuán noble y aun magnífico accidente es el de estos bosques. Al llegar aquí las montañas quedan á la espalda y comienza la inmensa llanura que tiene el Báltico por límite. La ciudad, que he visto á la luz ya del crepúsculo, tiene dos partes, aunque están barajadas entre sí, la nueva, que es de casas hermosas y regulares, y la antigua, más confusa, pero más pintoresca sin duda. Como lo oscuro de estos climas hace necesaria mayor iluminación, las fachadas tienen mucho más de cristal que de fábrica, y

puede decirse que las ventanas ocupan cuanto no es indispensable al sostén del edificio. De aquí resultaba, sobre todo al retirarme á casa, un efecto de luz muy curioso, porque aquellas largas filas de cristales figuraban otras tantas zonas luminosas, en que las tintas pálidas pero resplandecientes del ocaso, reflejaban vivamente con sus cambiantes raros, mientras la parte inferior de las calles estaba cubierta de sombra, que en vano se esforzaban á disipar los faroles, incapaces de competir con el vivo fulgor de sus rivales. No añadían poco á este raro efecto de luz los rayos de la luna, que pasando por alguna calle estrecha y donde no podían penetrar los vislumbres del horizonte, se fundían de una manera extraña en este cuadro, que por un rato me ha tenido ocupado agradablemente. El río, que atraviesa por medio de la población, contribuye á animarlo, y en el sitio por donde entramos forma una especie de canal ó balsa de traza semejante, donde la gente se pasea en botes. Los paseos, á que no pude echar sino una pasajera mirada, me parecieron muy frescos y amenos; verdad es que con un día tan claro y hermoso como el que hemos traído, y á la misteriosa luz del oscurecer, poco podía parecer feo. Las gentes, sobre todo mujeres, bien parecidas. Muchas de ellas gastan un tocado particular con unas cintas que producen muy buen efecto. No sé si me detendré mañana, pues para llegar á Berlín se necesitan catorce horas de camino de hierro, y me siento un poco molido; pero por otro lado aquí hay poco que observar, y tengo ya gana de verme un poco asentado. El tren sale también tan temprano, que hay que levantarse á las cuatro de la mañana si se quiere llegar á Berlín á una hora regular. Puede que adopte un término medio, llegando á Magdeburgo mañana, y pasado mañana temprano á Berlín.

*Magdeburgo, 23 de setiembre.*

Al cabo salí de Hannover por el tren de las diez, y de consiguiente no he pasado de este punto. El país, que he cruzado, no tiene nada de agradable, sobre todo las cercanías de este pueblo, muy parecidas á Campos en lo fértiles en granos y en lo áridas y secas. Por otros puntos hemos atravesado bosques como todos los de este país, frondosos y bien cultivados. De cuándo en cuándo hemos visto en el horizonte una corta cadena de montañas: estos han sido todos los atractivos del camino, unidos á un día frío, nublado y desagradable. La jornada es de ocho horas, por el tiempo que se pierde en las paradas. En Brussvick la detención es de cerca de una hora, que aproveché en dar un vistazo por el pueblo, y en ver lo exterior de la catedral, lombarda y venerable en su origen, añadida después con capillas y adornos góticos de buen gusto. Cerca de ella hay un edificio con una especie de galería de arcos apuntados, que no sé á qué uso estaría destinada, aunque, sea el que fuere, sus líneas son verdaderamente elegantes. El pueblo, de grande antigüedad y curioso aspecto. El palacio ducal no tuvo lugar de ver ni aun por fuera. Aprovechando lo poco de luz que en el aire quedaba, y á pesar de la lluvia que comenzaba á caer, he ido á visitar la catedral, que es primorosa (es decir por fuera), y que en mi juicio marca bien la transición de lo lombardo á lo gótico, pues en medio de tener las ventanas apuntadas, están flanqueadas de columnas lombardas con capiteles labrados, y al mismo tiempo que es muy alta, su sistema de presión es vertical, sin botareles ni apoyo alguno lateral. Si antes de la salida del tren de Berlín tengo mañana tiempo de verla mejor, y sobre todo por dentro, no dejaré de ir. Esta ciudad está á la orilla del Elba, y los muchos barcos que en él se ven, dan una idea de su floreciente comercio, que en efecto debe serlo si, como dicen, es el depósito general de Alemania

para todas las mercancías que por aquel río entran. Dos recuerdos especiales me ha traído su vista: el uno de mi niñez, y el otro de pocos años á esta parte. Es el primero el del barón Trenck, cuyo cautiverio y aventuras, tan ansiosamente leía en mi primera edad, bien ajeno entonces de que algún día había de visitar su teatro; y el otro el tremendo cuadro que traza Schiller de su destrucción, cuando después de su noble defensa cayó en manos del feroz Tilly durante la guerra de treinta años. Mañana saldré para Berlín, término de mi viaje.

---

# ÍNDICE.

## CRÍTICA LITERARIA.

<i>Primera representación de doña Mencía, drama original en tres actos y en verso; su autor don Juan Eugenio Hartzembusch.....</i>	<i>pág.</i>	<i>3</i>
<i>Primera representación del Macbeth, drama histórico en cinco actos compuesto en inglés por Welliam Shakspeare, traducido al castellano por don José García de Villalta.....</i>		<i>21</i>
<i>Poesías de don José Zorrilla (juicio de esta obra).....</i>		<i>38</i>
<i>Cuentos de E. F. Hoffmann vertidos al castellano por don Cayetano Cortés.....</i>		<i>49</i>
<i>Teatro escogido del maestro Tirso de Molina.....</i>		<i>58</i>
<i>Revista teatral.....</i>		<i>65</i>
<i>Poesías de don José Espronceda.....</i>		<i>76</i>
<i>Luis Vives.....</i>		<i>90</i>
<i>Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos pertenecientes á la marina castellana, y de los descubrimientos españoles en Indias por don Martín Fernández de Navarrete.....</i>		<i>116</i>
<i>Romances históricos por don Angel Saavedra, Duque de Rivas.....</i>		<i>146</i>
<i>El movimiento de España, ó sea historia de la revolución conocida con el nombre de «Las Comunidades de Castilla» escrita en latín por el presbítero don Juan Maldonado, traducida al castellano é ilustrada con algunas notas por don José Quevedo.....</i>		<i>166</i>

<i>Trabajos históricos de la sociedad de anticuarios del Norte en Copenhague</i> .....	177
<i>De la literatura y de los literatos de los Estados-Unidos de América por Eugenio Vail</i> .....	187
<i>Bosquejos de España (Sketches in Spain) por el capitán S. E. Cook de la marina real inglesa</i> .....	200

## ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y DE VIAJES.

<i>El anochecer en San Antonio de la Florida</i> .....	237
<i>El pastor trashumante</i> .....	252
<i>Los montañeses de León</i> .....	264
<i>Los Pasiegos</i> .....	280
<i>Los Maragatos</i> .....	286
<i>El castillo de Simancas</i> .....	293
<i>Una visita al Escorial</i> .....	305
<i>Bosquejo de un viaje á una provincia del interior</i> .....	319
<i>Rouen</i> .....	405
<i>Diario de viaje</i> .....	425

## TOMO II.

### FE DE ERRATAS MÁS NOTABLES.

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
4	4	Shakespeare	Shakspeare
29	27	los	las
30	17	les	los
52	25	crueles:	crueles,
56	3	Aco-	Acco-
56	9	Piti Minaccio	Pitichinaccio
56	31	Courado	Conrado
56	36	Mariano Falieri	Marino Faliero
57	14	estremada	estremados
66	9	les	las
61	24	movimiento	nacimiento
67	16	separandoles	separandolos
69	16	otras	atrás
76	17	ó	á
83	26	Biron	Byron
92	26	ejercian	ejercia
96	31	escolasticismo;	escolasticismo
108	1. <sup>a</sup>	á revueltas	ó revueltas
143	26	demás	de mas
153	3	tambien	tan bien
166	10	ofrece	ofrecen
168	37	falto	faltó
172	32	lo	le
173	20	en	a
177	14	tubieron	hubieron
185	36	rudales	risdales
203	19	Byrón	Byron

<i>Pág.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
203	30	Berow	Borow
203	29	Mégico	en Mégico
203	36	Supuesto	Supuesta
229	35	El	Él
342	15	rancal	ramal
342	30	una	un
351	25	Valdeorres	Valdeorras
355	30	los mas	las mas
357	23	macons	maçons
365	23	Valcarcel	Valcarce
368	37	y por lo	y lo
369	22	Campo Maraya	Camponaraya
370	27	fuerza	fortaleza
370	31 y 32	de Valcarcel	del Valcarce
371	9	Vatiolle	Valtuille
376	17	Teyeno	Teleno
386	11	Ezla	Esla
390	1. <sup>a</sup>	Vernesca	Vernesga
395	34	Corregio	Correggio
403	34	chapitales	chapiteles
410	29	aspecto del	aspecto
410	39	se	no
414	1. <sup>a</sup>	con que	que
433	15	es gone	is gone
470	5	ya	era
474	29	de	le
486	35	colonia	colina
494	15	Francfortd	Francfort
495	29	Streect	Street
499	17	Oberbeck.	Oberbeck,

## ÍNDICE.

Date	Place	Name	Page
1890	London	...	...
1891	London	...	...
1892	London	...	...
1893	London	...	...
1894	London	...	...
1895	London	...	...
1896	London	...	...
1897	London	...	...
1898	London	...	...
1899	London	...	...
1900	London	...	...
1901	London	...	...
1902	London	...	...
1903	London	...	...
1904	London	...	...
1905	London	...	...
1906	London	...	...
1907	London	...	...
1908	London	...	...
1909	London	...	...
1910	London	...	...
1911	London	...	...
1912	London	...	...
1913	London	...	...
1914	London	...	...
1915	London	...	...
1916	London	...	...
1917	London	...	...
1918	London	...	...
1919	London	...	...
1920	London	...	...
1921	London	...	...
1922	London	...	...
1923	London	...	...
1924	London	...	...
1925	London	...	...
1926	London	...	...
1927	London	...	...
1928	London	...	...
1929	London	...	...
1930	London	...	...
1931	London	...	...
1932	London	...	...
1933	London	...	...
1934	London	...	...
1935	London	...	...
1936	London	...	...
1937	London	...	...
1938	London	...	...
1939	London	...	...
1940	London	...	...
1941	London	...	...
1942	London	...	...
1943	London	...	...
1944	London	...	...
1945	London	...	...
1946	London	...	...
1947	London	...	...
1948	London	...	...
1949	London	...	...
1950	London	...	...
1951	London	...	...
1952	London	...	...
1953	London	...	...
1954	London	...	...
1955	London	...	...
1956	London	...	...
1957	London	...	...
1958	London	...	...
1959	London	...	...
1960	London	...	...
1961	London	...	...
1962	London	...	...
1963	London	...	...
1964	London	...	...
1965	London	...	...
1966	London	...	...
1967	London	...	...
1968	London	...	...
1969	London	...	...
1970	London	...	...
1971	London	...	...
1972	London	...	...
1973	London	...	...
1974	London	...	...
1975	London	...	...
1976	London	...	...
1977	London	...	...
1978	London	...	...
1979	London	...	...
1980	London	...	...
1981	London	...	...
1982	London	...	...
1983	London	...	...
1984	London	...	...
1985	London	...	...
1986	London	...	...
1987	London	...	...
1988	London	...	...
1989	London	...	...
1990	London	...	...
1991	London	...	...
1992	London	...	...
1993	London	...	...
1994	London	...	...
1995	London	...	...
1996	London	...	...
1997	London	...	...
1998	London	...	...
1999	London	...	...
2000	London	...	...











OBRAE DE  
HENRIQUE SANCHEZ

2

8888